

chacho, siguiendo la indicación de su director, al crepúsculo de aquel día memorando, entró solo en la capilla de San Francisco de Sales, se arrodilló ante el altar de la Virgen y allá, en la penumbra silenciosa de la hora, repitió varias veces estas preciosas palabras:

—María, os entrego mi corazón; haced que siempre sea vuestro. Jesús, María y José, sed siempre mis amigos. Por piedad, hacedme morir antes de que tenga la desgracia de cometer un pecado.

Ya en su Primera Comunión había escrito este propósito, que ha llegado a ser aforismo: "*¡Antes morir que pecar!*" Ya desde aquel 8 de diciembre su conducta empezó a tomar caracteres tan marcados de virtud, que desde entonces empezó Don Bosco a tomar nota de todo para no olvidar nada.

Con todo, su corazón no estaba aún satisfecho: anhelaba un homenaje permanente a la Virgen y que fuera al mismo tiempo manantial de bien. Surgió así en su mente y maduró el proyecto de fundar aquella "Compañía de la Inmaculada", que aún persiste y persistirá.

Acercándose mayo del año 1856 —penúltimo de su vida—, todo inflamado en amor, rogó a Don Bosco le dijera cómo podría santificar mejor el año mariano. Don Bosco, siempre igual a sí mismo, le respondió que lo santificara cumpliendo siempre con la mayor exactitud sus deberes, narrando todos los días a sus compañeros algún ejemplo mariano y comportándose siempre de tal manera, que pudiera hacer todos los días la santa Comunión. También le recomendó pedir a la Virgen que le alcanzara del Señor una salud robusta y la gracia de hacerse santo.

La recomendación de pedir la salud era oportunísima. Savio comenzaba a atravesar una crisis rara, inexplicable humanamente.

—A esta perla de muchacho —decía el médico— tres limas le están royendo contemporáneamente las fuerzas vitales: la precocidad de su inteligencia, la debilidad causada por el rápido crecimiento y la tensión de espíritu.

La tensión de espíritu provenía de la intensa aplicación al estudio, de la diligencia permanente en excogitar medios para hacer el bien a sus compañeros y del fervor en la oración, que llegaba al éxtasis.

—Su espíritu —decía Don Bosco— estaba tan habituado a conversar con Dios, que en cualquier lugar, aun en medio del mayor bullicio, recogía su pensamiento y con afecto acendrado elevaba el corazón a Dios.

A pesar de todo, estaba siempre de buen humor y alegre. "Gozaba —dice el biógrafo— de sí mismo y sus días transcurrían verdaderamente felices." Y así perseveró hasta su muerte.

Caricias del Cielo y carismas alborozaron el alma del angélico jovencito con revelaciones y éxtasis, que Don Bosco describe y que sus compañeros confirman. Murió viendo a la Virgen. Se apareció a su padre, lleno de gloria. El mismo Don Bosco, en un "Sueño", deslumbrante de belleza, en la gloria y acompañado de cuatro vaticinios cumplidos, vio a su amado discípulo entre los resplandores de la gloria celeste. San Pío X, Benedicto XV y Pío XI exaltaron su memoria y auguraron la canonización. Esta gloria le cupo al angélico Pío XII, quien le puso en los altares beatificándolo el 5 de marzo de 1950, y canonizándolo solemnemente el 12 y 13 de junio de 1954, centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción y Año Mariano.

La biografía y la efigie del santo jovencito ejercen fascinación sobre las juventudes y fieles de todo el mundo. Y quizá no pase mucho tiempo sin que la Iglesia lo declare oficialmente Patrono y Modelo de la Adolescencia.

MIGUEL MAGONE

En otoño del mismo año en que murió Domingo Savio, entró en el Oratorio Miguel Magone, el segundo chico merecedor de que Don Bosco transmitiera su nombre a la poste-

ridad mediante una biografía. Se propuso imitar a Domingo.

Don Bosco lo encontró casualmente en una espera del tren en la estación de Carmañola. Era tarde avanzada, tarde piamontesa otoñal. En la semipenumbra llamó su atención el ruido que armaban una turba de muchachos jugando en la plazuela. Sobresalía la voz de un muchacho de trece años, a quien sus compañeros obedecían incondicionalmente.

El Santo lo individualizó, logró hablarle y en un rápido diálogo se formó de él completa idea. Era despejado, inteligente; su padre había muerto, su madre servía y él campaba por sus respetos. Pero por su desparpajo, su franqueza, su hablar resuelto, sus cualidades de jefe le hizo intuir los peligros que corría si se dejaba allí; el gran partido que se le podía sacar si se cultivaba. Y resolvió invitarlo a Turín. Allí se le presentó a los pocos días.

A la semana o cosa así, Don Bosco le preguntó sobre sus intenciones. Y recibió esta respuesta:

—Si un pillete pudiera llegar a sacerdote, quisiera ser sacerdote.

—Veremos de lo que es capaz un pillete. En cuanto a ser sacerdote u otra cosa, eso depende de tu aprovechamiento en los estudios, de tu conducta moral y de las señales de vocación que des.

Según se acostumbraba con todos los nuevos, sin que él se diera cuenta se le había puesto a su lado un compañero que hiciera de ángel de la guarda visible, que no lo perdía jamás de vista y le ayudaba en todo. Este pobre ángel de la guarda tuvo que armarse de paciencia y pasarse sus buenos apuros para desacostumbrar a su protegido de unos cuantos hábitos viciosos que traía consigo, como soltar palabrotas, reñir con todos, querer imponerse a todos... En los patios parecía el rey de todos. El Director dejaba hacer y observaba. Así pasó un mes o poco más. De repente el chico cambió de registro: dejó de jugar, a veces se arrinconaba y rompía en llanto. El ambiente lo había subyugado. Don Bosco, que lo seguía atentamente, lo llamó y le dijo:

—¿Cómo? ¿Y eres tú el general Magone, comandante supremo de toda la banda de Carmañola? ¿Qué general es éste? ¿No eres capaz de expresar con palabras lo que está royendo tu espíritu?...

Tras un cambio de preguntas y respuestas, el chico concluyó resueltamente:

—En una palabra... tengo la conciencia embrollada!

—¡Acabáramos! ¡Todo se arregla!

Y le enseñó cómo debía "arreglarse". Lo preparó para la confesión, lo confesó, a petición de él mismo. Y desde ese momento, el incesante trabajo de la gracia fue transformando su naturaleza. Le costaba refrenar su índole, que se incendiaba facilísimamente; pero llegó a dominarse tan completamente, que se convirtió en "pacificador" de los compañeros. A medida que iba comprendiendo lo que debía a Don Bosco, iba creciendo en su corazón la gratitud, hasta desbordarse en manifestaciones, a veces conmovedoras. Puesta su alma completamente en manos de su Director, se enfervorizaba cada día más en la devoción a María Santísima, en la frecuencia de los sacramentos, en el celo por hacer a los demás el bien que él recibía de sus educadores. Todo esto "lo practicaba con alegría, con desenvoltura y sin escrúpulos, de modo que era amado y hasta venerado de todos, al paso que por su vivacidad y buenos modales era el ídolo de los recreos".

* * *

Dada su conducta anterior, de cuando en cuando lo asaltaban recuerdos e impresiones del pasado, que, excitando su viva fantasía, ponían a prueba su buena voluntad, haciéndole sufrir. Pero en el Oratorio la confianza con Don Bosco era para todos un ánora de salvación.

—Lee y practica, Miguel —le dijo un día presentándole un papelito en que había escrito: "Cinco recuerdos que San Felipe Neri daba a sus muchachos para conservar la virtud

de la pureza: Fuga de las malas compañías; no nutrir delicadamente el cuerpo; fuga del ocio; frecuente oración; frecuencia de sacramentos, especialmente de la confesión." Era un compendio promemoria de las enseñanzas que Don Bosco explicaba y que, según las circunstancias, detallaba a quien lo necesitaba.

Miguel Magone las llamaba "los cinco policías de la pureza".

En cuanto a no tratar delicadamente al cuerpo, el jovencito lo practicaba tan a la letra que hubiera querido estar siempre haciendo penitencia. Así, por ejemplo, durante la novena de la Inmaculada quería privarse absolutamente del desayuno; pero su Director, en atención a su desarrollo y al trabajo intenso de los estudios, se la conmutó por algunas oraciones en la iglesia durante los recreos. Aunque el chico era robusto, su condición de estudiante en que se hallaba aconsejaba ese cambio.

Magone en aquel año hizo dos cursos.

Estuvo siempre bien. Pero el 19 de enero de 1859 una pulmonía fulminante acababa con él en dos días. Don Bosco lo asistió hasta el último momento. Tuvo algunos instantes de turbación al recuerdo de su pasado como "general de la brigada de Carmañola"; pero asegurado por su director, terminó su carrera dueño de sí mismo y con una serenidad tal, que su biógrafo escribe: "Yo no sabría qué nombre dar a la muerte de Magone, sino llamándola un sueño de dicha que lleva el alma a la felicidad eterna."

Los compañeros le lloraron amargamente y decíanse unos a otros:

—Magone ya está con Savio en la gloria.

De las páginas de esta biografía se exhala una suave sencillez que encanta a los jóvenes y conmueve a los mayores, animándolos a la imitación (1).

(1) En español hay muy buenas traducciones.

FRANCISCO BESUCCO

Francisco, el tercer afortunado que tuvo a Don Bosco por trasmisor de sus virtudes, tenía menos talento que los anteriores, pero no menor amor al estudio y al estado eclesiástico. La lectura de las dos anteriores biografías que le dio su tío, párroco arcipreste de Argentera, pueblecillo sentado a las faldas de los Alpes marítimos, le puso el deseo de venir al lugar donde aquéllos habían aprendido a ejercitar tan hermosas virtudes y dejado tan luminosos ejemplos. Hasta se imponía rudas penitencias para merecer la entrada.

Entró en el suspirado nido el 2 de agosto de 1863. Tenía trece años y cinco meses. Estaba fuera de sí por la alegría. Era muy pobre de bienes terrenos, pero poseía tesoros de gracia. En su rostro alegre y sereno se adivinaba la inocencia conservada merced a los cuidados de su tío el párroco arcipreste.

En la primera parte de la narración de la Vida, los detalles alegados por Don Bosco documentan cuáles fueron siempre sus ideas dominantes respecto a la completa formación cristiana de la juventud: piedad y pureza, sacramentos y filial devoción a María, cumplimiento de los propios deberes y empuje al apostolado.

Al jovencito le faltaba ese halón de alegría y de serenidad que tanto le agradaba al Santo Fundador. Y no es raro: los pueblos de montaña, si son hermosos para excursiones en el buen tiempo, suelen ser de suyo tristes la mayor parte del año. El Oratorio lo suplió todo. El mismo Don Bosco, en el segundo coloquio, ya le trazó el programa de vida: "Alegría-Estudio-Piedad."

Francisco lo tomó a la letra. Se abandonó inmediatamente a la onda de viveza en que veía nadar a sus compañeros. En el estudio se aplicó de tal manera, que al abrirse las clases pudo ingresar en el segundo curso de Bachillerato. En cuanto

a la piedad, poco era lo que tenía que añadir; sólo modificar un tantico sus prácticas para acomodarse a la vida del Oratorio. Su fervor era el de un alma privilegiada.

Don Bosco, después de haber escrito que "es una gran ventura la del que desde niño en la oración gusta de ella", dice de él: "Su espíritu de oración llegaba a tal grado, que le hacía exclamar que hubiera deseado separar el alma del cuerpo para poder gustar mejor lo que es amor a Dios."

En una cosa sola tenía necesidad de freno: en el ardiente deseo de penitencias exteriores. Estaba acostumbrado. Pero en el Oratorio esto le creció desmesuradamente. "Cuando el amor de Dios —observa el biógrafo— prende en un alma, nada en el mundo, ningún sufrimiento lo affige, sino que toda pena de la vida se trueca en consuelo." Él, sin embargo, creyó su deber moderarlo, enseñándole también a él la manera de convertir en penitencia todo lo que se sufre por necesidad y aconsejándole mortificarse ejecutando los deberes humildes de la casa y haciéndoles servicios a los compañeros, por molestos que fuesen.

No obstante su docilidad, Francisco se quejaba a veces de que no le dejasen ayunar y hacer otras penitencias. Por eso Don Bosco le repetía sin cesar.

—La verdadera penitencia consiste en hacer no lo que nos gusta a nosotros, sino lo que agrada al Señor y sirve para promover su gloria. Sé obediente y diligente en tus deberes, ten mucha bondad y caridad con tus compañeros, soporta sus defectos, dales buenos consejos y avisos y le darás más gusto al Señor que con cualquier otro sacrificio.

Es evidente que el Santo Educador miraba a formar en sus educandos hábitos de virtud que les duraran toda la vida y en cualquier circunstancia de la vida.

Todo marchaba a velas desplegadas. Mas he aquí que un enfriamiento causado por una imprudencia en el corazón de una noche invernal, le fue funesto. Ocho días de pulmonía bastaron para quebrantar la recia fibra de aquel montañés alpino, truncando bruscamente una existencia tan llena de

promesas. Francisco expiró en los brazos de Don Bosco, lamentando una cosa sola: no haber amado a Dios como Él se merece. ¿Y quién puede amar a Dios en la Tierra como Él se merece?

La suya fue como la aparición de un meteoro, pues no vivió en el Oratorio sino seis meses; pero éstos bastaron para dejar una estela tan luminosa, que Don Bosco la fijó como un film en las áureas páginas de la biografía.

CAPÍTULO XXXIII

Los artifices del desarrollo

La casa del Oratorio debía ser, y fue, el patrón de todas las casas salesianas. Bajo la dirección del gran maestro se formaron los que debían implantar en el mundo el Sistema Preventivo con las modalidades "bosquianas". De justicia es mencionar siquiera a los principales.

DON JUAN BOREL Y DON VÍCTOR ALASONATTI

Ya los conoce el lector. Fueron los únicos hombres ya maduros y suficientemente formados que encontró Don Bosco para hacer andar su obra. Los demás tuvo que formárselos él, según el mandato de la Virgen.

EL VENERABLE DON MIGUEL RGA

Niño de siete años y alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, se encontró por primera vez con el Santo en agosto de 1845. Una fuerza misteriosa lo atrajo inmediatamente hacia él y éste a su vez intuyó qué tesoro le regalaba en él la Divina Providencia. Desde entonces el niño se hacía en contradicho con el Santo cuantas veces podía, y le pedía una medallita, a lo que él contestaba extendiendo la

mano izquierda y haciendo con la diestra ademán de cortar, al mismo tiempo que le decía:

—¡Toma, Miguelito, toma!

Reía el niño sin comprender, pero sentía que algo misterioso se encerraba en aquel gesto. Más tarde, en día para él solemne, se lo preguntó, y obtuvo esta respuesta:

—Don Bosco te quería decir que en la vida trabajaríamos a medias (*faremmo a metà*), o mano a mano.

Terminados con los Hermanos los estudios primarios, el Santo le aconsejó seguir los clásicos, y lo llevó al Oratorio, en donde se los hizo cursar brillantemente con profesores que le proporcionó. En seguida le vistió sotana y desde ese momento, aun siguiendo los cursos del Seminario y de la Normal, comenzó a "hacer a medias" con él, como se verá en el curso de esta historia.

DON JUAN CAGLIERO

Era de Castelnuovo de Asti. A Don Bosco le gustaba el desparpajo con que el chaval desempeñaba los oficios de monaguillo y de cantor. Había quedado huérfano de padre y tenía una índole vivacísima e independiente. Se lo llevó al Oratorio para que cursara, con buenos profesores del Instituto, los estudios "gimnasiales". Su carácter inquieto y ajeno a todo yugo iba desesperando a sus maestros. Lo salvaron la vida de familia del Oratorio y sobre todo la bondad de Don Bosco, quien, acostumbrado a estudiar el carácter de sus educandos y tomarlos por el lado más conveniente, viendo las grandes disposiciones del tocayito para la música, por ahí lo tomó, no ahorrando medios para que se perfeccionase en ella. Así el jovencito halló, sin sentirlo, medio para encauzar sus tremendas energías, ocuparse enteramente y a fondo, hacerse maestro y compositor, frecuentar las clases de la Universidad teológica, doctorarse y... al mismo tiempo prestar grandes servicios en el Oratorio.

Fue su primer maestro salesiano de canto y música, su primer maestro patentado de Gimnasia, su primer Doctor en Sagrada Teología, su primer "Catequista" o Director Espiritual, su primer Misionero, su primer Obispo y su primer Cardenal.

Amaba entrañablemente a Don Bosco y por él hubiera dado la vida, y, efectivamente, la arriesgó varias veces en su defensa. A la edad de veinte años y frecuentando las clases del Seminario Conciliar, sintiendo por la música como una necesidad biológica, dirigía la banda y los coros del Oratorio, y para su teatrillo compuso una zarzuela titulada *Il poeta e il filósofo*, y para su capilla un *Tantum ergo*, que llamaron la atención y preludiaban al inspiradísimo compositor. Así fue componiendo y haciendo ejecutar esas romanzas inmortales, que se cantarán siempre y se escucharán con deleite: *Lo spazza camino*, para que luciera su voz el chavalillo Luis Costamagna; *Il figlio dell'ésule*, para que debutara Francisco Tamagno; *L'orfanello*, *Il ciabattino*, *Il cacciatore*, *I marinaretti...* y una infinidad de motetes, *Tantum ergo*s y Misas, que, si él mismo arrumbó cuando salió el famoso *Motu Proprio* de Pío X, no por eso carecen de inspiración y prestaron sus servicios y hasta fueron un gran paso preparatorio en el camino de la reforma.

De Don Bosco había aprendido el arte de descubrir y aquilatar los valores, y así descubrió a Costamagna, Rabagliati, etc., entre los alumnos, y a Tamagno en una cerrajería de los alrededores de Turín. *Il figlio dell'ésule* fue para el soprano del Oratorio lo que luego el *Otello*, compuesto para él ex profeso por Verdi cuando el alumno de Cagliari se había convertido en el primer tenor del mundo.

Don Bosco era un gran gimnasta y maestro de gimnastas; mas carecía de título oficial. Un día se les antojó a los señores del Ministerio exigir el título. Ante la Comisión que fiscalizaba el Oratorio se ofreció Cagliari a dar un examen teórico y práctico, y remangándose su sotana, dio tales pruebas de habilidad y luego de tal dominio en el mando de las

escuadras, que los rígidos catones le otorgaron de buen grado el título exigido por la ley.

Y así tantas otras cosas.

Lo que Cagliari representa para la Sociedad Salesiana y la Iglesia y la misma humanidad, lo entreverá el lector en las páginas de esta historia y lo puede ver ampliamente en su biografía, escrita por el Padre Raúl Entraigas.

DON ANGEL SAVIO

Durante el curso 1850-51 encontró Don Bosco en Ranello a este jovencito, de quince años, y lo llevó al Oratorio. Pronto entró en el número de los que aspiraban a "quedarse con Don Bosco" para hacer apostolado juvenil. Hizo votos, frecuentó las aulas universitarias, se licenció, trabajó en el Oratorio, amó intensamente a Don Bosco, se atrevió a escribir al rey Víctor Manuel sobre ciertas visiones o sueños de Don Bosco; portador con Cagliari de un mensaje de Don Bosco al Papa, se encendió en ansias misioneras. Fue Economo General, cargo en el cual prestó grandes servicios. En 1880 partió con Monseñor Cagliari a las Misiones de la Patagonia en calidad de agrónomo. De allí pasó, en 1887, al Ecuador a abrir las primeras casas salesianas, que hizo prosperar mucho. Enviado, ya achacoso, a fundar las Misiones de Méndez y Gualaquiza, Don Ángel Savio murió de fatiga al pie del Chimborazo.

DON JUAN BONETTI

Era de Caramagna. Entró pequeñito en el Oratorio y de allí pasó al Seminario, por voluntad de la familia. Pero el amor a Don Bosco no le daba reposo y al cabo de un año logró volver a unirse con él. También él era de índole enérgica y un si es no es violenta. Pero aquel temple de luchador en manos de Don Bosco dio el más feliz de los resultados:

Doctorado en Teología, fue un polemista invencible y un notable predicador. Moderó su genio hasta convertirlo en el de un padre comprensivo y amabilísimo.

Don Bosco le dio encargos delicadísimos, que él supo cumplir a maravilla.

De grande elocuencia y gran facilidad de pluma, escribió bellísimos libros, sobresaliendo *Los Cinco Lustrós de Historia del Oratorio* y *El Jardín de los Escogidos*, o sea, un tratado sobre el Sagrado Corazón. Fue el primero que comenzó a anotar diariamente lo que sucedía en el Oratorio y todo cuanto tenía relación con el Fundador, dando así origen a ese hontanar rico y preciosísimo de donde manan esas fuentes maravillosas que son las *Memorias Biográficas*. Fue también el primer director del *Boletín Salesiano* y director del naciente Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Dándoles un día a éstas los Ejercicios Espirituales en la Casa Madre (Nizza), una bandada de pájaros, posada en el frondoso castaño que sombreaba el patinillo de la capilla, impedía la audición de la plática.

—Hermana —dijo a la sacristana—, dígales a esas ave-cillas que se callen hasta que acabemos la plática.

La Hermana les dio el recado y los animalitos se callaron, para reanudar su algarabía apenas el Padre hubo terminado.

Era el jefe que tenía Don Bosco preparado para inaugurar las Misiones extranjeras; pero una enfermedad le impidió la partida, y hubo de sustituirle Cagliero. Se repetía el caso de los Padres Bobadilla y Francisco Javier. ¡Afinidades en la Historia y en los destinos! Murió el día del Sagrado Corazón, a las tres de la tarde, del año 1894.

DON JUAN B. FRANCESIA

Turinés. Pequeñito, comenzó a frecuentar el Oratorio Festivo. De allí pasó al internado. Índole abierta y pacífica, imaginación de poeta, era la simpatía en persona. Fácil es

suponer lo que haría de él el gran Educador. A los diecisiete años, mientras frecuentaba la Facultad de Letras y hacía sus estudios teológicos, prestaba servicios en el Oratorio. Fue maestro de Santo Domingo Savio, del que nos ha dejado una semblanza latina del más puro sabor clásico. Desempeñó cargos importantes, como Director e Inspector o Provincial. Pero sobre todo se distinguió como orador y escritor en prosa y en verso. De su facilidad para el teatro se sirvió Don Bosco para enriquecer su "Colección Dramática", tanto en italiano como en latín.

También le debemos esa amena y sabrosa narración de *Le passeggiate di Don Bosco*, precursoras de las excursiones y "Campamentos" y sublimadoras de ellos.

Vivió noventa y cuatro años, sin haber, probablemente, perdido la inocencia bautismal, cumpliéndose en él varias importantes circunstancias de los Sueños de Don Bosco.

DON CELESTINO DURANDO

Natural de Farigliano. Hasta muy avanzado el Bachillerato "no había visto a un sacerdote sonreírle con simpatía", pagándole él en la misma moneda. Un día conoció a Don Bosco, entró en el Oratorio y se le acabaron las antipatías anticlericales. Allí contrajo amistad con el angélico Domingo Savio, sacando grandísimo provecho. Terminado sobresalientemente el Bachillerato, recibió de Don Bosco la sotana, frecuentó Seminario y Universidad, se hizo un gran latinista y compuso uno de los mejores diccionarios latino-italiano e italiano-latino. Desempeñó en la Congregación cargos de mucha importancia, hasta el de Director General de Estudios, ganándole valiosas amistades en los círculos universitarios y literarios.

También se distinguió en la predicación y el ministerio de las confesiones.

DON ANTONIO SALA

Turinés también y frecuentador del Oratorio Festivo. Al terminar los cursos llamados gimnasiales entró en la Congregación y frecuentó también clases universitarias. Fue uno de los enviados a fundar el colegio de Lanzo, de lo cual nos ha dejado páginas saladísimas, que nos instruyen sobre el temple de aquellos educadores y de su *savoir faire*. Con su buen humor, su paciencia y magnanimidad sabía convertir en simpáticos hasta los medios ambientes y las personas hostiles.

Con grandes disposiciones financieras, debidamente cultivado, Don Sala fue un gran Ecónomo o Administrador, primero en los colegios y luego en el Capítulo Superior.

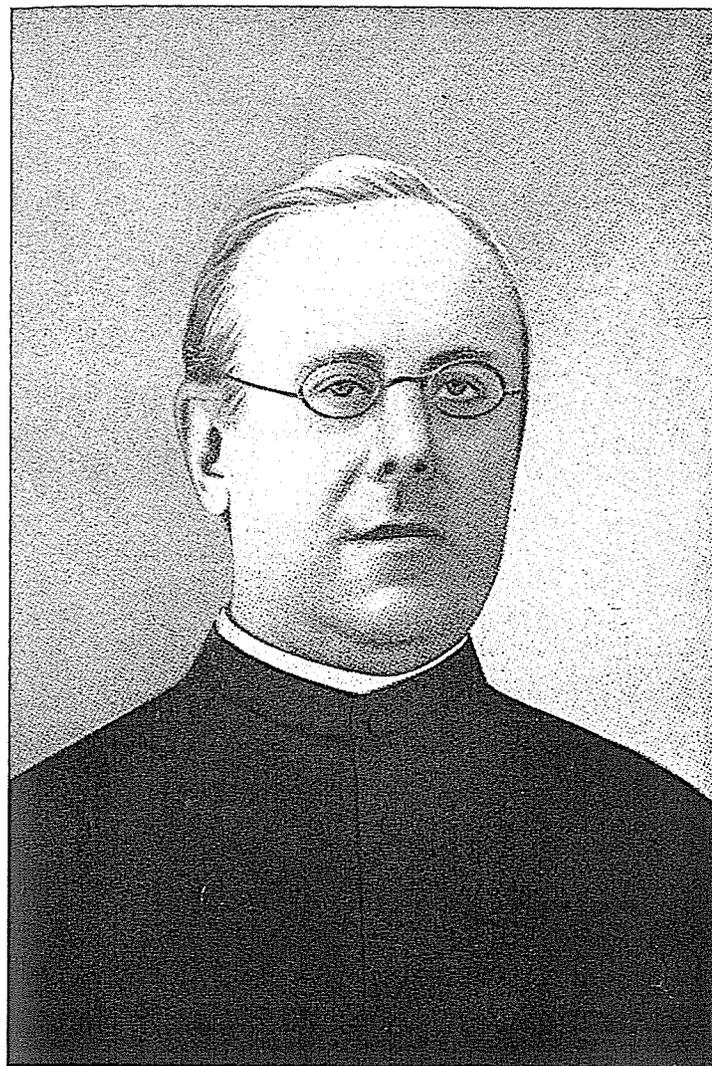
Tenía una fuerza hercúlea, lo que no dejaba de ayudarlo a desempeñar bien su cargo, especialmente en los tiempos y lugares en que había que construir.

A eso unía un alma de niño y un corazón ternísimo, que lo llevaba a ser el ángel de las enfermerías en los colegios y los hospitales de las ciudades. Asistía y velaba a los enfermos con una habilidad especial, por lo cual su ministerio era muy apetecido. Por empedernidos que fueran algunos enfermos, no se le murió ninguno sin confesión.

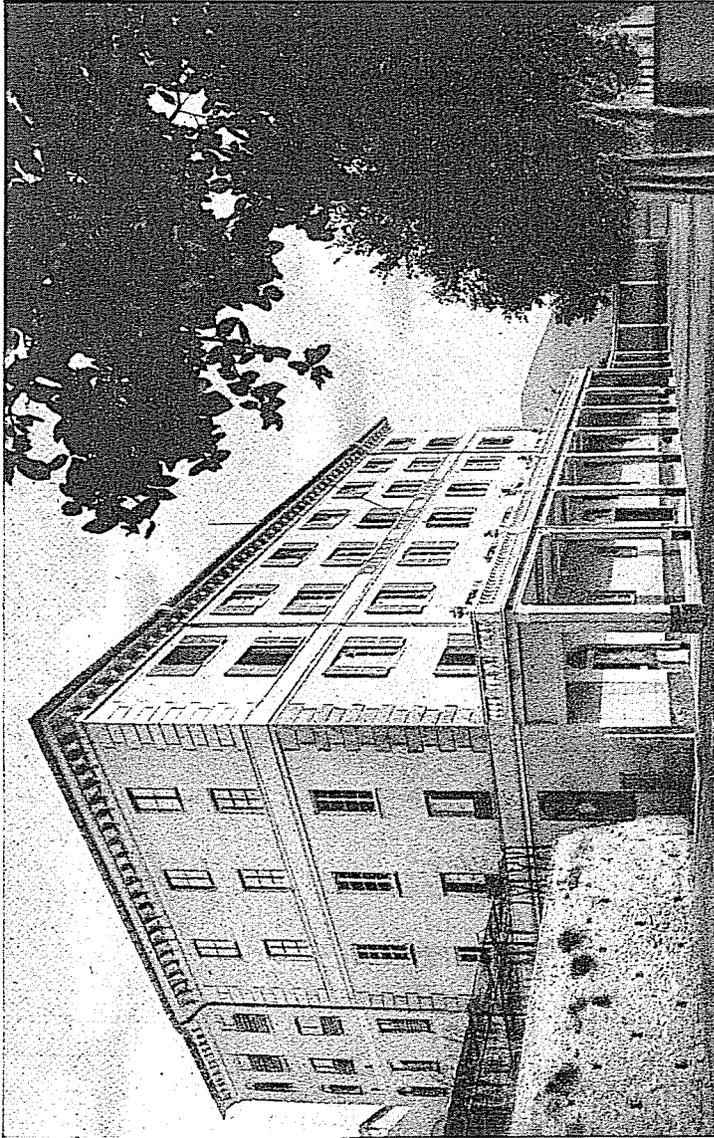
También era muy hábil en las "Buenas noches", y de las suyas nos queda una preciosa colección.

DON FRANCISCO CERRUTI

Natural de Saluggia, de constitución algo débil y de índole delicada y sensible, cuando llegó al Oratorio como interno se sintió un poco extraño. Don Bosco no estaba en casa. Melancólico y pensando en la casa paterna, se colocó junto a un pilar del patio mirando a sus compañeros que se diver-



Rvdo. Don Juan Bta. Lemoyne. Siendo ya sacerdote, apenas conoció a Don Bosco, se le aficionó irresistiblemente. Cuando llegó al Oratorio empezó a recoger documentos sobre cuanto veía y oía, y así allegó la documentación de las "Memorias Biográficas". Además nos ha dejado varios dramas, hagiografías e himnos.



Colegio de Varese. El tercero fundado fuera de Turín. Ocupa una bella posición en la Riviera. Hoy alberga el Noviciado de la provincia ligur.

tían. A los pocos minutos ve a su lado un jovencito jovial que, lleno de interés, le hace varias preguntas para distraerlo e interesarlo.

—¿Qué juego te gusta más?

—Los que aquí se juegan los conozco poco.

—¿Qué clase cursas?

—Segunda gimnasial.

—Entonces sabes latín. ¿De dónde viene la palabra *sonámbulo*?

Cerruti le da muchas vueltas a la palabreja y no da pie con bola. Pero entretanto la tristeza se le ha marchado y el interés por descifrar el enigma lo ha ganado. Y como el recreo estaba para terminar, el compañero se lo descifra.

—Pues de *somno ambulare*.

—¡Ah! Caminar durante el sueño. ¿Y tú cómo te llamas?

—Pues Domingo Savio.

“Y desde aquel día, cuenta Cerruti, ya no me abandonó. ¡Cuánto bien me hizo!”

Cerruti era inteligentísimo. Pronto se hizo al ambiente. Pronto imitó a Domingo Savio. Terminado brillantemente el Bachillerato, Don Bosco lo inscribió en la Universidad, claro es que haciéndole seguir contemporáneamente las clases de Teología, cuyos exámenes se daban en el Seminario, y confiándole algunas clases en el Oratorio... Al fin, eran todavía los años heroicos.

Doctorado en Letras, el Ministerio le ofreció inmediatamente una Cátedra en el Liceo de Nápoles. Por un momento le halagó el ofrecimiento. Consultó con su Padre y bienhechor Don Bosco y éste se contentó con decirle:

—Tú verás. Piensa que eres hijo del Oratorio y trata de hacerle honor. De aquí a mañana pídele al Señor que te ilumine para hacer lo que sea mejor para tu alma.

Al día siguiente Cerruti era para siempre salesiano.

Orador fecundo, escritor elegante, amantísimo de los estudios pedagógicos enseñó en el Oratorio, predicaba en la ciudad y fuera de ella, escribió una Historia de la Pedagogía

y un par de ensayos sobre "Las ideas de Don Bosco en la Educación"; compiló un vocabulario de la Lengua Italiana, que aún hoy, convenientemente puesto al día, presta incalculables servicios.

Pronto comenzó a regentar colegios; fue Inspector, y trasladado al Capítulo Superior como Director de Estudios, ordenó de modo perfecto los de la Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora; fundó Escuelas de Magisterio y alcanzó para ellas y para varios gimnasios y liceos salesianos *il pareggio*, o reconocimiento oficial, pero con todas sus prerrogativas, incluso la de los exámenes en casa y colación de títulos, con la presencia solamente de un delegado ministerial.

Devotísimo del Sagrado Corazón, todos los años escribía el artículo del mes de junio para todos los *Boletines Salesianos*.

En las altas esferas, tanto civiles como eclesiásticas, gozó siempre de singulares consideraciones.

DON PABLO ALBERA

Natural de None, cerca de Turín. Temple aristocrático, alma delicadísima, se aficionó a Don Bosco apenas le conoció. Éste a su vez lo amaba tiernamente y le llamó siempre "mi Pablito". No bien hubo terminado con brillantez el "Gimnasio" le hizo seguir los estudios clásicos y doctorarse en Letras. También era un docto teólogo, muy versado en estudios ascéticos y místicos.

Prestó sus servicios en el Oratorio y en varios otros colegios como profesor. A su tiempo le confió la dirección de cargos importantes en Italia y en Francia, y cuando en este país las casas llegaron a suficiente número, lo hizo Inspector o Provincial. Tanto se esforzó en imitar al Padre, que los franceses lo llamaban *le petit Don Bosco*. Bajo su mando la Inspectoría floreció considerablemente.

Después de la muerte del Padre, Don Rúa lo llamó al Capítulo Superior, con el cargo de Catequista General, o sea, Director Espiritual. Dada su preparación, le prestó a la Congregación en sus tres ramas importantes servicios.

Por encargo y en representación de Don Rúa visitó todas las casas salesianas de España y América. Entonces no había aeroplanos y en la mayor parte de las Repúblicas tuvo que hacer largos y penosos viajes a lomo de mula; pero en todas partes su paso era un efluvio de virtudes y un despertar de fervor. Como Don Bosco y Don Rúa, tenía una memoria portentosa: retenía fisonomías y nombres por años y años, sin que la multiplicidad perjudicara a la retención. Lo que esto le valió en simpatías y para las funciones de gobierno, es fácil imaginarlo.

A la muerte de Don Rúa, el Capítulo General lo eligió Rector Mayor, aunque por una ligera mayoría sobre el Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi —cuyo director había sido en los lejanos años de los estudios de éste— y que era entonces Prefecto General y Vicario General en sede vacante. Esto y lo delicado de su salud le movió a rehusar el cargo. Pero entonces se levantó Don Rinaldi e hizo leer un documento secreto que al morir Don Rúa había confiado al Secretario General Don Lemoyne. En él constaba que Don Rinaldi hacía medio siglo sabía que Don Bosco había dicho que "Don Pablito" sería su segundo Sucesor. Con esto no quedaba sino inclinar la cabeza y aceptar.

El Rectorado de Don Pablo Albera se caracterizó por un afianzamiento en los estudios teológicos. Sus circulares son un modelo de ascetismo y una mina de vida espiritual. En su tiempo tuvo lugar la primera guerra mundial, y él como Rector Mayor, se prodigó y prodigó los esfuerzos de la Congregación en favor de los huérfanos.

DON CARLOS GHIVARELLO

De Pino Turinés. Veinte años tenía cuando se decidió a entrar en el Oratorio, y tenía suficientes estudios técnicos. Don Bosco se los hizo perfeccionar, y llegó a ser un buen mecánico y un ingeniero arquitecto no mediocre. A su tiempo vistió la santa sotana y tras los estudios teológicos pudo ordenarse sacerdote. Se ocupó en varias casas, especialmente en las de Artes y Oficios, en las que prestó relevantes servicios tendientes a su perfeccionamiento. Inventó varios artefactos mecánicos, entre ellos una fresadora, que por muchos años se la consideró como un modelo.

Colaboró con el arquitecto Spezia en la construcción del Santuario de María Auxiliadora, y cuando su consagración, inventó un aparato eléctrico para sintonizar tres numerosos coros colocados en diversos lugares.

Llevado al Capítulo Superior en calidad de Consejero Profesional, extendió a toda la Congregación sus experiencias profesionales.

Pasó sus últimos años como director espiritual en la Casa de Formación de Coadjutores en San Benigno, en donde hacía también importantes ensayos de agricultura hortícola.

DON JOSÉ LAZZERO

También él era de Pino Turinés y tenía algunos estudios. Pero ya conocía a Don Bosco y su Oratorio. Deseoso de hacerse sacerdote, halló en él paterna acogida y grandes facilidades. A medida que pasaba el tiempo se le aficionaba más y no tardó en decidirse a "quedarse con él". Como sus compañeros, firmó un documento o acta el 18 de diciembre de 1859 en que declaraban "reunirse en Sociedad todos, con el fin de trabajar con un espíritu y un fin, para promover y conservar el espíritu de verdadera caridad que se requiere

en la obra de los Oratorios en beneficio de la juventud abandonada y en peligro..."

Tenía una hermosa voz de tenor, y esto para el Oratorio constituía un verdadero tesoro, del cual Don Bosco sabía sacar y enseñar a sacar partido.

Lo hizo estudiar Teología, perfeccionarse en música, sacar patente de Maestro. En 1875 lo encontramos ya como Vicedirector del Oratorio, y en 1879 como Director, cargo delicadísimo, como cualquiera comprende.

Buen predicador, Don Bosco lo empleaba en dirigir Ejercicios Espirituales dentro y fuera de la Congregación y en examinar las propuestas de fundaciones que le llegaban de las distintas regiones de Italia. Lo llevó también al Capítulo Superior en calidad de Consejero. Y fue el primer Consejero o encargado especial de las Escuelas de Artes y Oficios.

Y en todos estos cargos nunca creyó indigno de su jerarquía, ir al coro en los días solemnes a cantar con los niños y ejecutar los solos de tenor.

En 1886 le envió a acompañar a los misioneros que zarparan de Marsella, con el encargo también de dirigir una tanda de Ejercicios Espirituales. Desde allí le escribía al Padre estas palabras, que son una prueba, notable por lo espontánea, del espíritu reinante: "Han sido una dulce fiesta de familia, una verdadera reunión de hermanos, una fusión, o, para expresarme a la francesa, una fraternidad de espíritus franceses e italianos, que se esfuerzan por fundirse y manifestarse en un espíritu solo, el del amado Padre Don Bosco."

DON FRANCISCO DALMAZZO

Hijo de una familia muy distinguida de Cavour, quedó huérfano de padre, y la madre resolvió confiárselo a Don Bosco para poder ella atender mejor a la restante familia. La vida del Oratorio carecía de las comodidades a que estaba

acostumbrado y especialmente la comida se le hacía muy basta. Se lo escribió a la madre, y ella fue a buscarlo. Era por la mañana. Oyeron la Misa de Comunidad. Terminada ésta, llega el refitolero a avisarle a Don Bosco que no había pan para el desayuno, que al panadero se le debía bastante y se negaba a darlo; que buscando en todas partes se habían encontrado quince bollos. Y los niños eran trescientos. Don Bosco le dijo tranquilamente que los llevara y que él iría a repartirlos. Esto intrigó a Dalmazzo, que se acercó al canasto y contó los panes: “¿Cómo va a arreglárselas Don Bosco?, se decía.

Y Don Bosco se las arregló dando una *pagnotta* o bollo a cada uno de los trescientos muchachos y dejando todavía quince en el cesto.

Dalmazzo corrió a la madre y le dijo:

—Yo no me muevo más de aquí. Yo me quedo para siempre con Don Bosco.

Y con Don Bosco se quedó. Y Don Bosco lo hizo sacerdote. Y lo hizo doctor en Letras. Y le confió cargos importantes, que él desempeñó con inteligencia y fervor.

Cuando el Arzobispo y la Nobleza obligaron a Don Bosco a encargarse del Colegio de Nobles en Valsálce, confió a Dalmazzo la dirección. Y no pudo escoger mejor, pues “poseía todas las dotes internas y exteriores que útilmente convienen a un Superior en ambiente de esta naturaleza”.

Finalmente lo envió a Roma como Procurador General ante la Santa Sede, en donde había que tratar asuntos tan importantes como la definitiva aprobación de las Reglas y Constituciones, y más tarde las obras del Templo del Sagrado Corazón y el entenderse con los embajadores que tenían el encargo de pedir al Papa fundaciones salesianas en sus respectivos países.

En todas partes desempeñó egregiamente su papel.

DON JULIO BARBERIS

Fue el primer Maestro oficial de novicios. Lo nombró Don Bosco en 1869, siendo aún muy joven. “Era un alma cándida, toda de Dios y de Don Bosco”, de quien conocía las grandes dotes y sabía hacerlas apreciar. Don Barberis era la amabilidad, la mansedumbre y la bondad personificada; tal vez jamás nadie en la vida lo vio agitado ni turbado ni siquiera por un movimiento instantáneo de cólera o impaciencia. Además era doctor en Teología, buen literato, buen predicador, buen escritor y se hacía amar extraordinariamente. Desde niño estaba con Don Bosco y por tanto conocía muy bien su espíritu y tenía arte en transmitirlo. Formó una verdadera constelación de salesianos, tanto clérigos como coadjutores, alegres, sencillos, trabajadores, amantísimos del estudio y enamorados de Don Bosco y de su espíritu. Este espíritu que se reflejaba luego en todos los colegios, dándoles esa fisonomía especial que tanta admiración y tanta simpatía suscita en todas partes.

DON DOMINGO BELMONTE

Alma delicada y fina, entró muy niño en el Oratorio y hallando el ambiente propicio, creció robusto en santidad y ciencia. Como tantos otros, sin oír hablar nunca exclusivamente de vocación religiosa, sintió el ansia de “quedarse con Don Bosco” para mejor asegurar la salvación de su alma ayudando a salvar las ajenas, especialmente con el apostolado de la educación de la juventud menesterosa. Y como tantos otros, terminados los estudios llamados de humanidades, empezó los eclesiásticos y se matriculó como libre en la Universidad, prestando al mismo tiempo sus servicios de maestrillo en el Oratorio o en otros colegios. Se doctoró

en Ciencias Físicas y Naturales y sobresalió también como predicador.

Pronto comenzó a desempeñar cargos de importancia, siendo Consejero Escolástico y Director de los colegios de Borgo San Martino y Alassio y luego fue elevado al Capítulo Superior en calidad de Prefecto *a látere* del Rector Mayor, que lo era el mismo Don Bosco, habiendo pasado Don Rúa, por voluntad de León XIII, al de Vicario de Don Bosco, con derecho de sucesión.

Como todos los demás superiores, ejercía también en grande escala el ministerio del confesonario dentro y fuera de casa; y como tenía una gran pericia en la dirección de las almas, su "clientela" era numerosa.

Sobresalió en el arte de las "Buenas noches", que logró hacerlas muy semejantes a las de Don Bosco. Las preparaba muy bien —como es deber—, acomodándolas diligentemente a las circunstancias de tiempo y lugar, y así le salían llenas de espontaneidad y de gracia y no tenían desperdicio. Unas cuantas nos quedan, hermosamente editadas por la tipografía de San Benigno.

DON DOMINGO RUFFINO

Flor demasiado pronto truncada por el huracán, Don Ruffino fue una de esas almas que como lirios y rosas trasplantadas al jardín salesiano, se adaptaron desde el primer momento. Era de Giaveno, seminarista en Chieri. Encontrándose una vez "por casualidad" (las casualidades de la Divina Providencia) con Don Bosco, se le aficionó intensamente. En las vacaciones de 1857 el Santo, que conocía las estrecheces por que estaba pasando la familia, lo invitó delicadamente a pasarlas con él en el Oratorio. Aceptó, y al cabo de una semana escribía a un amigo una carta, preciosa por cuanto es un testimonio de la vida que allí se llevaba:

"Me parece estar en un paraíso terrestre, porque todos

se aman como hermanos y más todavía. Todos están alegres, pero con una alegría celeste, y especialmente cuando Don Bosco se halla en medio de nosotros. Entonces pasan las horas como si fueran minutos, y todos penden de sus labios, como encantados. Él es para nosotros como un imán: apenas aparece en el patio, todos corren a él y se sienten tanto más contentos cuanto más cerca de él pueden estar." ¿Qué extraño si, apenas pudo, trocó el Seminario por el Oratorio?

El 3 de mayo de 1860 ya formaba parte de la naciente Sociedad Salesiana. Abierta la casa de Mirabello, con Don Rúa por Director, Don Bosco lo envió como director espiritual, cargo que venía a pelo con su carácter.

Abierto el colegio de Lanzo en 1864, Don Bosco nombró Director a Don Ruffino, ya licenciado en Letras, llevándolo antes consigo a prepararse en San Ignacio de Lanzo, con una tandita de Ejercicios, porque la misión era difícil. El Ayuntamiento quería que los Salesianos asumieran la dirección del Colegio Cívico, que estaba decaído, pero se oponía una turba de sectarios audaces que eran capaces de cualquier cosa para estorbar su funcionamiento. La juventud estaba realmente en peligro de perversión y muy necesitada de educación cristiana, y esto a los ojos de un apóstol era un motivo muy fuerte para aceptarlo.

No pudo darle ningún sacerdote, pero le dio clérigos y coadjutores de armas tomar —en todo sentido—. Mucho se sufrió —más adelante lo veremos—, pero el triunfo fue completo; antes de un año Lanzo era una ciudad salesiana. Pero la victoria costaba cara. El 16 de julio de 1865 el Director cayó agotado, como un héroe desangrado en el campo de batalla cuando sonríen los lauros de la victoria. Para el corazón de Don Bosco el golpe fue rudo. Veinte años más tarde lo recordaba aún con estas palabras, que Don Lemoyne anotó:

—¡Qué hermosa alma tenía Don Ruffino! Parecía un ángel. El solo verlo parecía transportar al Cielo; su rostro era mucho más devoto que el que suele pintarse en las estampas de San Luis.

DON PEDRO GUIDAZIO

Fue uno de los clérigos que Don Ruffino llevó consigo a Lanzo. Don Sala, escribiéndole a un amigo las aventuras de los primeros días, le cuenta que "Guidazio, habiendo sido un buen carpintero antes de entrar en la Congregación, hizo los marcos de ventanas donde faltaban y arregló las puertas". Había "entrado en la Congregación teniendo ya veintidós años, hombre (sanamente) corrido, que había viajado mucho, muy leído, muy "nutrido de números, pero ayuno de latín". En el Oratorio estudió, frecuentó las aulas y formándose una buena cultura literaria, se licenció en la Regia Universidad de Turín.

Guidazio pasó unos años como "Consejero Escolástico" o Director de estudios en el Oratorio, siendo un verdadero modelo de lo que es y debe ser ese cargo, como puede verse en el sabroso libro del Padre Vespignani titulado: *Un año en la Escuela de Don Bosco*.

De la entonces "lejana Sicilia" no cesaban de pedirle a Don Bosco fundaciones de colegios. Se decidió a fundar uno, apenas le fue posible, en Randazzo y mandó como Director a Guidazio. Al cabo de unos meses, el Obispo de la ciudad le escribía a Don Bosco: "Este sacerdote es irreprochable, muy activo, edificante, instruídísimo, y además de la estima y benevolencia del Obispo se ha ganado una no ordinaria reputación ante el laicado y el Clero. Esto se lo digo para su consuelo, viendo cómo este hijo suyo corresponde a la formación que usted le ha dado."

A pesar de la dificultad del ambiente, de las costumbres diversísimas, inveteradas, el sistema salesiano triunfó plenamente, gracias a su inteligente y paciente aplicación. El "Gimnasio" de Randazzo era un modelo adonde toda la isla iba a admirarse y edificarse. Y para extender su radio de acción, desde el principio fundaron a su lado "la institución que no puede faltar: el Oratorio Festivo".

Con razón le había dicho el Santo a Guidazio al despedirlo:

—No temas. ¡En Randazzo harás muchas maravillas! Esa casa será el germen de muchas otras.

DON JUAN BTA. LEMOYNE

En una de las famosas excursiones que durante las vacaciones hacía Don Bosco en compañía de sus alumnos le fue presentado un joven sacerdote. Era de familia distinguida, muy instruído y muy bueno. Habiendo visto el amor del Santo por sus alumnos y el de éstos para con él, había quedado conmovido e interesado, y se hizo presentar. Pero si-gamos su propia relación:

"Don Bosco iba a pie (de Lerma a Mornese). A su lado, durante todo ese largo trayecto, caminaba un sacerdote forastero, que para fortuna suya le había sido presentado. Don Bosco lo miró con su mirada bondadosa y penetrante y le preguntó su nombre y su patria. La conversación se animó.

En Lerma, durante la comida, le hicieron sentar a su lado. Don Bosco habló del Oratorio, de los medios que allí se empleaban para salvar a la juventud, amenazada de tantos peligros. El sacerdote lo escuchaba absorto. De pronto le dijo:

—¡Con cuánto gusto iría con usted a Turín, si me acepta!

—¿Y con qué intención iría?

—Con la de ayudarle en lo poco que pudiera.

—No; las obras de Dios no necesitan de la ayuda de los hombres.

—Pues yo iré, y usted me dirá lo que debo hacer.

—Venga, únicamente con el deseo de asegurar la salvación de su alma.

—Así lo haré —repuso aquel sacerdote.

Volvió, pues, con Don Bosco a Mornese y le habló durante una hora y media de su vida pasada, de cuanto había

hecho y pensado hasta aquel día y de los proyectos formados para el porvenir. Fue un paseo inolvidable" (1).

¡Y tan inolvidable!

Aquel sacerdote se llamaba Juan Bautista Lemoyne. Y era natural de Génova. Es evidente que Don Bosco le habló así para curarlo de toda vanidad. En otro lugar cuenta Lemoyne que por ese tiempo (de 1860 en adelante) eran ya muchos los sacerdotes y otras personas mayores las que deseaban entrar en la Congregación, y a todas las probaba de varios modos para comprobar los sentimientos que abrigan y la firmeza en la vocación. Y sólo aceptaba a los que superaban la prueba. Los que efectivamente tenían vocación salesiana —los que él llama, con feliz expresión "miembros natos de la Sociedad Salesiana"— se le adherían inalterablemente (2).

Lemoyne fue uno de ellos. Y ciertamente para la Congregación, fue una adquisición incomparable.

Con su gran cultura, su espíritu histórico-crítico, desde el primer instante se hizo cargo de la grandeza del Santo y de cuanto con él se relacionaba, de la originalidad y alcance de su sistema educativo, del milagro viviente y permanente que era el Oratorio y su vida y, en general, de la Obra Salesiana, y desde el primer día se puso a anotar cuanto veía y observaba.

¡Cuál no fue su sorpresa y contento cuando descubrió que ya había otros dos en el Oratorio, Ruffino y Bonetti, que hacía algunos años venían haciendo lo mismo!

Perfeccionó los métodos, armonizó el trabajo y el Señor le concedió vida suficientemente larga y robusta para llevar a cabo la búsqueda y recogida de todo o casi todo cuanto se refiere a Don Bosco. Por añadidura Don Bosco le hizo secretario suyo. Así tenemos ese incomparable tesoro de las Me-

(1) Memorias Biográficas, VIII, 768-9.

(2) Memorias Biográficas, VIII, 288.

morias Biográficas de Don Bosco, que nos pueden envidiar todas las Congregaciones y todas las Órdenes Religiosas.

Si Lemoyne no hubiera hecho otra cosa, ya merecería la eterna gratitud de la Familia Salesiana, y aun de la Iglesia entera y de la Humanidad. Pero hizo otras muchas. Dios lo había superdotado y él supo aprovechar todas sus dotes, en lo cual mucho le ayudó Don Bosco. Era doctísimo, era buen orador, era poeta, poseía una prosa maravillosa y un arte de narrar que encantaba; amaba el teatro y tenía facilidad para componer dramas, comedias y sainetes. Y por encima de todo, poseía un gran corazón, una rectitud a toda prueba, una delicadeza de conciencia angelical, una educación exquisita, una sencillez de niño, una prudencia rara y era un trabajador incansable. Por eso se asimiló como nadie el espíritu del Padre y supo secundar todas sus empresas.

Mientras vivió tuvo el privilegio de componer todos los años el himno que, puesto en música por Cagliari, Dogliani o de Vecchi, se cantaba en la fiesta onomástica del Padre.

Sus dramas, grandiosos y a un tiempo fáciles de representar, oportunos siempre, alimentaron los ideales salesianos, especialmente los misioneros, y elevaron el teatro del Oratorio y de los demás colegios a una categoría difícil de superar, que todos admiraban.

Como Director de colegios puede ponerse al lado del propio Don Rúa.

En 1883 se le nombró secretario del Capítulo Superior y hasta su muerte (1916) ya no se movió del Oratorio, a la sombra del Santuario de María Auxiliadora, donde dirigió muchísimas almas de dentro y de fuera.

DON SANTIAGO COSTAMAGNA
DON LUIS LASAGNA
GRANDES MISIONEROS

Los hallaremos a lo largo de estas páginas.

JOSÉ BUZZETTI

No sólo de sacerdotes se compone la Sociedad Salesiana: importantísimo papel juegan en ella los coadjutores. Pues también se los mandó a Don Bosco la Providencia y él supo formárselos.

Entre los innumerables muchachos que afluían a Turín para tentar fortuna y que Don Bosco reunía los domingos en sus Oratorios, pronto destacó Buzzetti, natural de Caronno, peón de albañil. Ver a Don Bosco y quedar prendado, todo fue uno. Era todavía el tiempo del Oratorio ambulante. Un día de 1847 el Santo le propuso estudiar para sacerdote. Aceptó contentísimo. Y al mismo tiempo que estudiaba, ayudaba en las mil cosas del Oratorio. Pero un día de 1851 se le disparó una pistola en la mano y le llevó el pulgar.

Por amor a Don Bosco quiso quedarse como *chiérico perpetuo*. Pero la humanidad es la humanidad. Y Buzzetti, viendo que subalternos suyos subían, subían, resolvió marcharse. Don Bosco lo miró con infinita ternura; pero no se opuso a su decisión: le ofreció toda su ayuda, le puso dinero en la mano y le dijo:

—¡Adiós! Recuerda que el Oratorio es siempre tu casa y Don Bosco siempre tu amigo; esta puerta siempre está abierta para ti.

El fuerte Buzzetti prorrumpió en llanto, exclamando:

—¡Oh, no! ¡Yo no me separaré nunca de Don Bosco!

Y se propuso ser el cireneo de la casa. Ningún sacrificio lo acobardaba. Don Bosco sabía que podía contar con él para todo. ¿Que las cosas de la cocina o del huerto o del taller se enredaban? Allí estaba Buzzetti sonriente y las desenredaba. ¿Que Don Bosco se hallaba en un apuro, fuese el que fuese? Allí estaba Buzzetti esperando órdenes y haciendo lo imposible para cumplirlas.

Pronto le enseñó el Santo a sacar partido de todas sus

habilidades, puestas al servicio de Dios y de las almas. Había fundado las *Lecturas Católicas*. Confió su administración a Buzzetti y Buzzetti fue su principal sostén, su propagandista, su distribuidor.

Se fundó la Librería. Buzzetti la echó a andar y la hizo prosperar.

¿A veces, especialmente en las excursiones de verano, la banda se ponía difícililla porque algún músico se encaprichaba? Allí estaba Buzzetti y todo se arreglaba.

Era el tiempo de los frecuentes atentados contra la vida de Don Bosco. Buzzetti le salvó muchas veces la vida, ya previniéndolos, ya afrontándolos valerosamente. Compartió con el Gris ese glorioso oficio.

Don Bosco empezó a construir. Buzzetti fue su empresario. Cuando, aceptada la empresa de construir en Roma el templo monumental al Sagrado Corazón, vio los enormes dispendios y dificultades que una no acertada administración traía consigo, envió a Buzzetti y las cosas se enderezaron. Las palabras que Don Bosco le dijo al volver de su gestión le llegaron al alma y lloró de consuelo.

Buzzetti era piadosísimo. En la oración y la comunión hallaba fuerzas para todo.

Y sin embargo... Buzzetti no se resolvía a hacer votos religiosos. No se creía digno, ni le bastaba, ¡cosa rara!, la palabra de su Director. Y así pasaban los años. Don Bosco respetaba su voluntad, y... sufría en silencio. Un día de 1877 díjole con tristeza:

—Buzzetti, tengo miedo de que en el Cielo no vamos a estar cerca el uno del otro.

—¿Por qué? —exclamó éste aterrorizado.

—Porque la Virgen quiere que yo esté junto a mis salesianos y lejos de los que no lo son.

Esa misma tarde Buzzetti hizo la petición que, presentada al Capítulo, fue aceptada. Y José Buzzetti fue coadjutor salesiano de hecho y de derecho.

Cuarenta años acompañó así a Don Bosco. El Oratorio

era su mundo, era su vida, lo era todo para él en la tierra.

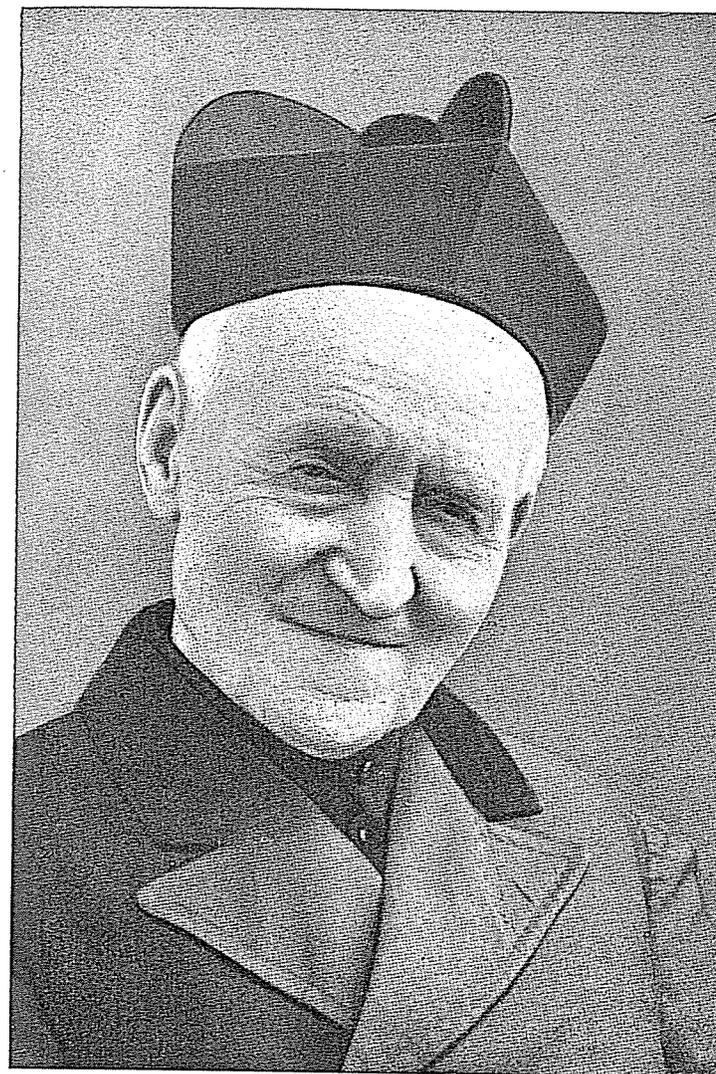
Muerto Don Bosco, Buzzetti comprendió que se acercaba también su hora. Le había ayudado siempre en todo, había expuesto por él muchas veces la vida. Ahora su misión estaba terminada. Su robusta fibra se quebró. En breve se fue para estar por siempre cerca de Don Bosco.

JOSÉ ROSSI

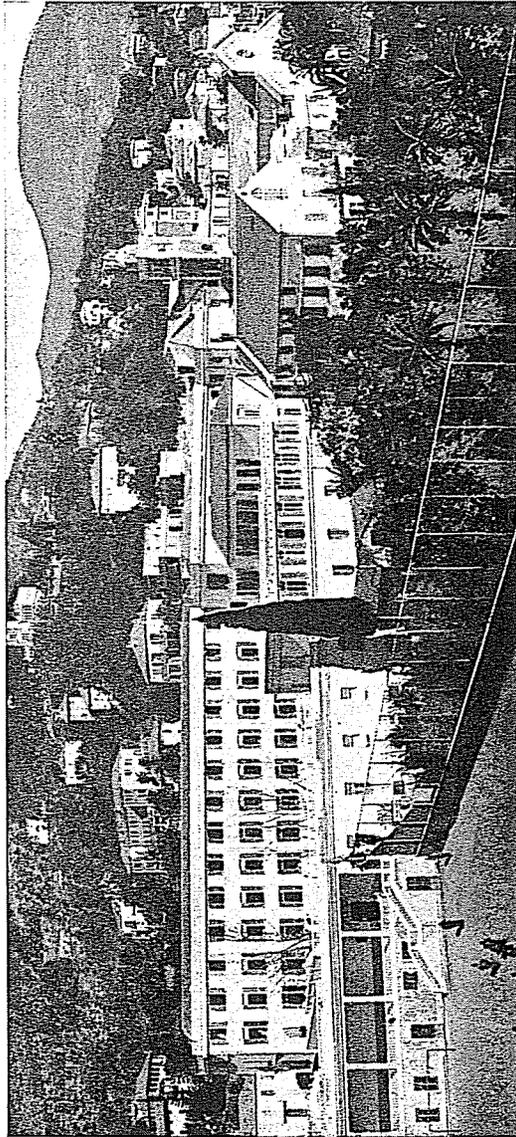
Oriundo de Pavía. La lectura de *El Joven Cristiano* le hizo desear conocer al autor, y... se fue a Turín. Tenía ya sus veinticuatro cumplidos. El Oratorio no abundaba en comodidades; pero... estaba Don Bosco. "Cuando me encontré ante él —dice— quedé edificado, recibí una profunda impresión y su cordialidad me produjo un sentimiento filial." Era en febrero de 1860; en 1864 Rossi hacía su profesión trienal y en 1867, la perpetua.

Don Bosco lo nombró ropero y aposentador. Más tarde le asignó también una asistencia en los talleres, que desempeñó con inteligencia, procurando que los aprendices no sólo guardaran el orden, sino que se esforzaran en aprender bien sus oficios y crecieran buenos cristianos para que ejercieran luego influencia en las fábricas a donde tuvieran que ir.

Don Bosco, que había establecido en el Oratorio un almacén central y venía observando las cualidades administrativas del coadjutor, lo preparó paulatinamente y, llegado el momento, lo hizo su hombre de confianza y proveedor general. Había que vigilar todos los talleres y la cocina, buscar y despachar trabajo, comprar materiales, tratar con los clientes, etc., etc. La esfera de acción era grande y de responsabilidad. Rossi se multiplicaba. También Don Bosco multiplicaba sus manifestaciones de aprobación y de aliento y los oportunos consejos. El campo se ensanchó todavía con el multiplicarse de los colegios y la creación de las Misiones. ¡Cuántos viajes por Italia y el extranjero tenía que hacer



Rvdo. Don Juan B. Francesia, Doctor en Filosofía y Letras. Nació en 1838. Fue el primer Director del Colegio de Varazze, luego Inspector y Director Espiritual General; hasta su muerte estuvo al frente de las colecciones de libros fundadas por Don Bosco. Murió en Turin, su patria chica, en 1930.



Colegio de Alasio. El cuarto fundado fuera de Turín. Su primer Director fue el P. Francisco Cerruti.

Rossi! ¡Cuánta diversidad de asuntos y de gentes tenía que tratar! A veces todo era muy duro. ¡Pero era la voluntad de Dios y había que ahorrarle a Don Bosco disgustos y fatiga! Rossi siempre contento, sonriente siempre.

Manejaba mucho dinero. Y era más que edificante su escrupulosidad en la guarda de la santa pobreza.

También había aprendido del Padre el arte de permanecer unido a Dios en medio del tráfago de los negocios. ¡Cuántas veces regresaba al Oratorio a hora avanzada del día, después de haber viajado toda la noche! Iba derecho a la iglesia, oía la Misa si la había, comulgaba siempre y daba gracias; iba a tomar una taza de café, para volver y hacer en la misma iglesia su meditación de regla!

A Don Bosco le gustaba bromear, y sus bromas nunca eran puras bromas. Cierto día que iba con unos amigos notó que Rossi estaba preocupado y un poco malhumorado. Al pasar junto a él se lo presenta con estas palabras:

—Señores, el conde Rossi, grande amigo de Don Bosco.

Y se quedó conde Rossi, con condado y todo. Y algunos se lo creían.

—¡Qué cosas tiene usted, Don Bosco! —le dijo sonriendo.

—¿Verdad que te gustó más así, que si te hubiera dado un repelón?

¡Qué atenciones tenía Don Bosco y cómo sabía tocar fibras! Durante el Capítulo General de 1877 llamó a Rossi a Lanzo, donde se celebraba, para que asistiera como consultor en las sesiones en que se habló de finanzas y de Escuelas Profesionales.

Y Rossi, por eso mismo, nunca se alzó a mayores. Siempre humilde, siempre respetuoso, siempre obediente.

Sobrevivió a Don Bosco. Los últimos años le hizo sufrir mucho la arterioesclerosis. Pasaba largas horas en la iglesia de María Auxiliadora, absorto en oración.

Un golpe de apoplejía se lo llevó el 28 de octubre de 1908. Conservó el suficiente conocimiento para recibir devotísimamente los Santos Sacramentos de manos de Don Rúa.

JOSÉ DOGLIANI

El Maestro Dogliani es una prueba palpable del espíritu observador de Don Bosco y del partido que sabía sacar de las disposiciones de los individuos. De carácter más bien tímido, entró en el Oratorio para aprender carpintería. Lo puso también en la escuela de música instrumental. Dogliani se halló en el reino de la música: orquesta, banda, coros de canto... Bajo la dirección del Padre Cagliari hizo tan rápidos progresos, que el maestro De Vecchi compuso ex profeso para él un *Concerto di bassa fliscorno*. A los diecinueve años ya dirigía una orquestina y componía sus primeras marchas. Poco a poco Cagliari le fue cediendo la batuta y cuando marchó para América lo sustituyó dignamente. Quizá para probar su habilidad, elementos de fuera pidieron para las fiestas de María Auxiliadora el grandioso himno de la Virgen de Lepanto. Los que ignoraban la ausencia de Cagliari creyeron que éste dirigía la ejecución.

Ofrecimientos tentadores tuvo. El amor a Don Bosco y al Oratorio vencieron toda tentación. Se empezaba a hablar de reforma en la Música Sagrada. Don Bosco animó a los suyos a secundarla. Con admiración de todos, Dogliani hizo ejecutar en María Auxiliadora la *Missa Papae Marcelli*.

Además de ensayar y dirigir la banda y la Escolanía, Dogliani servía la comida en el refectorio de los Superiores. A él se debe si los salesianos conocemos algunos episodios de la humildad y mortificación de Don Bosco.

En 1876 se habían introducido en el teatro ciertos gustos que no agradaban a Don Bosco y le hacían sufrir por cuanto se alejaba un tanto de su espíritu. Dogliani y otro coadjutor llamado Barale lo encauzaron de nuevo. ¡Tanta era ya su autoridad!

La Escolanía de Dogliani llegó a ser la mejor de Italia y tal vez de Europa. Cantó en las principales ciudades, excitando admiración e imitación. Dogliani llegó a ser un gran

compositor, y con Pagella y Grosso, uno de los artífices de la reforma de la Música Sagrada querida por San Pío X. Recorrió con este objeto varios países de Europa y América. En la muerte del rey Humberto la aristocracia italiana quiso que la Escolanía de Dogliani se encargara de la parte musical de los funerales. Se le confirió el título de Cavaliere de la Corona y poco después el de Comendador, y Dogliani permanecía tan modesto, tan humilde y tan sencillo que parecía un novicio. Siempre activo y optimista trocó las armonías de la Tierra por las del Cielo el 22 de octubre de 1934, a los ochenta y cinco años de edad y sesenta y siete de profesión. Su nombre vivirá siempre en la Congregación como una de sus más legítimas glorias.

MARCELO ROSSI

En el Reglamento de los colegios dice Don Bosco que "un buen portero es un tesoro para una casa de educación". Lo experimentó en el que Dios le envió cuando lo hubo menester. El Oratorio era un pequeño mundo y su portería un puerto de mar. Se llamaba Marcelo Rossi y tenía veintidós años. No tenía muchas letras, pero sí un alma hermosa y muy buenas disposiciones. Había tenido que luchar con la familia para ir adonde sentía que Dios le llamaba. Era la vigilia de la Inmaculada, año 1869.

Pasada la fiesta, Don Bosco lo colocó en la Librería. Aquí, al contacto con personas instruidas, comprendió la necesidad de "desasnarse", como él decía. Y empezó en seguida. Por su parte Don Bosco le enseñaba el arte de hacerlo todo por Dios. Terminados los años de prueba, hizo su profesión trienal, y acometido poco después de unas fuertes hemoptisis, pidió y obtuvo permiso de hacer la perpetua. Don Bosco fue a recibírsela y bendecirlo.

—Don Bosco, ¡qué dicha! Quiero morir en el amor de Dios.

—Sí, hijo mío, pero no ahora.

Luego que hubo recibido la bendición de Don Bosco, se levantó bueno y sano. Y al día siguiente se le encargó la asistencia de los encuadernadores, escuela-taller entonces muy importante.

Pero el Oratorio necesitaba absolutamente de un buen portero. Don Bosco mandó a Rossi "interinamente".

Y la interinidad duró cuarenta y ocho años. Y no hay duda de que "el señor Marcelo" sentó cátedra y nos dejó el modelo del portero salesiano, como San Alonso Rodríguez y el Hermano Gárate el del jesuíta.

Cortés y afable, con una inalterable sonrisa, muy natural por cierto, acogía al visitante mirándole fijamente con unos ojillos plácidos, mientras levantaba ligeramente el mentón como para escuchar mejor. Había llegado a una placidez envidiable. Nadie le vio irritado ni siquiera alterado, ni aun en esos días en que la portería parecía una aduana en que las gentes van de prisa y cada uno quiere ser el primero. Él los atendía a todos.

Sus días eran todos iguales: levantarse a las cuatro y media en todo tiempo; ir a la iglesia para las prácticas matinales; luego barrer y acomodar la portería y sus dependencias; luego encerrarse en su "garita" (perdónesenos el término) desde donde observaba cuanto pasaba en torno y atendía a quien se presentaba. Ésta era su ocupación desde la mañana a noche avanzada. A las horas de comer se le sustituía por el tiempo estrictamente necesario.

Sonriente y todo, tomaba muy en serio su oficio de "centinela del Oratorio". No se la jugaban tan fácilmente. ¡Y eso que ya había pillos en Turín, y en aquellos barrios y en aquel tiempo! Los malandrines le pusieron el mote de "El Gris", aludiendo al misterioso guardián de Don Bosco. Sin perder la calma, los ponía en la puerta. ¡Y qué arte el suyo para defender de los impertinentes a los Superiores!

Un portero no tiene que hacer sólo con los que entran; también con los que salen. ¡Y no faltaban los que querían

salir sin los debidos permisos! ¡Y cómo sabía el señor Marcelo hacerlos volver sobre sus pasos! No había halago ni amenazas que lo doblegaran.

Una portería es sitio peligroso y molesto por muchas otras cosas. Al señor Marcelo le sirvió para santificarse. Don Francesia, su confesor durante veintidós años, escribe de él: "Yo, que tuve la envidiable suerte de penetrar en su conciencia y poder comprobar durante tantos años la delicadeza de su alma, puedo testificar que no sabría cómo reprocharle la más leve falta voluntaria, y puedo parangonarlo a las almas más bellas."

Era hombre de oración. Pero su distintivo era la caridad, caridad en todos los órdenes; de su cargo servíase para enseñar el Catecismo y llevar las almas a Dios, remediar miserias, interceder por los niños pobres y abandonados, reconciliar familias mal avenidas...

Como era lógico, hizo escuela. Sus sucesores han sido dignos de él.

Murió dejando fama de santo.

* * *

Y como Buzzetti, Dogliani y Rossi tuvo y formó Don Bosco muchos coadjutores; Dios se los mandó para todas las escuelas-talleres y para todos los cargos principales. El Oratorio Festivo tuvo un Juan Garbellone; la escolanía y la banda, un Scarzanella; la sastrería, un Pedro Cenci; la zapatería, un Garrone; la imprenta, un Pelazza; la sacristía, un Palestrina; la enfermería, un Enria; la carpintería, un Lanteri; la mecánica, un Lombardini; el teatro, un Barale... Muchos de ellos fueron también verdaderos técnicos, que escribieron manuales para las diversas artes y oficios, preludios de los que hoy honran esta clase de literatura didáctica, tan útil y tan necesaria. Constelación de santos religiosos a los cuales debe la Congregación el primado en la formación de los obreros y ellos a la Congregación el ser lo que fueron y lo que eternamente serán.

Con tales artífices ya podía la Sociedad Salesiana desplegar sus velas y llevar sus métodos y su sistema educativo, y, lo que más vale, su espíritu a todas las regiones del mundo.

CARLOS GASTINI

No fue salesiano con votos. Pero fue el fundador de los Antiguos Alumnos.

Cierto día de 1848 entra Don Bosco en una barbería y aun contra la voluntad del barbero, se empeña en que le afeite el aprendiz, chaval de catorce a quince años. Éste lo hizo lo mejor que pudo. Entre sonrisas y rebeldes lagrimillas de dolor, preguntaba el Santo a su barberillo mil cosas.

¿Qué sentía Carlos Gastini al desollar a su cliente? Desde ese momento se le aficionó en extremo. El Oratorio fue su palacio encantado. Volaba a él todos los domingos y todas las tardes que tenía libres. Pronto aprendió a ser apóstol. Reprendía dulcemente a los clientes que blasfemaban o hablaban mal.

Poco tiempo después murió la madre y Gastini quedó huérfano, con una hermana pequeñita. El propietario de la casa en que vivían los echó a la calle. Era ya casi de noche. Acertó a pasar Don Bosco cerca del Rondó y encontró a Carlos llorando a mares. Informado de la causa, lo recogió y consiguió colocar a la hermanita en un orfanato.

Gastini aprendió el oficio de encuadernador, y la música, y la declamación, y fue el barbero de Don Bosco y del Oratorio. Y como tenía grandes disposiciones para el teatro, especialmente en la parte cómica, fue hasta su más avanzada edad personaje obligado en todas las veladas y todas las fiestas. Y le hacían regalos y regalos y él se los pasaba a Don Bosco.

A su debido tiempo fundó un hogar feliz, bendecido por Don Bosco y alcanzó una longevidad envidiable — como se lo

predijera el Santo—, llamándose siempre “el juglar de Don Bosco”, porque en la fiesta del Santo no faltaba nunca la pieza de Gastini.

Cuidó de agrupar a los chicos que iban saliendo del Oratorio con su oficio aprendido o sus estudios terminados. Y en la fiesta de San Juan de 1870 presentó, con algunos de ellos, al amado Padre, un corazón de plata, como símbolo de su inalterable adhesión y acendrada gratitud.

La Asociación de Antiguos Alumnos de Don Bosco estaba fundada, porque el Santo, entreviendo lo que aquello significaba, la apoyó con todas sus fuerzas.

TERCERA PARTE

Expansión del Apostolado Salesiano

CAPÍTULO XXXIV

Los primeros colegios fuera de Turín

I

Entra ahora nuestra relación en el período que puede llamarse central de la actividad apostólica de Don Bosco. Numerosas maravillas acompañan la extraordinaria expansión que la Divina Providencia viene concediendo a la obra del Siervo de Dios. Expondremos los hechos de mayor relieve.

Graves temores perturbaron al principio las comunes esperanzas: la salud de Don Bosco estaba muy quebrantada.

En febrero de 1863, encontrándose con algunos clérigos y jóvenes, les habló de la muerte, y con gran disgusto de ellos, les aseguró que pronto tendría que dejarlos. Le dijeron que pidiera al Señor le concediese, para su consuelo, al menos veinte años más de vida, y le preguntaron qué debían hacer con sus niños para que consiguiese aquella avanzada edad. Respondió que le ayudasen en la batalla que tenía que librar contra el enemigo de las almas.

—Si me dejáis solo —añadió— acabaré más pronto, porque he resuelto no ceder, aunque sea a costa de caer muerto en el campo...

Al ver que sus palabras los afligían y encontrándose entre ellos algunos clérigos próximos a recibir las Órdenes Sagradas, concluyó diciendo:

—Pedid al Señor que realice mi esperanza de poder asistir a todos cuando digáis la Primera Misa.

Divulgadas pronto estas palabras por la casa, despertaron en todos un gran deseo de conservar la vida de su padre y maestro.

Pero su salud continuó despertando viva inquietud. Aunque dudaba vivir más de los cincuenta años y estando por otra parte seguro de que Dios no abandonaría la obra empezada, pensaba levantar un gran templo en honor de aquella que, en repetidas visiones, se le había aparecido y le había prometido con prodigalidad templos y casas. Así se lo declaró a Don Juan Cagliero, añadiendo que la Virgen quería ser honrada con el título de *MARÍA AUXILIADORA*, como correspondiente a las nuevas y urgentes necesidades de los tiempos, y que aquélla debía ser la iglesia madre de la futura Sociedad; el centro de donde irradiarían todas sus demás obras en favor de la juventud. Y acabó diciendo:

—María Santísima es la fundadora y será la sostenedora de nuestras obras.

Al canónigo Anfossi indicó después que el sitio del futuro templo sería un campo que había tenido que revender hacía ocho años. El ecónomo del Oratorio, Don Ángel Savio, prefería que se levantase la nueva iglesia en el cruce de la actual calle de Cottolengo con la calle de Cigna, en terreno de ésta y con la fachada hacia la calle de Valdocco. Comenzaron las gestiones y ya se había ultimado verbalmente el contrato ante testigos, cuando los propietarios no se avinieron a ciertas condiciones y el contrato no se ultimó.

* * *

Conjurado con la intervención de la autoridad académica de la provincia el peligro de la clausura de las clases, practicó Don Bosco las gestiones oportunas para proveer de título oficial a sus profesores, porque conocía las malas intenciones del caballero Gatti, que en aquellos días hacía y deshacía a su capricho en el Ministerio de Instrucción Pública.

No se desalentó por no haber sido atendidas las dos ins-

tancias que con aquel objeto había presentado, sino que exhortó a los suyos a tener confianza en Dios y se decidió a construir un nuevo edificio para clases. Finalmente, mediante los buenos oficios del profesor Prieri, decano de la Facultad de Letras, logró que sus maestros, Don J. B. Francesia, Francisco Cerruti, Celestino Durando y J. B. Anfossi hicieran un examen de ingreso en la Facultad mencionada, lo cual entonces bastaba para enseñar legalmente en el "gimnasio" o Bachillerato inferior y en el "liceo" o Bachillerato superior.

Este primer triunfo pareció quitar el sueño al caballero Gatti, el cual, con la esperanza de lograr su propósito, consiguió del Ministerio en el mes de mayo otra inspección a las clases del Oratorio.

El encargado fue el profesor Ferri, inspector de las clases secundarias en la parte científica. El Santo, aunque protestó contra esta nueva vejación, no se opuso, en obsequio a la autoridad.

La visita duró dos días. Como los alumnos habían contestado debidamente a las preguntas que insidiosa e inoportunamente les había hecho el inspector y éste, por otra parte, tenía fama de hombre honrado e imparcial, se esperaba por lo menos un informe veraz y justo; pero llegó a oídos del Santo que se iba a presentar al ministro una relación muy desfavorable, en la cual se insinuaba, entre otras cosas, que se había observado en el Oratorio un espíritu tan hostil al Gobierno, que ni siquiera había un retrato del Rey.

Don Bosco quiso conjurar la tormenta antes de que estallase y decidió ver al Ministro directamente. Éste le recibió sólo después de repetidas instancias. Don Bosco le habló de los abusos de poder cometidos por el profesor Ferri.

—Se ha querido —le dijo— escrutarse los pensamientos de los chicos, saber lo que decían en la confesión, lo que les aconsejaba el confesor, formulando amenazas si no se satisfacían aquellas insidiosas e insistentes preguntas...

En este momento se llamó al profesor Ferri y al caballero

Gatti. A causa de la semioscuridad del salón no advirtieron la presencia de Don Bosco y se sentaron a poca distancia de él.

Interrogado el profesor por el Ministro sobre el resultado de su inspección, repitió las acusaciones de que ya se ha hablado; y como el Ministro le expusiera las quejas de Don Bosco, negó que hubiese hecho a los chicos preguntas indiscretas. Entonces el Ministro dijo:

—Tenemos aquí a Don Bosco, y desea hablar; dejémosle responder, y así apuraremos la verdad. ¡La verdad y nada más que la verdad! ¡Y ay de los impostores!

Fácil es imaginarse el aturdimiento de estos benévolos informadores. El caballero Gatti, pretextando asuntos urgentes, se levantó para irse; pero estaba tan aturdido, que en vez de la puerta de salida, abrió un armario. El señor Ferri quiso alejarse un poco de Don Bosco y tropezó en la alfombra yendo a caer en el suelo. Entonces Don Bosco intervino y habló así:

—Señor Ministro, le doy gracias por la autorización que me concede para hablar. No trato de acusar a nadie, sino de defenderme, o mejor, de defender mi causa y la de mis niños. Se han hecho a éstos preguntas insidiosas sobre la frecuencia de sus confesiones, con quién se confesaban, lo que decían en confesión, qué les decía el confesor y otras preguntas, que por pudor no repito. El mismo profesor Ferri aseguró que nuestras clases se podían poner como modelo de moralidad y disciplina, y aseguró delante de mí y de otras personas que no hallaba nada censurable en nosotros, y que sería de desear que todas las escuelas públicas se encontrasen en aquel estado. Ha dicho que no teníamos retrato del Soberano; él mismo vio tres en otras tantas aulas.

—Sí, es verdad; pero son muy feos —dijo Ferri bastante turbado.

—Eso será culpa del que los ha pintado o grabado —replicó Don Bosco—. Mucho me gustaría a mí que fuesen más hermosos.

—¡Basta! —dijo el ministro—. Usted, señor profesor, puede marcharse a su despacho. Ya veo que mis deseos se han interpretado arbitrariamente y que para evitar un mal, se han querido hacer dos. Ya hablaremos a su debido tiempo.

Al quedarse sólo Don Bosco, el Ministro le invitó a decirle amistosamente los motivos de las muchas murmuraciones que corrían a cuenta suya. Don Bosco se defendió con aquella eficacia que tenía su palabra en tales ocasiones; de modo que el Ministro, conmovido y persuadido, acabó por despedirse de él con estas palabras:

—Conque estamos de acuerdo en todo. ¡Váyase tranquilo! Nadie irá a molestarle más. Si se presentan dificultades en sus clases, venga directamente a mí, y no dude que siempre tendrá el apoyo del Ministro de Instrucción Pública. ¡Adiós, mi querido abate! —añadió aún estrechándole la mano—. ¡Adiós!

—Agradezco a V. E. —respondió Don Bosco— la bondad que usa conmigo y la protección que me promete. Rezaré y haré rezar a mis pobres jovencitos por V. E., a fin de que Dios le conceda la gracia de una vida larga y feliz y después una santa muerte.

—¡Adiós! —replicó aún el ministro—. ¡Hasta la vista, querido abate!

II

El 6 de julio los cuatro maestros del Oratorio se presentaron en la Universidad a examinarse para ingresar en la Facultad de Letras. Todos fueron aprobados, recibiendo caurosas felicitaciones.

Estos exámenes no les proporcionaban todavía título alguno y en cualquier momento podía ser revocado el permiso de enseñar. Pero en aquel mismo mes (era el de julio) se anunció que, debido a la falta de profesores de Instituto, a partir de aquel año se convocaban en septiembre exámenes

extraordinarios para los que quisieran obtener el título correspondiente. ¿Cómo no reconocer en esto un favor de la Providencia? El tiempo apremiaba; pero Don Miguel Rúa, Don Bartolomé Fusero, Don Domingo Ruffino y los clérigos Juan Bonetti y Jacinto Ballesio, aunque cansados de los trabajos escolares, se prepararon para aquellos exámenes y todos fueron aprobados.

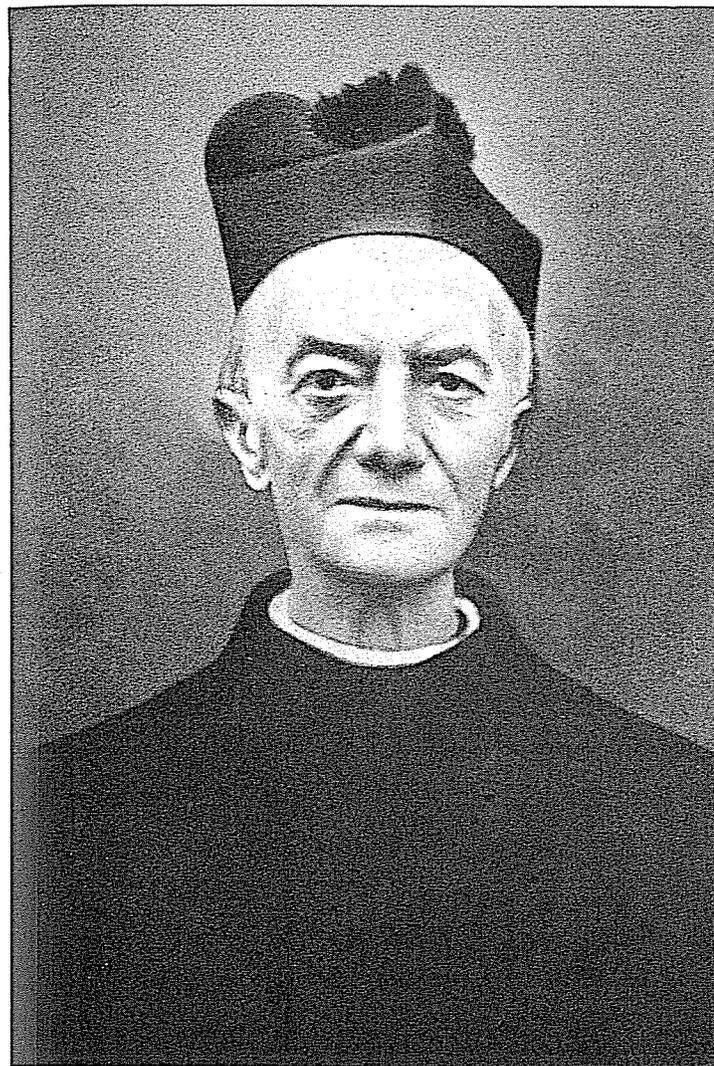
Este era un segundo triunfo, que permitía a Don Bosco extender su obra fuera de Turín. En efecto, en 1863 pudo abrir un nuevo Instituto en Mirabello Monferrato, al que dio el título de "Pequeño Seminario de San Carlos", para el cual escribió un reglamento inspirado en el del Oratorio.

Antes de elegir el personal fue a implorar las luces del Cielo al Santuario de Oropa; después eligió como Director del nuevo Instituto a Don Miguel Rúa, como Prefecto al clérigo Provera, como Catequista al clérigo Bonetti, como Director de Estudios al clérigo Francisco Cerruti y les dio por compañero al clérigo Pablo Albera (1).

Escribió para Don Rúa algunas acertadísimas normas, que se imprimieron más tarde con algunas adiciones y se enviaron y se envían como recuerdos confidenciales a todos los Directores. Hoy son de derecho público.

La separación fue conmovedora y no sin lágrimas. ¡A los que marchaban les parecía imposible vivir sin Don Bosco! El nuevo colegio se abrió el 20 de octubre. Los maestros se pusieron a trabajar con admirable celo. Todos eran jóvenes; Don Rúa, el único sacerdote, contaba apenas veintiséis años; pero, como decía Don Bosco, tenían el espíritu de Jesucristo, que inspira prudencia a la actividad generosa de los jóvenes.

(1) Rúa fue luego Prefecto General y Sucesor de Don Bosco; Provera, Inspector de las casas argentinas; Bonetti, Director Espiritual General; Francesia, Inspector de las casas del Piamonte; Cerruti, Director General de Estudios; Albera, Inspector de Francia y Superior General.



Rvdo. Don Francisco Cerruti, Doctor en Filosofía y Letras. Nació en Salugia en 1844. Cuando entró en el Oratorio trabajó amistad con Domingo Savio. Fue el primer Director de Alassio; luego Inspector de la Liguria y Consejero Escolástico General. Organizó los estudios de la Sociedad Salesiana. Murió en Turin en 1917.



Casa de Niza Maritima. La primera que se fundó en Francia (1875). Su primer Director fue el Padre Ronchali; entre los clérigos figuraba D. Evasio Rabagliati, futuro apóstol de Chile y de Colombia.

* * *

Mientras la Sociedad Salesiana iba ensanchando su campo de acción, el Señor hería a uno de sus perseguidores, el caballero Gatti, con desgracias de familia y en su carrera, que poco a poco le volvieron loco, hasta el punto que mató a su pobre consorte y poco después le causaron la muerte a él mismo.

Podríamos decir la serie dolorosa de las desgracias que cayeron sobre aquellos que más se distinguieron en poner trabas a la vida del Oratorio; pero preferimos transcribir las palabras con las que el Santo cierra sus recuerdos sobre los allanamientos.

“Yo creo que todos estos personajes habrán hallado misericordia en la presencia de Dios, como lo hemos pedido de todo corazón con nuestros jovencitos. He querido citar estos hechos solamente para enseñar a mis hijos los Salesianos que Dios bendice a quien nos bendice y recompensá con largueza a nuestros bienhechores y castiga con no pequeños males a aquellos que nos persiguen.”

* * *

La salud de Don Bosco no daba muestras de mejorar.

A principios de 1864 arrojaba sangre por la boca y digería difícilmente su parca alimentación. Sin embargo de ello, siempre se mostraba alegre y no cesaba de trabajar. Celebraron con el habitual entusiasmo la fiesta de San Francisco de Sales.

* * *

Pocos días después, en la memorable conferencia general que dio a todos los miembros de la Sociedad de San Francisco de Sales, reveló el origen sobrenatural de su obra, los sueños proféticos que hasta entonces lo habían guiado, acen-

tuando que esto fue el motivo de la confianza que había conservado siempre, aun en medio de las adversidades, de las persecuciones y de los mayores obstáculos. "No es posible describir la impresión que hizo y el entusiasmo que despertó semejante revelación", según se lee en la crónica del Oratorio.

No faltaban al Oratorio otros manantiales de fervor, como eran las vidas santas y las muertes santas, como las de Domingo Savio, Magone y Besucco.

Flores como éstas embellecían al Oratorio de Valdocco y a la naciente Sociedad Salesiana, mientras Don Bosco se esforzaba por consolidarla. Después de haberse establecido regularmente el 18 de diciembre de 1859 y hecho la primera emisión de votos en mayo de 1862, era necesario obtener del Romano Pontífice su aprobación. Por este motivo envió a Roma nuevamente, en agosto de 1863, las Constituciones con las debidas "comendaticias" episcopales. La Sagrada Congregación de Obispos y Regulares dio, el 23 de julio de 1864, el *Decretum laudis* o Decreto laudatorio a favor de la Sociedad de San Francisco de Sales, "en vista —decía el Relator— del fin santísimo, de las alabanzas que en dos Breves el Sumo Pontífice reinante hizo de las buenas obras de los socios del Instituto y de las recomendaciones de los Superiores eclesiásticos de Turín, Casale, Mondoví, Susa, Cúneo y Acqui". El Decreto nombraba a Don Bosco Superior vitalicio.

* * *

La decisión pontificia parece que recibió después una confirmación del Cielo. Invitado Don Bosco por la noble casa de Maistre, fue en compañía de Don Cagliero y Don Rúa a predicar un triduo para la fiesta de la Asunción de María Santísima a Montemagno, en donde hacía tres meses que un cielo ardiente negaba la lluvia a los abrasados campos. En vano se habían hecho rogativas públicas y privadas. La primera tarde que Don Bosco subió al púlpito hizo una singular pro-

mesa —que debió de serle inspirada por el Cielo—, porque no obstante su excelente memoria, no se acordaba de haberla hecho:

—Si acudís a los sermones de estos tres días y os reconciliáis con Dios por medio de una buena confesión y hay una comunión general, os prometo, en nombre de la Virgen, que una lluvia abundante regará vuestros campos.

El pueblo asedió los confesionarios aquellos tres días. El día de la fiesta de la Asunción hubo una comunión tan numerosa como no se había conocido desde mucho tiempo atrás. Es de notar que aquella mañana el cielo estaba despejadísimo. Don Bosco se sentó a almorzar con el marqués. Alguien le recordó su promesa, tachándole un poquito de imprudencia. Antes de que los convidados hubiesen terminado, se levantó y se retiró a su habitación. Las campanas tocaron a Vísperas y en la iglesia comenzó el canto de los salmos. Acabado el *Magnificat*, Don Bosco sube lentamente al púlpito.

La multitud, que ocupa enteramente la iglesia, tiene los ojos fijos en él. Se reza el Avemaría y parece que la luz del sol se oscurece un poco. Comienza el exordio. Después de algunos períodos se oye, prolongado, el ruido del trueno. Un murmullo de gozo corre por la iglesia. Don Bosco se detiene un instante; la lluvia cae continua y abundante, golpea las vidrieras. Las palabras que salieron del corazón de Don Bosco mientras predicaba fueron un himno de gratitud a María y de consuelo y alabanza a sus devotos. Lloraba y con él lloraban los oyentes.

Después de la Bendición la gente se detuvo en el pórtico de la iglesia, porque la lluvia continuaba cayendo copiosamente. Todos reconocieron el prodigio todavía mayor, porque en las cercanías cayó una granizada tan terrible que destrozó todas las cosechas de un pueblo que se había burlado de las Misiones y del Misionero.

* * *

En septiembre de aquel año la escuela tipográfica del Oratorio imprimía un opúsculo titulado: *¿Quién es Don Ambrosio? Diálogo entre un barbero y un teólogo*. Don Ambrosio era un apóstata entregado a la herejía y a las sectas, que levantaba su cátedra de iniquidad en las plazas o en la puerta de las iglesias y de los institutos religiosos (también se había instalado delante del Oratorio), y vomitaba invectivas contra todo lo sagrado y con aplauso de gente pagada. En el opúsculo se describía la vida desgraciada del apóstata y se recordaba a los fieles la obligación de no escucharlo y de huir de él. Cuando se trataba de impedir un escándalo, Don Bosco no se arredraba por nada.

Tampoco vacilaba frente a cualquier necesidad pública. Si no podía hacer otra cosa, recurría con confianza a la oración; así lo hizo durante los sangrientos tumultos ocurridos en ocasión del traslado de la capital a Florencia.

En octubre abrió resueltamente otro centro: el Colegio de San Felipe Neri, en Lanzo Torinese. Eligió como Director al sacerdote Don Domingo Ruffino y Prefecto a Don Francisco Provera y les dio por compañeros a varios clérigos, entre ellos a Pedro Guidazio, Francisco Bodrato, José Fagnano, Nicolás Cibrario, Santiago Costamagna y Antonio Sala, que después ilustraron su nombre en la Sociedad Salesiana. Pero de esto hablaremos más adelante.

CAPÍTULO XXXV

El Santuario de María Auxiliadora

I

Al paso que se extendía la Sociedad Salesiana crecía en Don Bosco el deseo de apresurar la construcción del templo de Aquella que había sido su Patrona e Inspiradora. Revelaciones y mandatos particulares de la misma Santísima Virgen, unidos a los conocimientos que en el profundo estudio de la Historia se había formado, le determinaron a escoger ese título de Auxiliadora de los Cristianos. Según su costumbre, puso en prensa su ingenio para asegurar el éxito de la empresa: inundó de propaganda a Turín e Italia entera, escribió a las autoridades, interesó al Rey y al Papa.

* * *

El 11 de febrero recobraba Don Bosco el campo de sus sueños.

Desde el primer día del mes empezó a repartir una circular pidiendo ayuda para la construcción "de una iglesia en honor de la Santísima Virgen, con el título de "María Auxilium Christianorum". Después de reunir una Comisión de arquitectos, para estudiar los planos, como no se pusieran de acuerdo, se dirigió al arquitecto Antonio Spezia, al cual doce años antes, con ocasión del justiprecio de la casa de Pinardi y la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales,

había dicho: "Otra vez tendré necesidad de usted." Esta otra vez había llegado. El señor Spezia hizo un boceto del plano del templo en forma de cruz latina, sobre una superficie de mil doscientos metros cuadrados, en consonancia con la amplia concepción de Don Bosco, el cual presentó el plano al Municipio.

Éste lo aprobó, aunque no encontró de su agrado el título de "María Auxiliadora", tildándolo de beatuco e inoportuno; pero Don Bosco, con santa sagacidad, lo mantuvo, además de que el Sumo Pontífice Pío IX le había enviado (así lo refiere él mismo) un primer donativo de quinientos francos, dando a entender que María Auxiliadora sería un título grato a la Reina del Cielo.

Los trabajos se confiaron al contratista Carlos Buzzetti. No tardó la Virgen en demostrar que no fueron vanas las esperanzas que en Ella se habían puesto. La adquisición del terreno y la cerca de que había que rodearlo importaban la cantidad de cuatro mil liras. El ecónomo preguntó a Don Bosco:

—¿Cómo nos vamos a arreglar? ¡Esta mañana no había en casa ni para franquear el correo!

—Comienza a excavar los cimientos —respondió el Santo—. ¿Cuándo hemos empezado obra alguna teniendo dispuesto el dinero? ¡Es necesario dejar que la Divina Providencia haga algo!

Pocos días después bendijo los terrenos en que se había de levantar el templo. Lo acompañaban el ecónomo, el contratista y alguno más. Había que remover bastante tierra. Dirigiéndose a Buzzetti, le dijo:

—Quiero darte algo a cuenta de estos grandiosos trabajos.

Y sacando el portamonedas, lo vació en manos del maestro, que esperaba quién sabe cuántos marengos de oro, y en cambio cayeron... ¡cuarenta céntimos!

Dieron principio a las excavaciones. Cuando se acercaba el fin de la primera quincena llamaron a Don Bosco junto al

lecho de una persona gravemente enferma, inmóvil desde hacía tres meses, trabajada por la tos y la fiebre y con gran debilidad de estómago. Le sugirió la idea de hacer una novena a María Auxiliadora. La enferma prometió entregar un donativo para la nueva iglesia.

El último día de la novena debía pagar Don Bosco mil francos a los obreros, y fue a ver otra vez a la enferma. La criada, apenas lo vio, le anunció que la señora estaba completamente curada y que había salido varias veces fuera de casa. He aquí que gozosa se presenta la misma señora diciendo:

—Estoy curada; ya he ido a dar las gracias a la Virgen; venga, aquí tiene el paquete que le he preparado, éste es mi primer donativo y ciertamente no será el último.

El Santo tomó el paquete, volvió a casa, lo abrió y encontró cincuenta marengos, ni más ni menos, ¡los mil francos que hacían falta!

Desde aquel momento fueron tantas las gracias concedidas por la Virgen a los que contribuían a la construcción de la nueva iglesia, que Don Bosco pudo decir que la Reina del Cielo se la edificó por sí misma: *Aedificavit sibi domum María.*

* * *

Señaló el 27 de abril de 1865 para la ceremonia de la colocación solemne de la primera piedra, dándole a la ceremonia grandiosidad y esplendor. Invitó para presidirla al príncipe de Saboya, Duque de Aosta, a quien acompañó todo el tiempo, vestido con ferreruelo.

Para este acto memorable, junto con una multitud devota y nutridos grupos de jóvenes venidos de diversos puntos, entre los cuales, todos los alumnos del colegio de Mirabello, se congregaron en Valdocco muchas familias de la primera Nobleza de Turín y de otras partes, el gobernador y el alcalde de la ciudad y otros miembros del Municipio. El Obispo de

Susa, Monseñor Juan Antonio Oddone, bendijo la primera piedra. Seguido el Príncipe de Don Bosco y de los demás ilustres personajes presentes, se dirigió hacia la base de la pilastra de la cúpula del lado del Evangelio, que se destacaba del nivel del suelo. Se leyó el acta de la ceremonia que, firmada por muchos de los presentes, se encerró en un tubo de vidrio y fue depositada en el hueco, practicado al efecto en la llamada piedra angular, junto con algunas de las medallas de María Auxiliadora y monedas acuñadas aquel año, imágenes sagradas y un retrato de Pío IX.

El Obispo roció después la piedra con el agua lustral y el joven príncipe arrojó la primera paletada de mortero. Terminado el rito religioso, hubo un acto académico en honor del príncipe y de los otros ilustres personajes allí presentes.

S. A. R. quedó tan satisfecho de la grande y cordial acogida que le habían hecho, que en prueba de ello entregó de su bolsillo particular una importante suma para cooperar a la erección del Santuario. Además envió a los alumnos del Oratorio parte de los aparatos de su propia instalación de gimnasia. Don Bosco correspondió de manera delicada regalándole algunas magníficas manzanas de un arbolito que había crecido solo junto al solar de la nueva iglesia, en un rincón del patio. El joven duque se lo agradeció remitiéndole otro donativo en dinero para que comprase a sus jóvenes un poco de fruta, en compensación, como decía, de las sabrosísimas manzanas que le había enviado.

Los trabajos continuaron con gran rapidez por gracia de la Virgen. Cuando faltaba dinero, iba Don Bosco a visitar o escribía a personas enfermas y a otras que se encontraban en grave necesidad moral o física, las exhortaba a recurrir a la Virgen con la promesa de algún donativo para la construcción de la nueva iglesia, y entonces las gracias se multiplicaban. De esta manera, en el transcurso de 1865, el edificio se levantó hasta el tejado y quedó cubierto. También se construyó la bóveda, a excepción de la parte que debía cubrir la cúpula.

No se crea que todos los donativos fueron de grandes cantidades; la mayor parte fueron pequeños y procedían del pueblo humilde.

Al principiar aquel verano se declaró el cólera en Ancona. A las primeras noticias de esta calamidad, Don Bosco escribió sin vacilar al Obispo, al Cardenal Antonucci y al ministro Lanza, mostrándose dispuesto a recibir "el número de jovencitos que, habiendo quedado huérfanos o reducidos a la miseria por esta causa", se le destinasen.

La noticia de este generoso gesto despertó la admiración de los buenos en toda Italia. Veinte fueron los huérfanos de Ancona que se confiaron a Don Bosco.

Entretanto en agosto cumplía, en buena salud, los cincuenta años, supuesto límite de su vida.

Las oraciones que se habían elevado a Dios en el Oratorio, en el pequeño Seminario de Mirabello y en el colegio de Lanzo habían hallado gracia delante del Señor.

II

En la noche del 7 al 8 de octubre moría en Lanzo Don Víctor Alasonatti, primer Prefecto del Oratorio y de la Sociedad Salesiana. Lo que sufrió, sólo Dios lo sabe. Una úlcera en la garganta le había hecho encorvar el cuerpo casi hasta las rodillas; el hombro derecho le atormentaba con vivos dolores y a pesar de ello permaneció fuera del lecho gran parte del tiempo en los últimos días de su enfermedad. Su resignación era perfecta, como su conformidad con la voluntad de Dios. Con mucha frecuencia exclamaba: *Fiat voluntas tua!* Su pensamiento predilecto era: *Semper in gratiarum actione manere;* su jacularia favorita: *Deo gratias!* A cada botón de fuego que le aplicaban en el hombro repetía: *Deo gratias!*

Para desempeñar el cargo de Prefecto fue llamado de Mirabello, en donde era Director, Don Miguel Rúa. Don Bosco

solucionaba así la doble necesidad de proveer a la dirección administrativa de la Sociedad Salesiana y de colocar junto a sí a la persona que, llegado el caso, pudiera sustituirlo en el gobierno supremo de la Congregación. Joven de apenas veintiocho años, dotado de actividad maravillosa y de singular espíritu de sacrificio y enteramente formado en la escuela del Santo, era Don Rúa capaz ciertamente de compartir con él ideas e iniciativas. De este modo podía alejarse Don Bosco con más frecuencia del Oratorio.

Las compañías ferroviarias de la Alta Italia le habían concedido para 1865 un billete gratuito permanente. Hacia la mitad de octubre se aprovechó de esta concesión e hizo un viaje a Milán, Brescia, Padua y Venecia, con el fin de procurarse medios para el templo en construcción y poder colocar los billetes de una nueva lotería organizada a favor del Oratorio y de la nueva iglesia.

De vuelta en el Oratorio, tuvo la satisfacción de recibir las primeras profesiones perpetuas de sus hijos. Esto se efectuó en noviembre. Habían transcurrido tres años de la primera emisión regular de votos; ahora la Sociedad quedaba definitivamente establecida.

Después de la Inmaculada marchó a Florencia, donde obtuvo muy honrosa acogida del Arzobispo, que lo alojó en su palacio, y del Cabildo Metropolitano, que celebró un acto literario en su honor.

En Florencia, como en todas partes, supo ganarse tan bien los corazones, que la generosa marquesa Gerini le prometió un donativo de diez mil liras, si no se marchaba tan pronto como había determinado; entonces detúvose en Florencia algunos días más.

* * *

El año de 1866 comenzó con tristes pronósticos. Las diferencias entre Austria y Prusia habían hecho ya inevitable un conflicto, en el cual Italia también debía tomar parte.

A fines de 1863 Don Bosco había predicho la guerra, el hambre y la peste. La peste ya había venido; ahora se presentaba la guerra.

En febrero de 1865 dejó dicho Don Bosco que el proyecto de supresión de los conventos no se presentaría a las Cámaras, con tal que se rezase mucho con este fin. Y así ocurrió. El Ministro retiró el proyecto para hacer en él ciertas modificaciones pedidas por los diputados; pero en la reapertura del Parlamento, el 22 de enero de 1866, se incluyó en el discurso de la Corona. Algunos recordaban que en 1855 se había dicho en iguales circunstancias: ¡Grandes funerales en la Corte! También entonces, precisamente en la noche del 21 al 22 de enero, dejaba de existir en Génova, a los veinte años, el príncipe Otón, duque de Monferrato, tercero de los hijos varones de Víctor Manuel II; la perla de la casa de Saboya; porque en cuanto a piedad y caridad cristiana, parecía revivir en él su madre, la reina María Adelaida, de santa memoria. A pesar de este luto, la Cámara declaró urgentísimo el proyecto de ley presentado por el Monarca; se discutió y el 23 de julio se aprobaba la ley.

Don Bosco, que amaba tanto a los religiosos, se apresuró a socorrerlos dando generosa hospitalidad a muchos de ellos en sus casas. En el ejercicio de la caridad procuraba sacar partido aun de lo poco que las leyes parecían disponer en su favor. Convencido de que hacía para con los alumnos del Oratorio las veces de sus padres, se amparó en el artículo 251 de la ley de Instrucción Pública, entonces vigente, que autorizaban a los padres de familia o al que hiciese sus veces, a dar a sus hijos o agregados la segunda enseñanza exenta de inspección por parte del Estado; y apoyándose además en el artículo 256 que dispensaba de demostrar su idoneidad a las personas que ya enseñaban, a título gratuito, a los niños pobres de las escuelas elementales o técnicas, pidió al ministro de Instrucción Pública, Domingo Berti, que se dispensase de aquella prueba a los maestros del Oratorio encargados de la segunda enseñanza. El alcalde de Turín, caballero

Galcagno, apoyó la petición "por el provecho particularísimo —son sus palabras— que de este benéfico establecimiento obtiene la ciudad". El gobernador le entregó también una recomendación igual. Así obtuvo Don Bosco quedar exento por aquel año de aquella formalidad legal, lo que no quiere decir que descuidara la intensa preparación pedagógica de sus maestros y profesores.

La Virgen continuaba, al mismo tiempo, multiplicando en provecho del templo en construcción y de las necesidades del Oratorio toda clase de maravillas, las cuales divulgaba Don Bosco en sus cartas. Con la noticia de tantos favores se difundió rápidamente la más tierna confianza en María Auxiliadora.

De este modo pudo acabarse, en septiembre de 1866, la cúpula del Santuario, no sin alguna intervención particular de María Auxiliadora, pues Don Bosco, encontrándose en gran penuria de dinero, después de estar construídos los arcos que debían sostenerla, dudó algunos días y decidióse, para mayor rapidez en los trabajos y economía de gastos, a sustituirla por una simple bóveda, y así lo ordenó a Buzzeti y al ecónomo D. Ángel Savio. Éstos, asombrados de la novedad, dieron largas a la orden un mes entero. Durante este tiempo el banquero Don Antonio Cotta, que disuadía a Don Bosco de tomar aquella decisión, cayó gravemente enfermo, y a pesar de sus ochenta y tres años, sanó con la bendición de Don Bosco y la promesa que le sugirió de ayudarle en la empresa. El banquero le entregó diez mil francos que había prometido para obtener aquella gracia de la Virgen. Vivió todavía tres años, hasta el 28 de diciembre de 1868, sano y robusto, ayudando a Don Bosco y repitiendo sin cesar:

—No sé lo que pasa con sus obras; cuanto más le doy, tanto más prosperan mis negocios.

III

Ocurrió otro acontecimiento aquel año, más maravilloso aún. El 16 de noviembre se debían pagar cuatro mil liras para los trabajos de la iglesia. Don Rúa sólo pudo, durante el día, reunir unas mil. Don Bosco, con el semblante risueño y el corazón lleno de fe y de confianza, dijo:

—Para todo hay remedio; después de comer iré yo a buscar lo que falta.

En efecto, a la una salía del Oratorio. Había ya dado una vuelta larga sin saber a dónde ir, cuando se encontró cerca de Puerta Nueva. No conocía en aquellos sitios a ninguna persona rica; se detuvo y estuvo pensando por qué había ido a parar allí, cuando se le acercó un criado de librea, en cuyo semblante se veía extraña tristeza unida a gran ansiedad, y le dijo:

—Reverendo, ¿es usted quizá Don Bosco?

—Sí, para servirle.

—¡Oh, qué providencia! ¡Seguramente Nuestro Señor ha hecho que le encuentre a usted aquí! Mi amo está enfermo y me ha enviado a buscarle para que tenga la bondad de ir a visitarle. Venga, que desea mucho verle.

Llegó al palacio; le salió al encuentro una señora triste y llorosa y le dijo que hacía mucho tiempo que deseaba su visita para obtener de María Auxiliadora la anhelada curación de su marido enfermo de hidropesía y reducido ya al último extremo.

Pocos minutos después entró Don Bosco en una habitación, donde encontró en cama a un señor de edad algo avanzada, el cual, al verlo, exclamó con gran contento:

—¡Oh, Don Bosco! ¡Si supiera qué necesidad tengo de sus oraciones! Solamente usted puede sacarme del lecho.

—¿Hace mucho tiempo que se encuentra usted en ese estado?

—Hace tres años, ¡tres largos años! Padezco horribilmente, no puedo hacer el menor movimiento y los médicos no me dan esperanza ninguna.

—¿Quiere usted dar un paseo?

—¡Oh, pobre de mí, no los daré ya más; otros me pasearán (en un atúd).

—Si usted quiere, lo hará hoy usted por sus pies y en su carruaje.

—¡Oh, si yo pudiese conseguir al menos un poco de alivio, haría con gusto cualquier cosa por sus obras! Si me proporciona un poco de alivio, yo procuraré complacerle a fin de año.

—Pero yo tengo necesidad del dinero esta misma tarde.

—¡Esta tarde!, ¡esta tarde!... Pero, ¿dónde encontrarlo? Tres mil liras no se tienen a la mano. Sería preciso ir al Banco.

—¿Por qué no ir al Banco?

—¿Quién?

—¡Usted!

—¿Salir yo? ¡Imposible! ¡Usted bromea!

—¿Imposible? ¡Imposible para nosotros; pero no para Dios omnipotente! ¡Arriba! Dé gloria a Dios y a María Auxiliadora. Hagamos la prueba.

Y después de haber hecho reunir en aquella habitación a todas las personas de la casa, unas treinta, se rezaron oraciones especiales a Jesucristo Sacramentado y a María Auxiliadora.

Cuando acabaron de rezar, dio la bendición al enfermo, el cual comenzó inmediatamente a vomitar, y tanto, que su esposa, espantada, se puso a gritar:

—¡Se muere!, ¡se muere!

El Siervo de Dios la interrumpió diciendo:

—Esté usted tranquila, que no se muere; vuelve a su estado normal.

El hizo traer al lecho del enfermo los vestidos, que desde tiempo atrás estaban guardados.

Los presentes, tan conmovidos como asombrados, observaban cómo iba a acabar aquello, cuando entró el médico. Al ver tales preparativos, dijo muy contrariado que aquello era una locura, e intentó con gran empeño disuadir al enfermo. Pero éste respondió que era dueño de su persona y que a toda costa quería seguir las indicaciones de Don Bosco. Los de la familia intentaron ayudar al enfermo, pero el Siervo de Dios los contuvo. Pocos momentos después, el paciente estaba vestido, se paseaba por la habitación y mandó enganchar el carruaje. Antes de salir pidió algo de comer y le trajeron diversos platos que comió con gusto, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Después bajó por su pie unos cuatro tramos de escalera, porque Don Bosco prohibió que le ayudasen; subió solo al coche, fue al Banco gozoso, volvió y entregó a Don Bosco las tres mil liras, dándole millones de gracias y repitiendo:

—¡Estoy completamente curado!

Apenas regresó al Oratorio encontró Don Bosco a la persona que lo esperaba para cobrar la cantidad que se le debía, logrado lo cual, pudieron continuarse los trabajos.

* * *

El domingo siguiente con sencillez, aunque no sin solemnidad, se puso el último ladrillo de la cúpula. Don Bosco, cual solía, le dio una nota de originalidad emotiva: invitó por medio de una circular; acudió una gran multitud de niños y de pueblo. A su presencia tomó de la mano al marquesito Manuel Fassati, lo acompañó hasta aquella altura y allá le hizo colocar, entre las aclamaciones y vivas de los presentes, el ladrillo que cerraba la obra. Así la cúpula quedaba en disposición de recibir la grande estatua de la Virgen, a la cual sirve de pedestal.

Esta grande estatua, de bronce dorado, fue costeadada por un matrimonio agradecido. Es la Virgen Inmaculada Auxiliadora en actitud de bendecir. Su colocación se festejó el 21 de

septiembre de 1867. También en esta ocasión hizo Don Bosco las cosas en grande. La bendijo el señor Arzobispo Ricardi de Netro, sucesor de Monseñor Fransoni —quien había cambiado su destierro por la patria celestial—. Cuando cayó el cortinaje que la cubría, la banda del Oratorio lanzó desde la cúpula las primeras notas de la letrilla *Salve, o Vêrgine Divina*, que en los patios y en la calle corearon miles de chicos y fieles, hasta la última estrofa.

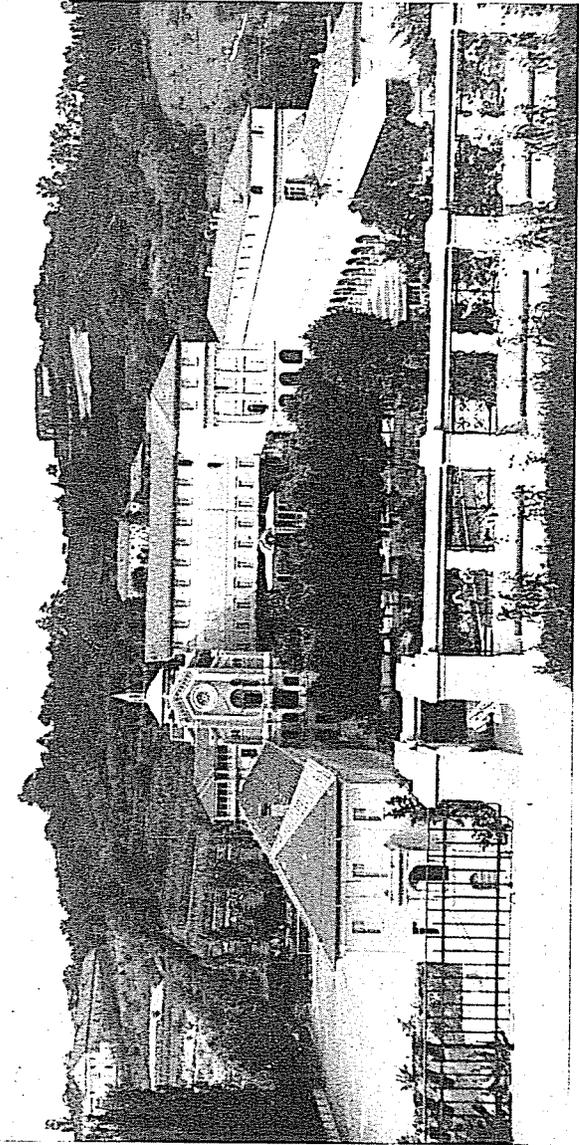
* * *

Mención especial merece el cuadro del altar mayor, que Don Bosco había encargado al pintor Tomás Lorenzone, buen artista y sobre todo fervoroso cristiano. El concepto de Don Bosco era muy grandioso y el artista le hizo ver que para realizarlo no bastarían todas las paredes del templo. Hubo, pues, que limitarlo.

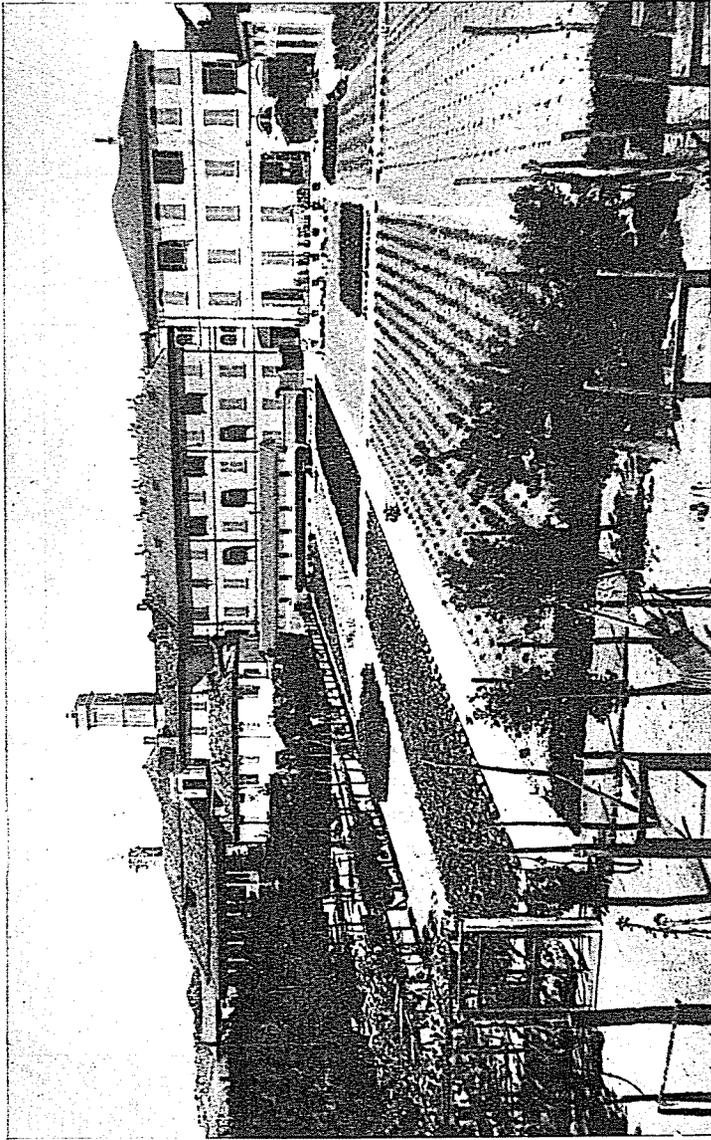
La Virgen campea en un mar de luz, que desde lo alto le envían el Padre Eterno y el Espíritu Santo, para simbolizar su dignidad y la gracia de que está enriquecida. Dos legiones de ángeles la contemplan con respetuoso amor y Ella con la mano derecha levanta el cetro y con la izquierda estrecha dulcemente al Niño Jesús, que sonriendo, extiende los brazos y parece decir: "Invocad, invocad a mi Madre! Todo se lo he entregado a Ella." Todos los Apóstoles y Evangelistas le forman corona. Con la mirada fija en Ella o vuelta al que está cerca, parecen decir: "¡Acudid, acudid, oh cristianos; aquí tenéis a vuestra Auxiliadora!" Abajo, en el fondo, las colinas de Turín y de cerca se ve el Oratorio de Valdocco, como indicando la ciudad y los triunfos de María Auxiliadora.

* * *

Para las fiestas de la consagración Don Bosco hizo acuñar en Roma treinta mil medallas para distribuirlas durante las fiestas. Al señor Oreglia, que estaba en la Ciudad Eterna,



Casa de Valdocco, en Turín. Era el colegio de la Noblezza piamentesa y Don Bosco se encargó de él por complacer al Arzobispo. Le dio por Director al Padre Francisco Dalmazzo, doctor en Letrus.



Casa de Nizza Monferrato, adonde fue trasladada la Generancia de las Hijas de María Auxiliadora, en el año 1877.

le escribía: “Cada día suceden cosas extraordinarias de María Auxiliadora en favor de la nueva iglesia. Se necesitarían volúmenes para reseñarlas.” Y algo más tarde: “La carestía de la vida nos pone cada día en nuevos apuros. Los gastos de la iglesia son enormes. Pero la Virgen prosigue concediendo gracias y más gracias a sus devotos, y así podemos continuar.”

El rostro de la Virgen es tan divinamente hermoso, que el mismo pintor se sentía impresionado y confesaba que al pintarlo le parecía que una mano invisible le guiaba el pincel. Ciertamente puede ser que así haya sucedido en realidad, porque cualquiera que contemple aquella sagrada pintura se impresiona con la dulzura de aquel semblante de maternal realeza y siente que el corazón se inunda de devoción y confianza. ¿No sucedía lo mismo con Fray Angélico y Murillo?

En el mes de mayo publicó en las *Lecturas Católicas* un opúsculo narrando la historia del templo y la manera prodigiosa como se había ido levantando; llevaba por título: *Aedificavit sibi domum María*. Y, efectivamente, María Auxiliadora se había levantado su casa a fuerza de prodigios y bondades. Esta convicción la compartían todos y Monseñor Lorenzo Gastaldi, Obispo de Saluzzo, la comentó en un sermón durante el Octavario, afirmando que “cada piedra y ladrillo representaban una gracia, cuando no un milagro de María Auxiliadora”.

IV

Desde los primeros días de mayo Don Bosco no tenía un momento de reposo. Y, sin embargo, aceptó la invitación del Obispo de Alba para predicar en su catedral el panegírico de San Felipe Neri. A Don Rúa le dijo que lo hacía para descansar.

—El único sitio en que me dejan tranquilo es el púlpito. Por eso el púlpito es para mí un descanso.

La noche antes de partir escribió el sermón; Don Rúa se lo puso en limpio; pero tanto en el tren como a la llegada se vio asediado de gente, de modo que no lo pudo reparar. Una vez en el púlpito, la "composición de lugar" le inspiró un exordio maravilloso, bien diverso del que había escrito y Don Rúa le había transcrito. Todavía lo citan hoy como página de Antología Sagrada.

Volvió rápidamente a Turín. Comprobó que todavía faltaban muchas cosas; pero también que todas iban viniendo como si alguien anduviese acá y allá diciendo lo que se necesitaba. Y lo que es más extraño, hacía un mes que el ecónomo andaba muy preocupado por la cuestión alimenticia: además del numeroso personal del Oratorio y de los huéspedes, que eran varios señores Obispos y sacerdotes, músicas y el personal y alumnado de los colegios de Mirabello y Lanzo. Pues bien, llegaron a tiempo barriles, cajas de botellas de vinos finos, mortadelas de Boloña, embutidos de Parma; de la Lombardía llegaron quesos y jamones; y de varias partes café, chocolate, azúcar, bizcochos, panes de diversas clases; Génova y Turín proporcionaron grandes cantidades de pastas, dulces, tartas, etc., etc. Y de igual modo los ornamentos y enseres para la iglesia: amitos, albas, casullas, capas, pluviales, purificadores, vinajeras, campanillas; cálices, roquetes, incensarios, candeleros, velas, cruces, misales, atriles, sacras, para todos los altares, sin que nada faltara ni nada sobrara para atender a tantos preladados y sacerdotes. Nadie había hecho indicación precisa. Parecía como si alguien hubiera indicado a cada donante lo que tenía que mandar.

* * *

Reinaba en la ciudad una vivísima expectación, que la realidad se encargó de superar con mucho. Los festejos se desarrollaron del 9 al 16 de junio, favorecidos por un tiempo espléndido con funciones tan hermosas y algunas tan originales, que jamás las habían presenciado en Turín y difícil-

mente otra cualquiera ciudad, como fue el Pontifical solemne del último día.

Además del Arzobispo habían concurrido otros varios Obispos que se turnaron en los pontificales y en los sermones del octavario. De muchos lugares, aun de fuera de Italia, llegaban peregrinos sin cesar. No en vano la propaganda duraba hacía cinco años y alguna tan eficaz como era la de las gracias, favores y milagros que la Virgen concedía, invocada con ese título de Auxiliadora de los Cristianos. Ya la conocían en todas las ciudades de Italia, en París, en Lyon, en Viena, en Berlín, en Madrid, en Londres... En esos días montó en el Oratorio una oficina encargada de recoger la relación de las gracias que se obtenían y, comprobadas debidamente, las publicó luego.

También comenzaron entonces aquellas grandiosas ejecuciones musicales, que tanta fama le dieron al Oratorio y tanto entusiasmo y fervor levantaron en el pueblo cristiano.

El pontifical del último día fue algo que hizo época. Ciertamente que hoy no sería aconsejable una ejecución musical como aquella, por las variaciones que ha sufrido el gusto y sobre todo por los decretos sobre la música sagrada; pero en aquel entonces fue una sublimación del arte sagrado y exaltó hasta las regiones de lo sublime la devoción a la Virgen y la confianza en su intercesión. Hoy si no en la iglesia, si se podría repetir en un salón de audiciones, como los Oratorios de Perosí o de Pagella.

El maestro y director de capilla fue el Padre Juan Cagliero, autor también de buena parte del repertorio. Tocaba el órgano De Vecchi, famoso compositor; los cantores estaban repartidos en tres coros: uno, en los bancos, de ciento cincuenta tenores y bajos representaba la Iglesia militante; otro, de cerca de cien tenores y bajos, en el coro, representaba la Iglesia Purgante; y el tercero, de trescientos tiple y contraltos, alrededor de la cúpula, representaba la Iglesia Triunfante. Para regular y armonizar esos tres coros, el Padre Carlos Ghivarello, salesiano ingeniero, inventó un sinto-

nizador. La ejecución fue admirable. Los comentarios, según la erudición de los comentaristas. Unos decían: "Me parece estar en el Vaticano, en la capilla Sixtina." Otro: "¡Sólo en el Cielo se pueden oír cosas tan hermosas." Y éste era el parecer de las viejecitas y de la mayor parte de los oyentes, que no habían viajado, pero que tenían alma y corazón para sentir.

Don Bosco —y era natural— estaba inundado de felicidad. A Cagliero, su predilecto, que tanta afinidad tenía con él, especialmente en el corazón y el sentimiento, le decía:

—¡Oh Cagliero; después de esto... el Cielo!

Aún le quedaban, gracias a Dios, muchos años para afirmar su obra y la misma devoción a María Auxiliadora. Pero tenía razón. Además él, por su constante unión con Dios, vivía ya en el Cielo.

* * *

La consagración del Santuario de María Auxiliadora fue algo decisivo en la historia de la Sociedad Salesiana. Ya tenía una base inmovible. Ya tenía, aun materialmente hablando, un centro de convergencia y de irradiación. Y la divina Bondad hizo que desde aquel momento el Santuario de María Auxiliadora de Turín fuera (y continúa siendo) uno de los sitios privilegiados del mundo donde como en Loreto, Lourdes, el Pilar de Zaragoza "se siente" lo divino y donde la Virgen Madre de Dios se complace en derramar favores a raudales.

El eco, digamos, de las fiestas continuó resonando por varias semanas y meses. Todo ello representaba un triunfo innegable de la Fe. Representaba también una consagración celeste de la obra emprendida por Don Bosco. A quien se lo hacía presente, le contestaba con humildad:

—Demos gracias a Dios, porque todavía hay tanta fe en el mundo.

O bien:

—¡Cuánto se respeta aún la dignidad del sacerdote! Si Don Bosco no fuera sacerdote, ¿quién pensaría en él?

Los frutos espirituales fueron abundantísimos, tanto más cuanto que S. S. Pío IX con un "Breve" había concedido una indulgencia plenaria especial. Los confesores se turnaban sin interrupción de día y de noche, las comuniones se contaban por miles. Esta frecuencia de sacramentos se hizo cada vez más manifiesta como característica de las fiestas religiosas inspiradas por Don Bosco y por los propagadores de su espíritu.

Llevado de su espíritu histórico, escribió detalladamente la crónica del acontecimiento, publicándola en dos fascículos de las *Lecturas Católicas*, con el título: "Recuerdo de las solemnidades en honor de María Auxiliadora." En la portada puso esta significativa plegaria: "¡Oh Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro!" E hizo preceder la narración de una larga dedicatoria a Pío IX, al Arzobispo de Turín, a los Prelados que intervinieron, a los oferentes. Todavía en 1884, hablando a los Cooperadores, recordaba el gran acontecimiento, y concluía:

—Ya próximo a mi último día, gozo inmensamente viendo que en lugar de disminuir, aumentan cada día y en todas partes los favores de María Auxiliadora.

Desde aquel día el pueblo se fue haciendo a la idea de que él era el apóstol escogido por Dios para difundir en el mundo la devoción a María Auxiliadora; tanto que la unánime conciencia popular comenzó desde entonces a saludar a María Auxiliadora como "La Virgen de Don Bosco".

CAPÍTULO XXXVI

La vida del Oratorio

Con la erección de la iglesia de María Auxiliadora el Oratorio se consolidó, tomando su fisonomía definitiva. El santuario era un centro de irradiación y de convergencia. Don Bosco tenía el centro del gobierno, y tal vez sin pretenderlo, nos dejó en modelo lo que debe ser el Director de una casa salesiana.

Su presencia en la casa era como el aire que se respira en todas partes y en todo instante, sin que nadie se dé cuenta, pero que apenas falta, se siente con pena; lo impregnaba todo y a todos una efusión de bondad paterna y de seguridad, cuyo influjo sentían inmediatamente cuantos entraban. Apenas llegaban, ya todo les hablaba de Don Bosco: un padre bondadoso y santo. Y cuando lo veían, quedaban prendados, lo miraban y remiraban; después se le acercaban o los llamaba él. La amabilidad del trato, las preguntas sobre la familia y el pueblo y las cosas que les interesaban, una salida ingeniosa sobre su nombre o su pueblo acababa de ganarlos.

Estaba con ellos el mayor tiempo posible, aunque se le hiciera molesto o gravoso. Pero infaliblemente dos veces al día se mostraba en público: por la mañana cuando bajaba a celebrar y a confesarlos y por la noche para las oraciones. Confesando no se encerraba en el confesonario, sino sentábase en un sillón donde podían todos verlo; su actitud los edificaba y llenaba de confianza; en fraternal mezclanza

había ante su confesonario niños, clérigos, sacerdotes, coadjutores y todos pasaban a su turno. No raramente leía en la conciencia; era muy parco en palabras, pero las que decía eran flechas que iban al alma.

Encanto particular tenía el cerrarse de la jornada. Junto a sus hijos rezaba las oraciones de la noche. Después del examen, ayudado por ellos, subía a la pequeña tribuna y les daba las "Buenas noches". Era una delicia verle y escucharle. Echaba ante todo una mirada en rededor, siempre sonriente. Allí estaban todos los moradores del Oratorio, desde Rúa hasta el último "famiglio" (así se llamaban en el Oratorio los que sirven en los menesteres de la casa). Si se había encontrado algún objeto extraviado lo presentaba, invitando a su dueño a retirarlo, y algunas veces haciendo en dos palabras un comentario que despertaba la hilaridad. Luego las "Buenas noches" propiamente. En su concepto son importantísimas, porque se trata de cerrar santamente el día e ir al reposo nocturno con el alma flotando en una atmósfera de Cielo. Previenen el mal antes que nazca; por tanto, deben ser muy bien preparadas. Generalmente no duraban más de tres o lo más cinco minutos. Sus argumentos variaban hasta lo infinito: hagiografía, liturgia, noticias del día, recomendación de un enfermo, de un bienhechor, de un difunto, a las oraciones de los oyentes... Procuraba que hubiera una sola idea dominante y concentrante.

A veces entablaba diálogos sobre los asuntos más importantes, hasta permitiendo o haciendo que le interrumpieran para pedir alguna aclaración o resolver una duda.

La brevedad se derogaba, naturalmente, cuando tenía algún "sueño" que contar. Pero entonces el interés estaba centuplicado.

Al descender, los más cercanos le rodeaban para besarle la mano y el que tenía algo particular que consultarle, lo hacía al oído. "Varias veces me sucedió —testimonia el canónigo Anfossi— entender de su sola mirada o de un ligero apretoncito de mano un reproche, un aviso; y si estaba afi-

gido o triste, sin decir palabra, esto me consolaba. Y lo que hacía conmigo lo hacía con todos, de manera que íbamos al dormitorio en silencio, recogidos y felices.”

Muchos escribían las “Buenas noches”, llenando cuadernos enteros. Así, confrontadas, se han conservado en buen número y las publican las Memorias biográficas en todos sus diecinueve volúmenes.

* * *

También durante el día se dejaba ver, especialmente en todos los patios. Apenas lo veían asomar, corrían a él, lo saludaban y organizaban sus juegos, en los que no raras veces tomaba parte, siendo habilísimo en todos ellos.

A veces también paseaba con alguno o algunos, que por cualquier circunstancia no podían jugar.

En un principio comía con sus alumnos. Después, por circunstancias especiales, hubo que separar los refectorios; pero entonces una vez por semana sentaba a su mesa a los que se distinguían por conducta y aplicación.

* * *

Las ocupaciones no le impedía visitar a los enfermitos, prodigándoles cuidados maternos. Un episodio nos dice hasta dónde llegaba su amabilidad. Una vez un febricitante le manifestó deseos de beber agua fresca en el cazo del albañil. Sin decir nada, sale, busca el cazo, lo limpia y se lo lleva lleno de agua fresca purísima, y acercándosele con cuidado a los labios, le dio el ambicionado refrigerio.

Además, quien quería ver a Don Bosco no tenía más que ir a su cuarto, que estaba patente a todos. “De aquel cuartito —dice Ceria—, se entrase como se entrase, se salía siempre contento.”

Su gobierno era el de un tierno padre de familia. Claro que no toleraba desórdenes; pero es que ni siquiera era po-

sible que los hubiera. Los prevenía o los corregía con una amable energía.

Tiene razón Monseñor De Andrea, el célebre Obispo argentino, cuando dice que “Don Bosco tuvo del pedagogo lo estrictamente necesario; del guardia, nada; del padre, todo.”

De la misma manera que obraba cuando estaba en casa, así hacía también por correspondencia. Estando ausente con el cuerpo, no lo estaba nunca con el espíritu: escribía continuamente y quería estar informado de todo. Su correspondencia es numerosísima: se conocen hasta veinte mil cartas suyas. Mientras conservó la dirección del Oratorio, aun ausente lo gobernaba hasta en los detalles. Por esto pudo asegurar Don Barberis que “el Oratorio está de tal modo organizado, que casi nadie se da cuenta de las ausencias de Don Bosco”.

Y había que ver cuando retornaba de sus viajes, especialmente si habían sido de alguna duración. Superiores y alumnos, todos lo esperaban en el patio adornado con banderitas e inscripciones. Al aparecer, rompían en aplausos. No pocas veces la banda confundía con los aplausos sus notas jubilosas. Se le estrechaban, lo saludaban, le besaban la mano, lo acompañaban al aposento o siquiera al pie de la escalera.

Y luego él en las “Buenas noches” les narraba las incidencias del viaje, atribuyendo a sus oraciones y a su buena conducta el éxito que le había acompañado...

* * *

Entre las “Buenas noches” sobresalían los “aguinaldos”, o recuerdo-programa, que daba la última noche del año. A veces daba también aguinaldos particulares, en billetitos especiales, acomodados a las necesidades o circunstancias del alumno. Una vez lo dio a todos y cada uno, dictado por la Virgen Santísima en persona.

Las fiestas onomásticas de Don Bosco dieron una pauta y formaron una tradición. La historia de estos onomásticos

ofrecería una lectura agradable, edificante e instructiva. Historiador tan concienzudo como Ceria dice que "demostraciones de tal naturaleza fueron por mucho tiempo una novedad, imitada después en larga escala hasta llegar a la fiesta del Papa. (Y por cierto que ésta también fue iniciativa salesiana.)

* * *

La Asociación de los Antiguos Alumnos, tan pujante hoy en el mundo, y también oportunamente tan imitada, nació en una de estas fiestas, cuando en 1870 el bueno de Gastini con otro compañero mandaron hacer un corazón de plata y se lo presentaron como un símbolo de lo que Don Bosco había sido para ellos y de lo que ellos querían ser siempre para Don Bosco. Fue entonces también cuando al decirle o preguntarle: ¿Qué haremos para agradecer debidamente tantos beneficios?, les contestó, dejando el programa trazado para siempre:

—Llamadme padre y estoy suficientemente compensado.

* * *

A propósito de las predicciones de muerte, que en su gran caridad y celo por la salvación de las almas hacía, y que siempre se cumplían infaliblemente, algunas veces se interpretaban mal. Así, por ejemplo, en noviembre de 1865 algunas familias se quejaron a la autoridad de las predicciones de muerte que Don Bosco hacía a sus jóvenes. A consecuencia de esto se presentó al Santo un delegado de la policía para recomendarle de parte del Procurador del Rey que no hiciese uso de tales medios, "demasiado violentos y peligrosos"; en caso contrario, intervendría la autoridad, si recibía alguna queja en tal sentido. Don Bosco manifestó que algunas veces, por el bien de las almas, se veía obligado a dar semejantes avisos.

—Pues bien, si usted está tan convencido —le respondió el delegado—, avise sin tanta publicidad.

—¿Cómo hay que hacerlo para avisar de otra manera? ¿Por ventura he de llamar al individuo y decirle: "Tienes que morir"?

—¡Oh, eso no!

—¿Entonces?

—Oiga, Don Bosco, si la cosa es así, ¿quisiera hacerme un favor?

—Diga, pues.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme el nombre de aquel que usted prevé que morirá primero, si es que de alguno prevé?

Don Bosco consintió. Después de pensarlo un poco y recomendándole el secreto, pronunció lentamente el nombre:

—Juan Boggéro.

El delegado escribió el nombre, y después de saludar, se marchó.

El nombrado era un joven sacerdote ex salesiano que hacía poco se había separado de la Congregación, alegando por motivo que dos hermanas suyas lo necesitaban. Don Bosco, después de haber intentado, aunque en vano, disuadirlo, acabó por decirle:

—¿Quieres marcharte? Tú crees que vas a ayudar a tus hermanas, que yo sé no necesitan de ti; ¡pero yo te aseguro que no podrás asistirles!

Obtuvo dicho sacerdote el empleo de coadjutor en la parroquia de Villafranca Piamonte. Don Boggéro se creía en el colmo de la felicidad; pero el 14 de diciembre por la mañana, después de haber celebrado la Misa, mientras esperaba el café, ¡quedó muerto por un ataque de apoplejía fulminante!

Pasadas las Navidades volvió el delegado al Oratorio, y enterado del cumplimiento de la profecía, dijo a Don Bosco:

—Señor, diga usted lo que quiera a sus chicos; desde este momento queda autorizado para ello; ya sabré yo responder lo que convenga a los que se quejen de sus predicciones.

Y le besó la mano conmovido, repitiendo al salir:

—¡Es cosa singular! ¡Es cosa singular!

CAPÍTULO XXXVII

Hacia la aprobación definitiva de la Sociedad

Requerido por el Gobierno, y con aquiescencia de la Santa Sede, a principios de 1867, se dirigió Don Bosco a Roma para cooperar al buen éxito de la misión de Tonello (1); pero aprovechó la oportunidad para intentar la aprobación definitiva de la Sociedad Salesiana o al menos la facultad de dar a los clérigos las "Dimisorias" para las Órdenes y poder admitirlos a ellas *titulo mensae communis*. Otra causa era la necesidad de fondos para los trabajos interiores de la iglesia de María Auxiliadora.

Marchó el 7 de enero por la mañana acompañado del doctor Don Juan Bautista Francesia, el cual escribió, con sugestivo estilo, muchas cartas referentes a este importantísimo viaje.

Extraordinario fue el entusiasmo que despertó la llegada de Don Bosco. Desde el primero al último día de su permanencia en Roma ejerció un activo apostolado predicando todos los días, confesando con frecuencia, visitando enfermos, institutos, colegios, monasterios y conventos; dando audiencia hasta horas muy avanzadas de la noche; aconsejando a toda clase de personas y dejando con las medallas de María Auxiliadora y la bendición en nombre de Ella, esperanza de curación a no pocos enfermos. Muchos se encomendaban a

(1) Embajador del Gobierno italiano ante la Santa Sede.

él como a un Santo. Sabedor de todo esto el Papa, recibió mucho contento.

Pío IX le concedió una audiencia el 12 de enero. Apenas lo vio, como si reanudase la conversación interrumpida en 1858, cuando le exhortaba a escribir minuciosamente todos los hechos sobrenaturales relacionados con la idea y la Obra de los Oratorios, lo acogió con estas palabras:

—Conque... señor abate, ¿ha puesto usted en práctica mi consejo? ¿Ha escrito lo que se relaciona con la inspiración de fundar su Sociedad?

—Padre Santo —respondió Don Bosco—, la verdad es que no he tenido tiempo. ¡Son tantas mis ocupaciones!

—¡Pues bien, no solamente se lo recomiendo, sino que se lo mando! Todas las otras ocupaciones deben ceder a ésta, cualesquiera que sean su género y su importancia. Déjelo todo a un lado, si no puede hacerlo de otra manera, pero escriba. No puede comprender en toda su importancia el grandísimo bien que harán ciertas cosas cuando las conozcan sus hijos.

En otra audiencia quiso darle algo para los jóvenes de los Oratorios y fue a buscarlo a su escritorio; pero lo encontró vacío.

"Sonrió el buen Pío —narra Don Francesia—, y levantando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Que no sepa el mundo que el Pontífice no tiene ni un ochavo! ¡Heme aquí reducido verdaderamente a la condición económica de San Pedro!

Después, volviéndose a Don Bosco, le dijo:

—Carísimo, ya ve qué poca diferencia hay entre el Papa y sus hermanos. Usted vive de la Providencia y yo de la caridad. ¡Mis hijos proveerán!...

Al día siguiente entregaba a Monseñor Ricci, su camarero secreto, noventa escudos romanos para Don Bosco diciendo:

—¡Un padre pobre a sus hijos pobres!

Anotaré una graciosa anécdota de la cual fui testigo.

Don Bosco esperaba en la antecámara de Pío IX para ser recibido en audiencia.

Salió entonces Monseñor Ricci.

—¡Oh, Don Bosco! —exclama al verlo—. Hace cuatro horas que lo está esperando Su Santidad y pregunta por usted; venga, venga, porque ahora el Padre Santo de Roma, como dice Su Santidad, es usted.”

* * *

Las familias más nobles de Roma porfiaban para ser recibidas en audiencia o tener en sus palacios a Don Bosco.

Roma hospedaba a varios príncipes italianos destronados. Ellos también quisieron conocer al hombre de Dios, del cual tanto se hablaba. El gran duque de Toscana, Leopoldo II, entró en tan íntimas relaciones con él, que duraron hasta los últimos días del príncipe, y, por fin, tuvo a su lado a Don Bosco en la hora de la muerte.

Francisco V, duque de Módena, fue a visitarlo varias veces y quedó tan admirado de su bondad, que al punto cooperó al sostenimiento de sus obras y continuó haciéndolo generosamente mientras vivió. También los reyes de Nápoles, la reina madre María Teresa, el rey Francisco II y la reina Sofía tuvieron con el Siervo de Dios, como en otra parte diremos, repetidas entrevistas.

“La familia Torlonia —escribe Don Francesia— bajó toda, es decir, los que pudieron, porque había algunos enfermos, y esperaron a Don Bosco en la puerta.”

El duque de Sora, don Rodolfo Boncompagni Ludovisi, después Príncipe de Piombino, escribió él mismo de su puño una afectuosa crónica de la Misa celebrada por Don Bosco en la capilla de su castillo.

Una mañana fue a decir Misa al Oratorio llamado del Caravita; a duras penas pudo llegar hasta la sacristía; tanta era la gente que había dentro y fuera de la iglesia. Y no fue menos difícil la salida.

“La calle ofrecía —refiere Don Francesia— un espectáculo conmovedor. Apenas lo vieron, de todas partes acudieron las madres con sus hijos en brazos, señoras, señores, sacerdotes, religiosos y otros para recibir su bendición. Vi también a otros con lágrimas en los ojos y entre ellos a un

guardia noble palatino, el conde Nannerini, que estaba esperando a Don Bosco a fin de hacerle ir a su casa y obtener su bendición para su pobre consorte enferma.

Con gran dificultad pudo subir a su carruaje. Toda la calle estaba rebosando de personas y de una acera a otra ocupada por dos larguísimas filas de carruajes de la Nobleza. Todos se arrodillaban exclamando:

—¡Don Bosco, su bendición!”

El 17 de febrero volvió al Vaticano para visitar al Cardenal Antonelli. Una princesa que estaba en la antecámara quiso “tener el honor de cederle su turno en la audiencia”. El Cardenal lo trató con suma afabilidad, le tomó una mano entre las suyas, se la besó, lo condujo a su despacho y le habló del mejoramiento de su salud, gracias a María Auxiliadora. Cerró la puerta, quiso recibir la bendición y pidió una medalla.

—¡Pero, Eminencia, no haga el niño! —le dijo Don Bosco.

—¡No hay niño que valga! —replicó el Cardenal.

Don Bosco, que no quería darle la bendición a un Cardenal, se había inmediatamente arrodillado a sus pies para besarle el anillo; pero debió obedecer, porque el Cardenal ya estaba de rodillas. Como rasgo de extrema bondad, que tanto honra a este purpurado, ofreció a Don Bosco mil liras para la nueva iglesia y para socorrer a nuestra casa y a los hijos del Oratorio, que tanto cooperaron a la mejoría de su quebrantada salud. Añadió que aquél no sería su último donativo.

Cuando Don Bosco salió, encontró la antecámara llena de nobles personajes que esperaban audiencia. Pero apenas vieron a Don Bosco, le rodearon; unos quisieron besarle la mano, otros le pidieron una medalla y muchos la bendición.

Fue a celebrar una Misa en la capilla de San Estanislao de Kostka, en el Quirinal, en el noviciado de los Padres Jesuitas. Después de la Comunión pronunció una plática. El Padre Angelini, que le había escuchado, exclamaba:

—¡Cuánta unción, cuántas verdades en pocas palabras!

¡Nuestro santo Padre Ignacio no habría hablado de otra manera!”

Ternísimo fue el afecto que le cobraron todos los jóvenes que le trataron. Los hijos de las familias más nobles se disputaban la dicha de ayudarle la Misa; sus visitas al Colegio Romano, al Colegio Nazareno y a otros Institutos produjeron efectos maravillosos.

* * *

La fama de su santidad había penetrado en todas las casas. El 22 de febrero, la marquesa de Villa Ríos le rogó que fuera a visitar a un joven enfermo moribundo, de noble familia, enfermo de tisis, que hasta entonces no había querido oír hablar de confesión y que al fin había dicho que sólo se confesaría con Don Bosco. Fue una escena conmovedora; el joven le tomó al momento la mano y se la besó llorando. Hizo un esfuerzo, le echó los brazos al cuello a Don Bosco, que se había inclinado para decirle una palabra, y le dijo:

—¡Confíeseme, Don Bosco, confíeseme!

Poco después salía Don Bosco de aquella casa admirado y bendecido por sus moradores y el jovencito se dormía en el Señor.

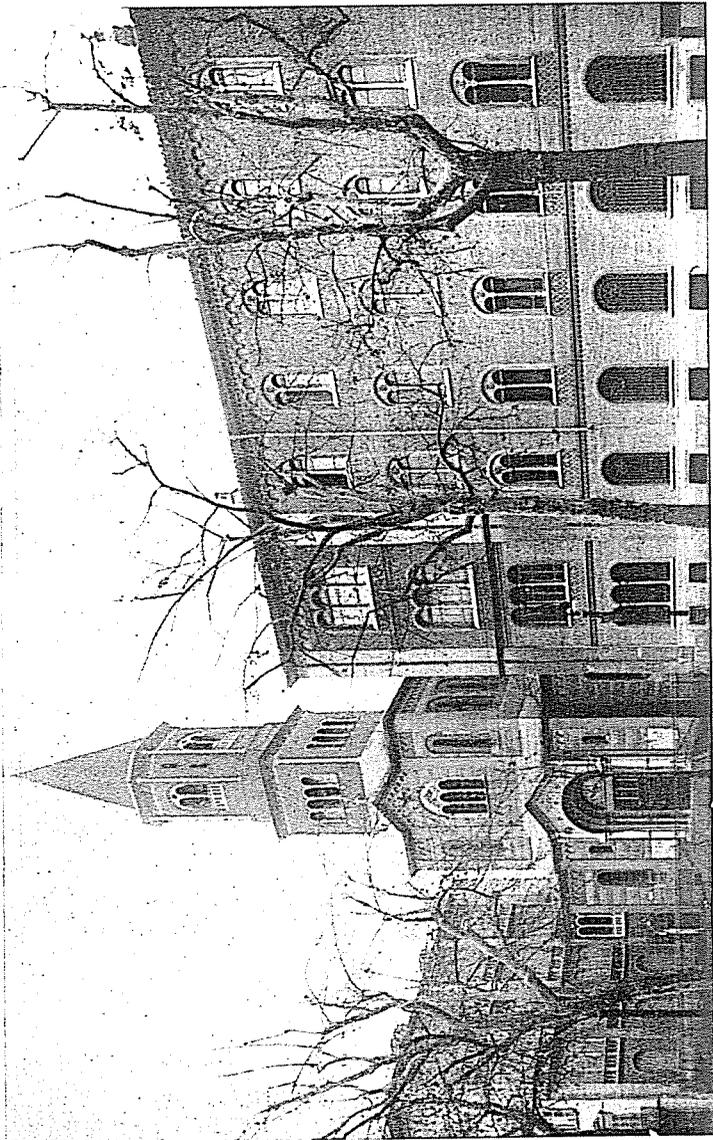
* * *

Se debe notar que Don Bosco puso vivo empeño en evitar que se repitiesen cosas tan extraordinarias. Y en parte lo consiguió. No por eso faltaron prodigios conseguidos por sus plegarias y bendiciones.

Pablo de Maistre, de dieciocho meses, hijo del conde Eugenio, tenía la cara y el cuello extremadamente hinchados. Don Bosco, el 16 de enero, después de haberlo bendecido, fue a celebrar la Santa Misa en la inmediata iglesia de San Carlos. Cuando terminó el Santo Sacrificio, pareció mejorar el enfermo, tanto, que el médico aseguró que hasta podía



Rvdo. Don Juan Bonetti, Doctor en Filosofía y Letras y en Sagrada Teología. Sucedió a Don Rúa en la dirección del Colegio de Borgo San Martino. Fue Inspector y Director Espiritual General. Comparte con Don Lemoyne y Don Reviglio la gloria de haber recogido lo que de notable veían en el Padre y en su Obra.



Iglesia y Colegio de San Juan Evangelista. En 1885 el colegio fue destinado a Seminario Menor de las vocaciones tardías, a cuyo frente puso Don Bosco al hoy Siervo de Dios Don Felipe Einaldi.

darle un corte sin peligro, cosa que antes no se había atrevido a hacer. Desde aquel momento la hinchazón comenzó a bajar y la curación fue definitiva. Aún más: el Siervo de Dios, después de dar la bendición al niño, dijo a sus padres:

—¡Oh, no morirá; tiene que ser sacerdote!

Nadie dijo al niño lo que Don Bosco había predicho de él y lo supo cuando, siendo ya jesuita, se ordenó *in sacris*.

A la condesa Calderari predijo que sus hijas mudas llegarían a hablar más tarde. El año 70 hablaban expeditamente.

El canónigo Juan B. Grana, secretario de los príncipes don Enrique y doña Teresa Barberini, aseguraba que Don Bosco, cuando fue a celebrar la Misa en la capilla de su palacio para obtenerles la gracia, de tener prole, le dijo a este propósito:

—¡Pues bien, sí, el Señor quiere consolarla! Ella desearía un varón, pero el Señor le concede una niña. ¡Es necesario que se resigne y se contente con una hija! Pero ésta será su consuelo.

Y así fue. No obstante la opinión del doctor de la casa y de otros colegas, “a quienes en varias ocasiones se consultó”, la princesa, después de dieciocho años de matrimonio, tuvo “una hija, que vivió robusta y virtuosa, a la cual pusieron el nombre de María”.

* * *

En medio de estas continuas visitas y audiencias, que le procuraban importantes limosnas para los trabajos del Santuario de María Auxiliadora y para el Oratorio, gestionaba sin descanso la solución de los asuntos que le habían llevado a Roma, especialmente la provisión de las sedes episcopales, contra la cual se habían suscitado nuevas dificultades.

El Papa tenía ilimitada confianza en Don Bosco; por eso le confió otras delicadas misiones. Se empeñó en conferirle el título de Monseñor, que él declinó con una gracia que hizo

reir y ceder al Pontífice; insistió para que abriese una casa en Roma; le concedió extraordinarios favores espirituales para los salesianos, sus alumnos y todas aquellas familias que de alguna manera contribuían a sostener la obra de los Oratorios; le concedió una bendición especial para los organizadores de la nueva tómbola o lotería y le otorgó la encomienda de San Gregorio el Magno para varios bienhechores insignes del Oratorio.

Pero no obstante la estimación y la benevolencia que el Pontífice le demostraba y la veneración de que gozaba con prelados eminentes, Don Bosco no podía obtener la aprobación de la Sociedad Salesiana. Esto era fruto de las circunstancias. Uno de los temas que las Comisiones Cardenalias estudiaban en preparación para el Concilio Ecuménico era éste: "Si es conveniente la aprobación de nuevos institutos religiosos, o no; y si debía procurarse la fusión de los que tenían el mismo fin."

Por esta causa, Don Bosco decidió regresar. "El 26 de febrero por la tarde —escribe Don Francesia—, en el momento de su partida de Roma, una gran muchedumbre de personas estaba en la estación... Don Bosco entró bajo la marquesina, subió al carruaje, sumamente conmovido. La mayor parte lloraban y le suplicaban, apiñados en torno suyo, que se acordase de ellos.

Un poco antes de partir, los amigos quisieron recibir una vez más su bendición y allí en público se arrodillaron para recibirla."

Monseñor Manacorda, escribía al día siguiente al caballero Oreglia: "¡Oh, qué poderosa es la virtud de Don Bosco!"

Durante el viaje Don Bosco se detuvo cerca de dos días en Fermo, en casa del Cardenal de Ángelis. En el Seminario un alumno le leyó una poesía y Don Bosco le correspondió con palabras afectuosas y una medalla. Aquel alumno sería un día el Cardenal Domingo Svampa, que en abril de 1895, al inaugurar el primer Congreso Salesiano, recordaba en plena asamblea el bendito encuentro.

En el momento de la partida el Cardenal de Ángelis se arrodilló en tierra y quiso a toda costa que Don Bosco le bendijera, amenazándole, si se negaba, con no entregarle la limosna que le tenía preparada para la iglesia. Don Bosco lo bendijo diciendo:

—¡Vuestra Eminencia no tiene necesidad de mi bendición; yo, en cambio, necesito su limosna!

Al mediodía del 2 de marzo estaba Don Bosco de vuelta en Turín. Describir el júbilo de los muchachos, la música y el aparato del recibimiento, no es posible: Una grande inscripción dominaba en la fachada de la casa: "Roma te admira, Turín te ama." Cuando se enteraron en Roma hubo afectuosas protestas; algunos escribieron que a Don Bosco también en Roma se le quería como en Turín.

* * *

Entre tantos triunfos, permitió el Señor que hubiese una hora de tribulación, para que no se desmintiera aquello de *Omnes qui placuerunt Deo, per multas tribulationes transierunt*. Aun en medio de sus ocupaciones, no había dejado de mano la dirección de las *Lecturas Católicas*, para las cuales continuaba escribiendo. Así, en homenaje al Príncipe de los Apóstoles y a la autoridad de sus sucesores, había compuesto un librito para el 18.º Centenario de San Pedro. Algunos creyeron hallar en él una seria inexactitud y juzgaron conveniente denunciar el libro a la Sagrada Congregación del Índice, para su condenación. Ésta lo remitió para su examen a Monseñor Pío Delicati, y la cosa llegó hasta los oídos del Pontífice, siendo el resultado final desestimar la denuncia y corregir, llegado el caso, la pequeña inexactitud histórica que parecía haber. Esto se le comunicó al Santo por medio de la Curia Arzobispal de Turín, con orden de tenerlo presente en la reimpresión de la obra. Así lo había querido Pío IX, el cual respondió a quien le había indicado la conveniencia de prohibir la publicación de la obrita:

—¡Oh, eso no! ¡Pobre Don Bosco! Si hay algo que corregir en ese libro, corrija en la segunda edición que se haga. ¡Y basta!

Pero el anuncio y la forma con que se redactó la admonición fue un golpe muy doloroso para él; sólo su virtud y su devoción al Vicario de Jesucristo le dieron fuerzas para soportarlo. ¡Sintióse herido en la parte más sensible del corazón, sobre todo porque casi le acusaban de haber atentado contra la autoridad pontificia!

¡Acusado él, que por el Papa habría dado la vida!

Pero Dios, si había permitido la prueba, no permitió que fuese con desdoro de su Siervo. Después de haber orado mucho y haberse aconsejado con el Vicario Capitular, Monseñor Zappata y con el nuevo Obispo de Saluzzo, Monseñor Gastaldi, redactó una respetuosa respuesta a los reparos hechos por Roma, a fin de presentarla allí si le daban licencia para ello.

Las aclaraciones se mandaron a Roma. Poco a poco y gracias a los buenos oficios de Monseñor Ghilardi, Obispo de Mondoví, y del Padre José Oreglia, de la Compañía de Jesús, las nubes se disiparon.

Pero en aquellos días, atestigua Monseñor Costamagna, el Señor se complacía en obrar nuevas maravillas por medio de su fiel siervo.

El 3 de mayo de 1867, encontrándose en Caramagna para predicar, se le presentó una pobre mujer de edad ya algo avanzada, completamente derrengada y arrastrándose con dos muletas. Le rogó que la bendijera, confiando curar de este modo. Don Bosco la invitó a arrodillarse.

La mujer, para obedecer, se apoyó en las dos muletas para de este modo tocar tierra con las rodillas; pero Don Bosco le dijo con resolución:

—¡Así no, así no!... Arrodílese bien.

Hallábanse presentes más de seiscientas personas; la mujer se encontró arrodillada en tierra como por encanto. Después de haber rezado con Don Bosco tres Avemarías, se le-

vantó aquella mujer sin que nadie la ayudase y sin sentir los dolores que desde años atrás la molestaban. Don Bosco le puso, sonriendo suavemente, las dos muletas sobre los hombros y le dijo:

—¡Váyase, buena mujer, y ame siempre a María Auxiliadora!

En el mismo pueblo una señora que yacía en el lecho desde hacía mucho tiempo por causa de un cáncer, se sintió libre del mal después de la bendición de Don Bosco, de tal modo, que pudo levantarse inmediatamente para ir a dar gracias a la Virgen, entregando a Don Bosco el donativo que había prometido de tres mil liras.

* * *

María Auxiliadora continuaba sancionando con prodigios la misión que había confiado a su Siervo. Don Bosco mismo, en una carta privada, refería que un caballero de elevada posición, después de un año de tener un brazo paralítico, hecha una oración, recobró el uso del brazo y escribió: “¡María Auxiliadora, ayudadme!” Movido de gratitud fue a casa y volvió llevando tres mil francos para la iglesia.

“Todos los días —dice Don Savio en una carta fechada el 14 de junio— hay gran afluencia de personas para ver a Don Bosco y para visitar el templo. Ayer una señora inglesa tuvo que esperar mucho para lograr una audiencia. Llegó también el barón Cavalchini, vio la iglesia y se entretuvo mucho con Don Bosco. He oído decir a uno cuando salía:

—Hemos hablado con otro Cura de Ars.

El 30 de junio escribía a la Duquesa de Sora, a propósito del llamado *mal nero*, difundido por Roma: “Ninguno de los que tomen parte en la construcción de la iglesia en honor de María Auxiliadora será víctima de esa enfermedad, con tal que ponga su confianza en Ella.”

Una princesa romana, la joven Doria, que se dirigía a Londres, desembarcó en Génova y prolongó su viaje dos días

para poder ir a Turín y hablar con Don Bosco. Ha visto la iglesia y ha quedado satisfecha. En pocos días hemos tenido en casa a diez prelados, a los cuales nuestros jóvenes "tributaron siempre afectuosas demostraciones de respeto".

También la princesa María Leticia Wise-Bonaparte Solms, consorte del ministro Rattazzi, acompañada de señores de la Nobleza, fue al Oratorio y quedó tan admirada y complacida, que por telégrafo comunicaba a su marido su gozo por haber podido conocer una de las maravillas del siglo XIX, como su esposo mismo llamaba a Don Bosco.

* * *

A fines de junio hizo el Santo ir a Roma a dos de sus sacerdotes, Don Juan Cagliero y Don Ángel Savio, para que lo representasen en las fiestas del Centenario de San Pedro. Cagliero era portador de dos cartas para el Papa, una de carácter completamente secreto, sobre cosas que interesaban directamente al Pontífice y a su Corte, y otra en que le renovaba la súplica de sancionar definitivamente la Sociedad Salesiana.

A propósito de este viaje, la crónica nos conserva ciertos detalles que demuestran la vida de familia de los Salesianos y la paternidad de Don Bosco. Desde Roma había escrito Francesia a Don Rúa: "... Don Bosco me encarga digas a Cagliero que, VISTA su habilidad para la música y VISTA la perfección a que se ha llegado en este arte en Roma, SE DISPONE: Artículo único. La próxima vez que alguno del Oratorio venga a Roma, si son dos, uno será Cagliero; y si es uno solo, será también Cagliero."

Para éste especialmente fue un gran regalo extraordinario: sintiendo como sentía la música en cada vibración de su alma, ansiaba ir a la Ciudad Eterna para sumergirse en todo cuanto de grande y de bello encierra, entre otras cosas, ver a los grandes maestros del arte musical y si fuera posible ponerse en contacto con ellos y verlos dirigir las ejecuciones.

Y gracias a ser delegados de Don Bosco, lograron aún más de lo que deseaban. Domingo Mustafá, maestro de la Capilla Sixtina, había compuesto, para la ocasión una antifona *Tu es Petrus*, en majestuoso conjunto de tres voces, ejecutada por cuatrocientos cantores; y permitió a Cagliero asistir a los ensayos y relacionarse con varios otros maestros y célebres cantantes. El maestro salesiano se interesó especialmente por los recursos para vencer las dificultades de las grandes masas corales; y que los aprendió lo demuestra la renombrada composición que esos días escribió y ejecutó luego en Turín: *Sancta María, succurre miseris*.

En todas las solemnidades de esos días los embajadores de Don Bosco tuvieron sitios reservados.

En el mes de julio fue a Fenestrelle para confortar al cura de Ruá, que estaba enfermo, y pronunciar el panegírico de Santa Ana en la capilla del Puy.

El 27 del mismo mes estuvo en Usseaux y recibió la visita de dos seminaristas acompañados del joven José Ronchail, el cual, habiendo terminado entonces los estudios de Filosofía, y aunque se sentía inclinado al sacerdocio, cediendo a los deseos de su abuelo, había decidido dedicarse al comercio y se empleó en una casa de Lyon. Sin cuidarse de los seminaristas, se dirigió Don Bosco a aquel joven, a quien jamás había visto, y le dijo bromeando:

—¡He aquí un lindo mirlo que hay que volver a la jaula!

Al oír estas palabras, el joven experimentó una impresión vivísima; su vocación dormida se reanima, obtiene de Don Bosco una conferencia, y su deseo de consagrarse a Dios se afirma y se realiza.

El 29 del mismo mes caía enfermo Don Rúa con una gravísima peritonitis, efecto de sus excesivas fatigas. Como el mal lo había sorprendido encontrándose debilitado por insuficiencia habitual de reposo (¡no dormía más que cuatro horas!), lo llevó muy pronto al último extremo, tanto que, desahuciado por los médicos, pidió la Extremaunción.

Cuando aquella tarde Don Bosco regresó a casa, algunos

Superiores le rogaron que subiera a ver al enfermo; pero él, bromeando, les dijo:

—Don Rúa es demasiado obediente para irse sin mi permiso; dejadme.

Y se fue a confesar a sus penitentes; y después al refectorio.

Cuando hubo cenado, con su acostumbrada tranquilidad subió a su habitación a dejar sus papeles; después, bajó al primer piso a visitar a Don Rúa. Después de estar con él un rato, el enfermo le dijo con voz apenas perceptible:

—¡Oh, Don Bosco! Si ésta es mi última hora, dígamelo con libertad, porque estoy dispuesto a todo.

—¡Oh, querido Don Rúa —respondió Don Bosco—, no te mueres todavía! ¡Tienes que ayudarme en tantas cosas!

Y dichas estas palabras, le bendijo.

A la mañana siguiente, después de la celebración de la Santa Misa, volvió a ver al enfermo, junto al cual se encontraba el doctor Gribaudo. Éste le hizo ver la gravedad del caso y mostróse muy poco confiado en la curación del enfermo.

—Aunque esté todo lo grave que se quiera —respondió Don Bosco—, mi Don Rúa debe curar, porque todavía tiene mucho que hacer.

Al ver sobre la mesita la bolsa de los Santos Óleos, preguntó:

—¿Quién ha sido esa buena alma a quien se le ha ocurrido traerlos aquí?

—He sido yo —respondió Don Savio—. ¡Ah, si hubiese visto usted qué malo estaba ayer Don Rúa!... Y además los mismos médicos...

—Verdaderamente que sois gente de poca fe —interrumpió Don Bosco—. ¡Ánimo, Don Rúa! ¡Mira, si te arrojasen ahora por la ventana, no morirías!

En efecto, desde el momento en que Don Bosco le bendijo, el enfermo comenzó a mejorar; y algunos días después, contra todo lo que se esperaba, estaba fuera de peligro.

CAPÍTULO XXXVIII

Aprobación de la Sociedad Salesiana

En prosecución de lo que tanto le interesaba, el 8 de enero de 1869 fue Don Bosco a Roma, pidiendo antes a superiores y alumnos oraciones especiales.

En Florencia le esperaba el Presidente del Ministerio, Monabrea. El Gobierno estaba inquieto porque los demócratas y republicanos conjuraban seriamente contra la monarquía, y parece que deseaba de él algún importante servicio. Él, por su parte, aprovechó la ocasión para reavivar la cuestión de los obispos, truncada tan bruscamente en 1867, y pudo hablar en favor de los seminaristas, a quienes se quiso someter al servicio militar.

Pero el objeto principal del viaje era la aprobación definitiva de la Sociedad Salesiana, que dos años antes no había podido obtener. Se oponían los mismos obstáculos. La Curia romana, a pesar de los buenos deseos de Pío IX, seguía poniendo serios reparos a la fundación, a pesar de que contaba ya con varios socios y numerosas obras; les parecía tan distinta de las Congregaciones tradicionales, y no se fijaban en que lo nuevo que tenía era precisamente lo que justificaba su existencia: lo exigía la índole de estos tiempos nuevos.

Pío IX le aconsejó que procurara ganarse a algunos Cardenales determinados; y esto lo hizo María Auxiliadora. Dígamos algo más: Se había pedido a la Curia Diocesana una fórmula que salvase al mismo tiempo la autoridad del Ordinario y la existencia de la nueva Sociedad; pero la Curia

dejó el asunto en suspenso. Varios Obispos y otras personas muy piadosas y favorables a Don Bosco, habían intentado disuadirlo de presentar la petición, diciéndole que no era posible entonces conseguir la aprobación de las Constituciones ni de la Sociedad. También le habían escrito de Roma que era inútil su viaje en aquellos momentos, si era con ese fin.

Pero Don Bosco, como dijo después, pensaba dentro de sí: "Todo se me pone en contra; mas el corazón me dice que si voy a Roma el Señor, que tiene en su mano el corazón de los hombres, me ayudará. ¡Así, pues, voy allá!" Y convencido de que la Virgen le ayudaría, emprendió el viaje.

A su llegada le tributaron un recibimiento muy honroso. Tres carruajes lo esperaban en la estación y, cosa excepcional, dentro del recinto de la estación. Uno era del Cardenal Berardi, quien le rogó visitase cuanto antes a un sobrino suyo gravemente enfermo. Don Bosco prometió que iría; mientras tanto se dirigió a San Bernardo de las Termas para celebrar y después a casa del caballero Pedro Marietti, donde se hospedó.

* * *

Los días pasaban y Don Bosco se había olvidado de la invitación del Cardenal Berardi, cuando recibió nuevo aviso para que fuese a visitar y bendecir al sobrino enfermo. Era éste un niño de cerca de once años, delicia de aquella rica y noble familia y de otras familias opulentas, heredero de extraordinarias riquezas. El pobrecito hacía quince días que luchaba con fiebres tifoideas tan malignas y rebeldes a todo remedio, que le tenían al borde del sepulcro. Al llegar Don Bosco, todos los de la casa le salieron al encuentro, diciéndole a una voz:

—¡Don Bosco, cúrelo, cúrelo!

Don Bosco, volviéndose al Cardenal, le dijo:

—He venido a fin de que Su Eminencia me ayude cerca del Padre Santo a obtener la aprobación de la Sociedad de San Francisco de Sales.

—Procure usted —respondió el purpurado— que mi sobrino se cure y yo hablaré en favor de su Sociedad al Padre Santo.

Y así diciendo, lo introdujo en la habitación del enfermo. El Siervo de Dios iba repitiendo:

—¡Tengan ustedes fe! ¡Recen a María Auxiliadora; comiencen una novena y Vuestra Eminencia, señor Cardenal, trabaje por la Sociedad de San Francisco de Sales.

Y añadió:

—Dejemos a la Virgen "el cuidado".

Después de rezar algunas oraciones, bendijo al enfermo, el cual quedó al instante libre de la fiebre, y al fin de la novena estaba lleno de robustez.

El Cardenal, fuera de sí por el consuelo que experimentó, dijo a Don Bosco:

—Estoy dispuesto a hacer todo lo que quiera de mí; no tiene más que mandarme.

—¡Eminencia, ya sabe qué es lo que más deseo: que se interese por la Sociedad Salesiana; que hable de ella a sus colegas y al Padre Santo!

El Cardenal fue a ver al Papa y le recomendó vivamente la Sociedad Salesiana. Pío IX consideró este primer triunfo como si se tratara de algo muy suyo.

* * *

Pero los prelados de la Sagrada Congregación que debían dar su conformidad en este asunto eran siempre contrarios. A pesar de que desde el 26 de julio de 1864 la Santa Sede había dado el *decrétum laudis* con que se alababa su existencia y su espíritu.

El Cardenal Antonelli, Secretario de Estado, podía influir mucho. El Santo fue a hablarle y lo encontró como clavado en un sofá por la gota, que lo hacía sufrir atrozmente. Supo que, por no poder moverse, el Papa mismo venía a tratar con él los asuntos de la Iglesia. Don Bosco le prometió que

si se interesaba por el asunto de la aprobación definitiva de la Sociedad, él mismo podría ir a la sala papal.

—¿Cuándo? —exclamó el Cardenal, mirándolo fijamente.

—¡Mañana!

—¿Es posible?

—Sí, ¡mañana!

—Pero, ¿cómo podrá ser?

—Tenga fe, fe viva en María Auxiliadora, porque de otra manera no haremos nada.

Al día siguiente por la mañana el Cardenal Antonelli estaba bueno; los ataques habían cesado y fue a ver al Padre Santo, a quien refirió el diálogo y la curación.

Fue Don Bosco a ver a Su Santidad. Pío IX, conmovido por lo que los dos Cardenales le habían referido, lo acogió con bondad indescriptible. Lo entretuvo durante hora y media y se mostró muy favorable a su deseo, prometiéndole que haría todo lo posible por complacerlo y para que las gestiones se acabaran pronto. En días sucesivos le concedió otra audiencia de dos horas y una tercera de cerca de una hora.

Como se acercase la hora de una de estas audiencias, el Papa llamó al camarero y le dijo:

—Don Bosco no tiene carruaje; vaya a buscarle con el mío.

Y Don Bosco fue desde donde se hospedaba al Vaticano en la carroza del Papa.

Las dificultades continuaban todavía en el seno de la Congregación de Obispos y Regulares. Es verdad que el Papa es árbitro supremo, pero suele dejar que las cosas sigan su trámite regular, y el trámite era la dicha Congregación. A alguien había dicho Pío IX:

—No quisiera más dificultades; véase la manera de superarlas y no de promoverlas.

El más opuesto era Monseñor Svegliati, Secretario de la Sagrada Congregación. Las novedades de Don Bosco no le entran.

Este, por consejo del mismo Pío IX, se apresuró a visitarlo. Lo encontró en cama, molestado por los primeros ataques de una pulmonía muy grave. Sin más, le prometió la curación, si hablaba en favor de la aprobación de la Sociedad, y acabó diciendo:

—Tenga fe, viva fe en María Auxiliadora, y mañana podrá ir al Vaticano.

—¡Ah, Don Bosco —concluyó con vehemencia Monseñor Svegliati—; si mañana puedo ir a ver al Papa, le aseguro que hablaré de modo que todo irá bien para usted.

A la mañana siguiente la tos y la fiebre habían desaparecido y el Secretario se encontró perfectamente curado. Muy agradecido por su restablecimiento, fue a visitar al Padre Santo y el mismo día fue a ver a Don Bosco, asegurándole que lo apoyaría y que desaparecerían todas las dificultades.

Las gracias concedidas por María Auxiliadora conciliaron a Don Bosco la favorable disposición de sus adversarios, enfervorizaron a los tibios y le ganaron más y más el favor del Sumo Pontífice.

Los chicos del Oratorio y de las otras casas continuaban rezando. Don Bosco los invitó a turnarse en pequeños grupos para adorar continuamente a Jesús Sacramentado en el Santuario de María Auxiliadora durante todo el día 19 de febrero. Y ese día se decretó la aprobación definitiva de la Sociedad Salesiana. Don Bosco dijo a Pío IX:

—Hoy todos mis muchachos están rezando ante el Santísimo, para que el Señor me ayude.

Pío IX, al oír estas palabras, se conmovió visiblemente.

El primero de marzo se despachaba el decreto de aprobación. Concedióse también por un decenio la facultad de dar las Dimisorias respecto de todos los Obispos para las sagradas Órdenes.

* * *

Lleno de gratitud para con Dios por el favor obtenido, el 2 de marzo volvió Don Bosco a Florencia y el 5 por la tarde llegó al Oratorio, siendo acogido con extraordinarias demostraciones de júbilo.

El teólogo Borel, que yacía enfermo en cama en el inmediato Instituto del Refugio, al oír aquellas voces de júbilo comprendió que Don Bosco había regresado triunfante. Se levantó como pudo y con paso vacilante fue arrastrándose hasta el Oratorio.

—¡Don Bosco! ¡Don Bosco! —exclamó esforzando la voz el venerando sacerdote.

—¡Oh, amigo mío! —le respondió el Santo.

—¿Está aprobada la Sociedad Salesiana?

—¡Sí, está aprobada!

—*Deo gratias!* ¡Ahora muero contento!

Y se volvió a su lecho.

La Sociedad Salesiana era ya de derecho pontificio.

* * *

Al día siguiente presentaba Don Bosco al Arzobispo Monseñor Riccardi el Decreto de aprobación de la Sociedad. El 7 de marzo, término del tiempo que había fijado para la práctica de oraciones especiales antes de su partida, la nueva Sociedad o Congregación de San Francisco de Sales celebraba su fiesta titular en el Santuario de María Auxiliadora, en acción de gracias.

Aquella noche, con sencillez edificante y exuberante gratitud a Dios y a María Santísima, refería Don Bosco a sus salesianos del Oratorio, como padre afectuosísimo a sus hijos predilectos, las extraordinarias vicisitudes de la aprobación.

El 15 de agosto, consagrado a la Asunción de María Santísima, recordó a sus hijos en una Circular el memorable

acontecimiento, infundiéndoles sus propios sentimientos de gratitud y animándolos a trabajar por la salvación de las almas, y, en primer lugar, por la suya propia.

Las veinticuatro Comendaticias enviadas por los Cardenales, Arzobispos y Obispos para obtener la aprobación de la Sociedad Salesiana, son un coro admirable de alabanzas a la santidad de que ya gozaba fama entonces Don Bosco.

Los frutos de la aprobación no tardaron en dejarse ver,

La actividad de Don Bosco era multiforme. Donde veía una necesidad real del pueblo y especialmente de la juventud acudía a ponerle remedio. Así fue como en este tiempo intensificó su apostolado de Prensa, inaugurando sus "Bibliotecas" o "Colecciones", de que hablaremos más adelante.

* * *

Desde 1869 Don Bosco procuró a los jóvenes de sus colegios otro gran bien religioso y moral, suprimiendo la costumbre de ir a pasar ocho días de vacaciones por la Pascua a los pueblos, lo que a más de los peligros morales a que los exponían por las francachelas y bailoteos, les arrancaban de los estudios apenas entrenados, y reduciendo a dos meses las vacaciones del verano. Estas sabias medidas paternas le causaron gran aumento de gastos y trabajos; pero impidieron realmente que muchos jóvenes perdieran en pocos días el provecho moral de todo el año escolar.

El mismo año abrió un colegio en la ciudad de Cherasco y aceptó la dirección de la parroquia y de la iglesia aneja de Santa María del Pópulo, enviando allí a varios salesianos y como Director y Párroco al Doctor Don Juan Francesia.

En fin, para propagar la devoción y el culto de la Santísima Virgen, estableció en el Santuario de Valdocco la Asociación de los devotos de María Auxiliadora, la cual, canónicamente erigida por el Arzobispo Monseñor Riccardi y anteriormente enriquecida por Pío IX con muchas indulgencias y elevada después al grado de Archicofradía, obtuvo

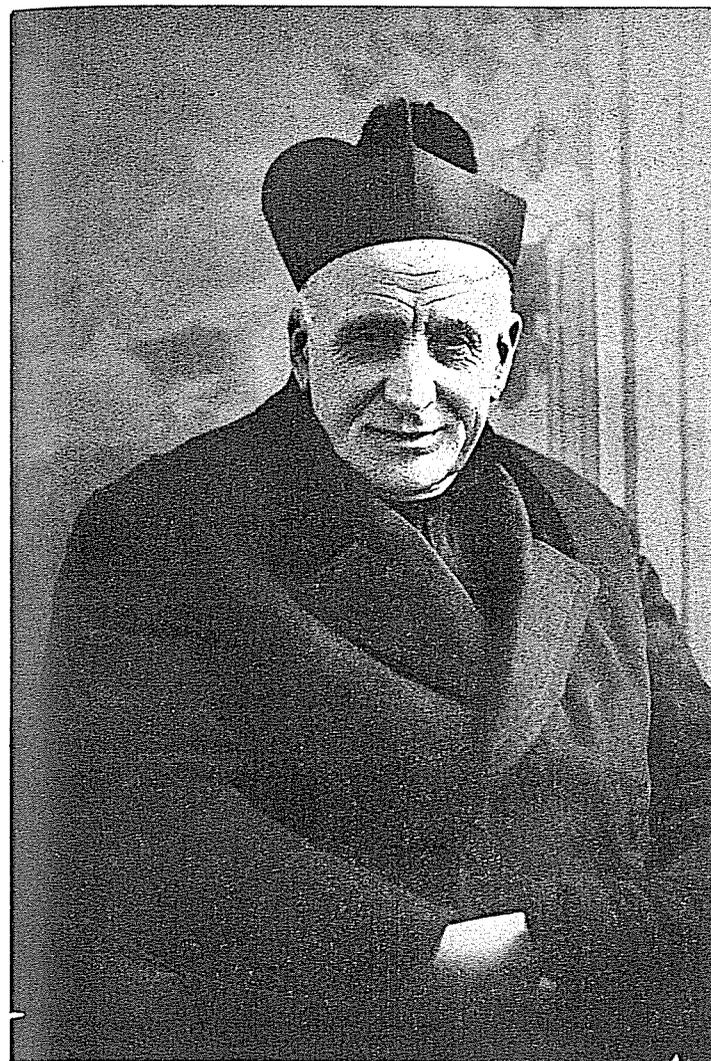
de León XIII la facultad de agregar en todo el mundo asociaciones similares con participación de los favores espirituales concedidos a aquélla. Interesaba sumamente a Don Bosco el culto de María Auxiliadora para demostrar también su gratitud filial a esta celestial Madre, que tan pródiga se mostraba con él en gracias extraordinarias.

El 29 de mayo de aquel año de 1869, Don Bosco marchó a Lanzo juntamente con los cantores y la banda del Oratorio, para celebrar en el colegio la fiesta de San Felipe Neri y dar mayor solemnidad a la festividad del Corpus Christi. Entonces fue cuando se efectuó la curación de los alumnos enfermos de viruela, de que hemos hablado.

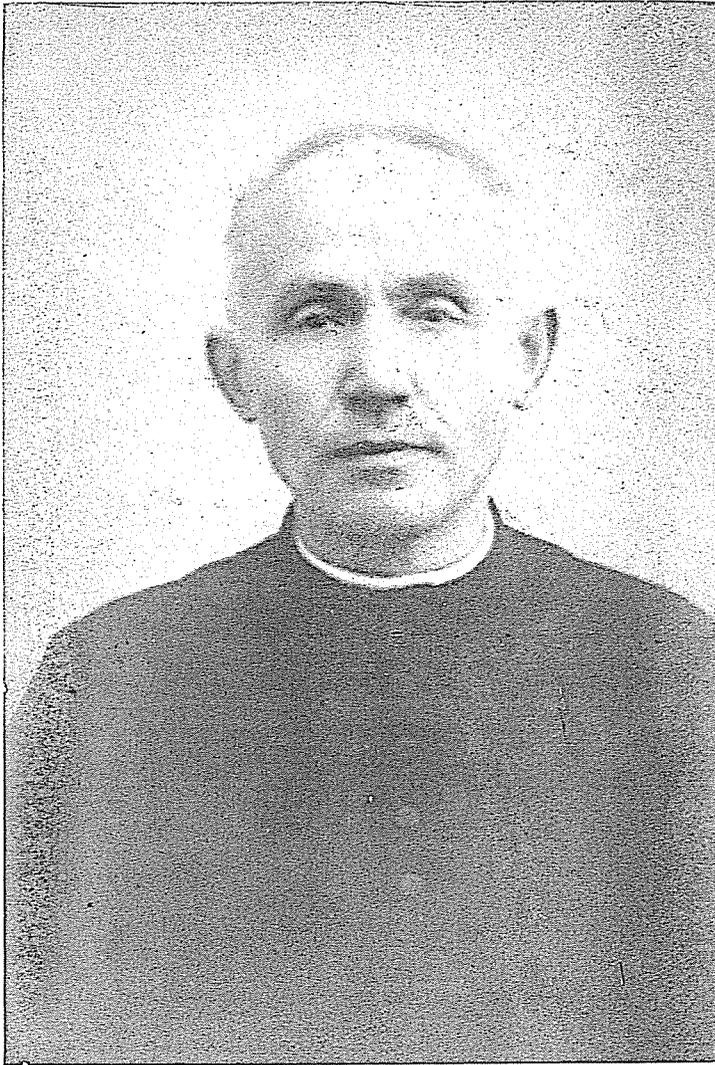
* * *

Otra página que rebosa de celo y amor por la Iglesia Católica fue la solicitud con que el Santo trabajó por varios años en favor de las poblaciones católicas del cantón Ticino, privadas de sus pastores por el odio calvinista. Con ayuda de algunos celosos sacerdotes, logró dar satisfacción a aquellas apremiantes necesidades espirituales; y durante varios años, especialmente desde 1868 a 1870, las proveyó de buenos sacerdotes, obteniéndose con ello un vigoroso renacimiento de la fe católica. En consecuencia, siguió interesándose por el triunfo de la fe en aquella región.

El 7 de octubre de 1869 desembarcaban en Génova dos argelinos enviados por Monseñor Lavigerie a Don Bosco. Fueron recomendados al jefe del tren, quien los acompañó hasta la estación de Turín. No sabían nada de italiano, excepto el nombre de Don Bosco. Repitiendo este nombre y muy ufanos con su típico traje, su blanco albornoz flamante y su rojo fez atravesaron la ciudad por las calles más directas y fueron al Oratorio. Don Bosco, que terminaba en aquel momento su parca comida, los recibió con dulce sonrisa y les dirigió algunas palabras en francés. Por Navidad tuvo el consuelo de regenerarlos con las aguas del Bautismo.



Rvdmo. Don Felipe Rinaldi. Nació en Lu, Monferrato (1856). Fue Inspector en España. Murió en Turín (1931), después de haber sido Prefecto General y Rector Mayor. Nadie como él se asimiló la paternidad de Don Bosco. Habiéndose obtenido por su intercesión verdaderos milagros, se abrió el Proceso para su Beatificación.



Rvdo. D. Domingo Belmonte, Profesor de Física y Ciencias Naturales. Ejerció cargos importantes en la Congregación, de la cual fue Prefecto General. Una de sus peculiaridades fueron las "Buenas noches", que, según los que vivieron con él, eran las más parecidas a las de Don Bosco. Murió en Turín en 1901.

A éstos se agregaron otros cuatro en 1870, enviados por el mismo Prelado, y algunos de Jerusalén. Al mismo tiempo, los Obispos y los misioneros que iban a Italia desde las más remotas regiones, acudían con frecuencia, cada vez mayor, a visitar al Siervo de Dios y el Oratorio.

A todos les infundía un grande amor a Jesús Sacramentado y una tierna devoción a María Auxiliadora. Junto con esto los encendía en el respeto, veneración y amor al Papa.

CAPÍTULO XXXIX

Las Hijas de María Auxiliadora

I

Por su propia voluntad, Don Bosco no se hubiera dedicado directamente al apostolado de la juventud femenina ni hubiera fundado una Congregación de Religiosas. Pero se lo mandó la Virgen, como todas sus obras principales. Tuvo un sueño. Y en él le pareció que una infinidad de niñas le pedían auxilio.

—No he sido llamado para vosotras —les dijo.

—Hace tiempo que estamos esperando. No tenemos quien nos valga y te esperamos a ti —le respondió un grupo de mayorcitas que estaban un poco separadas de las demás.

—No he sido llamado para vosotras —les replicó.

En eso apareció la Señora de los Sueños y le intimó:

—Son mis hijas y quiero que las atiendas.

A esto se unieron reiterados consejos de personas cuyo parecer tenía gran peso y por último la palabra augusta de Pío IX. Todo esto quería decir que debía fundar otra familia religiosa. Se lo comunicó a uno de sus hijos en la memorable tarde del 24 de junio 1866, al terminar el festival con que le obsequiaron en su día onomástico. Lemoyne recuerda que se habían apagado los últimos arreboles de una puesta de Sol maravillosa, que la Luna daba de lleno sobre la estatua de la Virgen fulgurante en la cúpula, que el patio y los pórticos centelleaban con el titilar de mil farolillos a la veneciana y

que los niños aclamaban al Padre, que había subido ya a su aposento y sentándose al socaire de la ventana. Poco después reunió a los miembros del Consejo: Don Rúa, Don Cagliero, Don Savio, Don Durando, Don Ghivarello y Don Álbera y les dijo:

—Tengo una cosa importante que comunicaros: muchas personas autorizadas me exhortan a hacer por las jovencitas lo que estamos haciendo con los niños. Si atendiese a mis inclinaciones, no me embarcaría en este género de apostolado; pero temería contrariar designios de la Divina Providencia. Os lo expongo y os invito a reflexionar delante del Señor, a pesar el pro y el contra para poder tomar aquella resolución que mayor gloria dé a Dios y sea de mayor provecho para las almas. Por eso, durante este mes dirigamos nuestras oraciones comunes y privadas a este fin: obtener del Señor las luces necesarias en este importante asunto.

Los convocados se retiraron profundamente impresionados. Al mes volvió a llamarlos, pidiéndoles individualmente su parecer. Todos unánimemente votaron por la afirmativa.

—Pues bien —concluyó Don Bosco—; ahora podemos tener como cosa cierta que es voluntad de Dios que nos cuideemos también de las niñas. Y para quedar en algo concreto, propongo que se destine a este fin la casa que Don Pestarino está construyendo en Mornese.

En la visita que aquel año hizo a Pío IX, el Padre Santo le habló del asunto, manifestándole que era su deseo que hiciese por las niñas lo mismo que estaba haciendo por los chicos. Le dio normas muy prácticas y consejos muy acertados, al fin como del Vicario de Jesucristo.

* * *

Las cosas se desarrollaron de una manera tan impensada, que parecía como si una mano invisible moviera los hilos de los acontecimientos.

Vivía en un rincón del Monferrato, en Mornese, pueble-

cito del distrito de Acqui, un piadoso y rico sacerdote, Don Domingo Pestarino, entregado a hacer el bien a sus coteráneos. Y una de las cosas buenas que deseaba hacer era fundar una institución que le sobreviviese. Habiendo tenido la fortuna de conocer a Don Bosco en un viaje, y de visitarlo en el Oratorio, esperaba que le devolviera la visita en su propio pueblo, como se lo había prometido, para aconsejarse y decidirse. Don Bosco llegó a Mornese, al frente de sus muchachos, en la última de sus famosas excursiones escolares, el 7 de octubre de 1864. Estuvieron cuatro días, edificando a todo el pueblo con su piedad, alegría y habilidades. Todos los mornesinos quedaron en la persuasión de que Don Bosco era un grande hombre y un santo y concertaron con él la fundación de un colegio externado para la educación de los chicos.

En aquella ocasión Don Pestarino le presentó un grupo de ocho jovencitas que, con el nombre de Hijas de María Inmaculada, llevaban una vida ejemplar bajo su dirección espiritual, formando con otras del mismo pueblo una Pía Unión llamada "de María Inmaculada", aprobada por Monseñor Contratto, Obispo de Acqui, en 1857. Esas buenas muchachas, no ligadas por votos, se proponían tender a la perfección cristiana, observando castidad perfecta, obediencia a su Director y guardando la pobreza mediante el desprendimiento de las cosas de la tierra. Se ejercitaban también en obras de caridad y de apostolado, sobre todo cuidando de las niñas poco atendidas por sus padres y cultivando el espíritu de piedad en las mayorcitas. Además de esto habían puesto una pequeña sastrería en una casita tranquila, para enseñar el oficio a las que quisieran aprenderlo: esto era un medio para la formación cristiana. Hasta tenían un pequeño asilo para niñas necesitadas y una especie de Oratorio Festivo femenino.

* * *

Sobresalía entre todas una inteligente jovencita, llamada María Mazzarello, que ejercía sobre sus compañeras una superioridad moral a la cual se inclinaban todas y de la cual se servía el Director para el gobierno de la Asociación. La inocencia de sus costumbres era reconocida de cuantos la conocían. En el tiempo del cólera-morbo la habían bautizado con el nombre de "Hermana de la Caridad". Manifestaba inteligencia abierta, espíritu sereno, voluntad firme. Aprendió tarde a leer, más tarde a escribir; no existían entonces escuelas públicas para las niñas. En las cosas de Dios veía claro y profundo. Su vida interior se nutría de sacramentos, de oración y de palabra divina. Humilde, mortificada y casta, daba a sus acciones y relaciones un sello sobrenatural de criatura privilegiada. Ver y oír a Don Bosco fue para ella un acontecimiento que le dejó en el alma una impresión indeleble.

Don Pestarino estaba impaciente por empezar el colegio. Don Bosco le mandó al salesiano Don Ghivarello, ingeniero, para levantar los planos y dirigir las obras.

La primera piedra se colocó solemnemente en junio del 65. La población contribuía gratuitamente con el acarreo de materiales y con horas de trabajo. Para esto el Obispo había dispensado del descanso festivo. En diciembre de 1867 estaba terminada la capilla y Don Bosco fue a bendecirla. Volvió a Mornese el 69 y el 70. A veces se entrevistaba con las Hijas de María Inmaculada, escuchaba todo lo que de ellas le decía el Director; pero nunca aludió a intenciones propias, si bien en el último año comenzaba a pensar en la fundación de un colegio femenino para contentar a los que tanto se lo pedían.

Entretanto, una circunstancia providencial aceleró las cosas. En 1871, cuando se anunciaba como próxima la apertura del colegio edificado por Don Pestarino, la Curia de

Acqui, en sede vacante por la muerte del Ordinario, empezó a temer que el colegio de Don Bosco perjudicara al Seminario Menor diocesano; y así, negó la autorización de abrirlo.

¿Qué hacer? Don Bosco no lo pensó demasiado; resolvió colocar allí a las Hijas de la Inmaculada, para que hicieran vida común. Esto era como dar principio a la nueva institución, y se animó a esbozar un reglamento calcado sobre las Reglas de los Salesianos. Confidencialmente se lo manifestó a Don Pestarino. El buen sacerdote se turbó fuertemente, porque temía, y no sin fundamento, una reacción del pueblo. No le fue difícil a Don Bosco tranquilizar al piadoso sacerdote. En cuanto a lo demás... dar tiempo al tiempo sin propalar la noticia. No se podía comprometer a la Curia.

II

En el ínterin Don Bosco cayó gravemente enfermo en Varazze y estuvo dos meses entre la vida y la muerte, en medio de la consternación general. Durante las alternativas del mal fue a visitarlo Don Pestarino, con algunos conterráneos, y aprovechó la ocasión para entenderse y comenzar. Las Hijas de la Inmaculada permanecían en el tenor de vida trazado, prontas a la obediencia y a cualquier sacrificio para el bien de sus almas y para ayudar al prójimo. Don Bosco aconsejó a Don Pestarino reunir las con las otras compañeras del pueblo e invitarlas a dar cada una su voto para constituir una junta directiva, eligiendo superiora y asistentes, según el reglamento por él preparado. Sus instrucciones fueron cumplimentadas: el 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, veintisiete jovencitas, bajo la presidencia del Director, invocadas las luces del Espíritu Santo, escribieron el nombre de las que juzgaban aptas para los varios cargos. María Mazzarello resultó elegida Superiora con veintiún votos. Reacia a la elección y deseosa de que la exoneraran, pidió y obtuvo que se remitiera a Don Bosco la decisión. Accedieron las

otras; a condición de que entretanto ejerciese el oficio de primera asistente, con el título de Vicaria.

Una vez que se hubo repuesto, volvió Don Bosco al Oratorio. Era el tiempo en que, desde el año 1865, después de las fiestas de San Francisco de Sales, llamaba a consejo a todos los directores de sus colegios para escucharlos y darles sus directivas. Cada uno hablaba sobre la marcha de su propia casa, los frutos cosechados, las dificultades encontradas, las esperanzas que tenían. Cada uno aprovechaba de la experiencia de los colegas; a todos confortaba la palabra iluminada y animadora del buen Padre. Pues bien; aquel año 1872 llamó también al Director de las Hijas de la Inmaculada (que desde 1865 había ingresado en la Sociedad Salesiana, pero Don Bosco lo había dejado en Mornese para atender a la Asociación) para que expusiese cuanto había sucedido y estaba sucediendo en Mornese. Los presentes entrevieron, llenos de alegría, que algo grande y maravilloso se estaba madurando. Era llegada la hora para que la nueva Obra emprendiera su vuelo.

En Mornese el número de socias había crecido y vivían muy incómodas en la casita que hasta entonces habitaban. El párroco, ignorando los designios de Don Bosco, insinuó que podían trasladarse provisionalmente a los locales del colegio, cuya apertura impedía la prohibición superior. Respiró Don Pestarino, sintiendo aliviada su propia responsabilidad ante el pueblo, que en realidad ignoraba la decisión de la Curia, porque la prudencia de Don Bosco había aconsejado el secreto, para evitar odiosidades a la superioridad, y haciendo como quien aferra al vuelo un buen consejo, aceptó callandito el traslado.

Los mornesinos no se avinieron ni disimularon su disgusto y amenazaron tomar represalias. El caso era delicado ciertamente; no era conveniente revelar el verdadero motivo

del cambio, para no suscitar odiosidades contra la Curia. Pero aquella gente era buena y el tiempo todo lo suaviza; poco a poco la autoridad del párroco, el prestigio de Don Pestarino y la fama de santidad de Don Bosco calmaron los ánimos irritados; y el 5 de agosto Monseñor Sciandra, nuevo Obispo de Acqui, asistido por Don Bosco, actuó en la ceremonia de la primera toma del hábito. Quince fueron las que lo recibieron, de las cuales cuatro emitieron aquel mismo día los votos trienales. En adelante ya no se llamarán Hijas de la Inmaculada porque Don Bosco quiso que fueran hasta en el nombre "el Monumento vivo a María Auxiliadora".

* * *

Desde el Oratorio él proveía a todas las necesidades de la recién nacida Congregación. Se mantenía en continua relación con Don Pestarino. De cuando en cuando, interrumpiendo sus múltiples ocupaciones, se trasladaba a Mornese para darse cuenta de todo. En 1874, con el fin de que hubiese quien tuviera mayor libertad de movimiento, nombró al Padre Juan Cagliari vicario suyo en la dirección general de sus religiosas. Muerto Don Pestarino en el mes de mayo, envió en su lugar a un salesiano Director particular. El 25 de junio escribía a una de sus grandes bienhechoras: "Estoy empeñado en esta obra y espero, con la ayuda de Dios, que podré llevarla adelante regularmente." Es de notar que Pío IX le había dicho que las Hijas de María Auxiliadora dependerían de los Salesianos, como las Hijas de la Caridad de los Hijos de San Vicente de Paúl.

Para encaminarlas a la completa regularidad, comenzó por ordenar se procediera a la elección de la Superiora. Muerto ese mismo año el Superior local que les había asignado, quiso que Don Cagliari fijase allí su residencia hasta el nombramiento del sucesor. Y tal importancia le dio, que para este delicado oficio se privó de un joven dinámico sacerdote que prestaba en dos colegios un servicio incalculable: Don San-

tiago Costamagna, que fue más tarde valeroso misionero, Inspector de las casas de la República Argentina y Obispo Vicario Apostólico de las Misiones Salesianas del Ecuador, y que entonces respondió plenamente a su expectación, imprimiéndole a la Casa el espíritu y el preciso carácter que deseaba el Fundador. A más de buen salesiano, Costamagna era buen músico y buen liturgista.

Otros dos pasos importantes fueron la redacción definitiva de las Reglas y la aprobación diocesana del Instituto.

III

Nadie en el mundo —ni siquiera el bueno de Don Pestarino— podía entonces imaginar qué institución tan grandiosa estaba Don Bosco ordenando silenciosamente allí en la sombra de un recoleto lugar apartado de casi todo consorcio humano. A alejar el ojo de la mirada indiscreta de los profanos contribuían las dificultades de las comunicaciones, siendo lugar privado de trenes, de carreteras, de los medios ordinarios de locomoción. Entre aquellas paredes benditas un selecto grupo de almas generosas llevaba una vida de pobreza, de piedad y de trabajo que no tenía nada que envidiar a los claustros de la más rígida observancia. La Madre Mazzarello enfervorizaba con su ejemplo a educandas, probandas y profesas, en la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas, fidelísima siempre en la observancia hasta del más pequeño deseo del Fundador. Por lo demás, el régimen interno se desarrollaba bajo la inmediata autoridad de la Superiora. El Director, Padre Costamagna, era ciertamente muy rígido; pero como era siempre el primero en practicar lo que exigía, y el fervor de la Comunidad era tan grande, los rigores no se sentían y servían admirablemente para templar el carácter de las religiosas y prepararlas para todas las eventualidades que la vida pudiera en adelante presentarles. Todo era providencial.

* * *

Una prueba tangible de que la Providencia velaba sobre aquel nido de palomas, era el que, faltando fuentes de entrada, no les faltaba nunca lo necesario. En todos los otros Institutos se contaba al menos con los dotes de las postulantes; allá en cambio las postulantes llegaban casi siempre desprovistas de bienes patrimoniales. Se las aceptaba igualmente y las cosas marchaban adelante. Otra prueba de la asistencia divina era el número y la calidad de las vocaciones y sus progresos en la vida religiosa. La bondad del espíritu se veía clara en un indicio elocuente. Entrando doncellas de familias acomodadas o nobles, éstas aplicadas a los estudios no se distinguían en nada de las otras. Así que, y fue muy pronto, cuando las Hermanas empezaron a enjambrar en varias direcciones: cercanas, lejanas y lejanísimas, la palabra de orden era la de "mantener intacto dondequiera el espíritu de Mornese", mirado entonces y mirado hoy, ¡y Dios quiera!; mirado siempre, como ideal perenne del espíritu de la Congregación. Por esto podía Don Bosco escribir con paterna complacencia al Padre Cagliero en 1876: "Las Hijas de María Auxiliadora son modelo en dondequiera que van."

Pero la casa de Mornese resultaba cada día más estrecha e incómoda. Por eso Don Bosco adquirió una y la adaptó en Niza Monferrato, y allá trasladó a sus religiosas en febrero de 1879. Allí María Mazzarello, recogida en su humildad, continuó siendo la que debía dar a la Obra la más sólida de las bases. Y es admirable que, sin haber podido tener gran instrucción literaria y científica, supo gobernar y dirigir a las Hermanas de una Comunidad docente, entre las cuales, desde el primer momento, el Señor envió Hermanas muy dotadas, y hasta alguna de la Nobleza, y encaminarlas por las altas vías de la perfección cristiana y religiosa. Sus conferencias eran modelos de sensatez y no carentes de elevada espiritualidad. Su humildad y buen sentido suplían las deficiencias

literarias, y su ejemplo era una lámpara viva y ardiente. Supo también encaminar hacia los estudios a su Comunidad, y así tuvo el consuelo de secundar las miras docentes del Fundador y preparar el camino para sus sucesoras. Pío XI, en el discurso sobre la heroicidad de las virtudes, se fijó sobre todo en dos grandes virtudes de la Madre, que efectivamente la caracterizaban: la *humildad* y la *energía*, que le confirieron aquel maravilloso *don de gobierno* que todos admiraban en ella.

De índole más bien irritable, supo dominarse de tal modo que llegó a ser la paciencia personificada; modestísima siempre, poseyó en alto grado el don de corregir y enderezar, el secreto de conocer y discernir las vocaciones y el don de tranquilizar los espíritus. La clave de su extraordinario éxito puede encontrarse aplicándole las palabras con que la Escritura resume el elogio del rey Josafat:

"Anduvo por los caminos que le trazó su padre." El Padre era San Juan Bosco.

El Señor la llamó al Cielo el 14 de mayo de 1881.

En los nueve años de su gobierno, sus hijas habían llegado a trescientas y tenían casas en Italia, en Francia y en la República Argentina. Hoy son cincuenta veces más. Pío XI la elevó al honor de los altares con la Beatificación el 20 de noviembre de 1938 y Pío XII le confirió la glorificación suprema canonizándola el 12 de junio de 1951.

CAPÍTULO XL

Las vocaciones tardías

I

Celo apostólico e ilustraciones divinas determinaron a Don Bosco, el año 1875, a emprender la creación y organización de una obra tendente a llenar los vacíos producidos en las filas del Clero por las condiciones de los tiempos: la "Obra de María Auxiliadora para las vocaciones tardías".

El amor de la Iglesia fue característica suya. Dar a la Iglesia dignos y numerosos sacerdotes fue siempre uno de sus ideales. Siendo simple estudiante en Chieri se ingenió para que el sacristán llegara a sacerdote. Hacía treinta años un cúmulo de circunstancias contribuía en Italia a disminuir el número de aspirantes al santuario; entre otras, las aberraciones políticas, laicismo, servicio militar obligatorio, desenfreno de la prensa, vilipendio de la Iglesia y de sus ministros, dificultades económicas del Clero... Por añadidura, la supresión de los conventos había privado de la ayuda de los religiosos a las parroquias y el cierre de los monasterios ponía a muchos en la imposibilidad de reclutar alumnos para el santuario. Nada, pues, de extrañar si las vocaciones al estado eclesiástico disminuían de manera alarmante.

Para remediar semejante mal, Don Bosco no ahorra sacrificios. De sus viajes apostólicos regresaba siempre trayendo algún niño que diera esperanzas; se encomendaba tam-

bién a los amigos para que mandaran jovencitos que dieran esperanza. Y así sucedió que al reabrirse los seminarios, los alumnos de Don Bosco repoblaron algunos de ellos. En 1865 en Turín, sobre cuarenta y seis alumnos del Seminario Mayor, treinta y ocho provenían del Oratorio; en 1873, de ciento cincuenta, ciento veinte; en el de Casale en 1870, sobre cuarenta, treinta y seis eran alumnos de colegios salesianos; y en la diócesis de Asti, dos terceras partes de los párrocos eran alumnos salesianos. No pocos clérigos de diócesis subalpinas, ligures y milanesas lo eran también. Pero aun así la escasez era siempre mucha y el corazón del apóstol se quemaba en ansias de ayudar a remediarla.

Y he aquí que un experimento pareció abrirle un horizonte. Por circunstancias especiales tuvo que admitir a sus clases del "gimnasio" a algunos individuos ya avanzaditos en edad, y comprobó su seriedad y aplicación, su férvida piedad y atisbó indicios de mayor perseverancia. Le vino la idea de recoger jóvenes adultos y prepararlos a subir rápidamente al altar; sólo le quedaba excogitar el modo práctico de llevarla a cabo. Y aquí intervino, como siempre, la inspiración del Cielo.

* * *

Un sábado de enero de 1875, estando confesando a los chicos, pensaba: "¡Si muchos de ellos se hicieran sacerdotes!... ¿Pero cuántos perseverarán y cuánto tiempo se necesitará?... Y sin embargo, la necesidad de la Iglesia es urgente."

Entonces le sobrevino como una especie de desdoblamiento de personalidad no infrecuente en él. Mientras los confesaba, y los confesaba bien, le pareció encontrarse en su despacho hojeando los registros de notas, y una voz le decía insistente:

"Observa bien los registros y hallarás la clave." "¿Sueño o estoy despierto?", se preguntó. Y sin darse cuenta se le-

vantó del sillón. Los muchachos, creyendo que le había sobrevenido algún mal, se levantaron para ayudarle.

El sonrió volviendo a sentarse, los tranquilizó y siguió confesando.

Subiendo después al despacho vio que realmente el registro estaba abierto sobre la mesa. Pidió otros y se puso a examinarlos. Pudo comprobar que de los aspirantes al sacerdocio, si eran niños, apenas el quince por ciento llegaban a vestir sotana, y si eran adultos, llegaban el ochenta por ciento, y en menor tiempo (la intensidad en el estudio suplía al tiempo). "El éxito, pues, se dijo, es más seguro y viene más pronto. Hay, pues, que ponerlo por obra."

Desde aquel momento no le dio tregua el pensamiento de abrir casas en donde los así llamados al sacerdocio tuvieran cursos apropiados. Y así nació la "Obra de María Auxiliadora para las vocaciones tardías." "Obra" la llamó, no colegio ni instituto, entre otros motivos, porque previendo que la mayor parte de los candidatos provenían de familias pobres, se necesitaba una Obra que los patrocinara. Y los puso bajo la protección de María, porque Ella lo es todo en la Sociedad Salesiana, por expresa voluntad de Cristo Nuestro Señor, declarada desde el primer Sueño.

En uno de sus viajes a Roma expuso al Papa su idea. Pío IX le hizo contar cómo y dónde le había venido la idea, mandóle exponérsela también a los superiores de la Sociedad en la primera reunión, la aprobó y la bendijo. Vuelto a Turín hizo lo que el Papa le había mandado, escribió solícitamente un reglamento y lo expidió manuscrito a varios obispos. Doce de ellos le mandaron inmediatamente comendaticias para la Santa Sede.

Aun antes de que todas llegaran, interesó al Cardenal Berardi y a Monseñor Vitelleschi para que le obtuvieran del Padre Santo una bendición especial, que equivaliera a una recomendación pontificia. Y la bendición vino, "con el más grande placer, de todo corazón". Ambos prelados se apresuraron a transmitírsela.

II

La prisa de Don Bosco era un acto de "sistema preventivo": había conjeturado serias contradicciones. De no haber procedido así, Roma no hubiera podido dar tan pronto el preciado documento.

Con salvoconducto firmado por doce Obispos, se creyó autorizado a imprimir el reglamento con todos sus anexos y conexos. Mandó a la Curia turinesa el manuscrito para su aprobación (y duele decirlo), la Curia desaprobó la Obra, considerándola "ruinosa para los Seminarios diocesanos", y al mismo tiempo interesó a las Circunscripciones eclesiásticas de Turín, Vercelli y Génova para que elevaran una demostración a la Santa Sede contra la Obra, presentándola como un peligro para los seminarios diocesanos.

Dos razones daban: 1.º Aunque Don Bosco había fijado una pensión mensual de veinticuatro liras, fácilmente la rebajaría en parte y aun del todo. 2.º Aun diciendo que recibiría solamente candidatos de dieciséis a treinta años, ¿quién garantizaba que no recibiría niños de diez o de doce? De todo esto derivaría una competencia a la cual los Seminarios no podrían hacer frente. Parece imposible que, dados los antecedentes de Don Bosco y el carácter de sus obras, pudiesen alegarse estas razones. ¡Y sin embargo es así!

Don Bosco tuvo conocimiento de todo, y lo tuvo a tiempo, y conoció los textos de las protestas. No se quejó, ni habló apenas con nadie; y sin perder su calma, expidió a Roma su defensa con gran moderación y dignidad. Luego, fuerte con la aprobación pontificia y viendo que la Curia de Turín negaba el "Imprimatur" de acuerdo con algunos Obispos, lo hizo imprimir en otras diócesis.

El primer experimento de estas sus casas de vocaciones adultas hubiera debido hacerse en Turín, en una de las dependencias de la Casa-Madre. Pero no era el caso de desper-

tar un avispero; y contando con la simpatía por la Obra del Arzobispo de Génova, abrió esta primera casa en la ciudad de Sampierdarena, hoy barrio de Génova, en donde florecían un colegio y unas escuelas profesionales bajo la dirección de Don Pablo Albera, que había de ser con el tiempo el segundo Sucesor del Santo en el gobierno de la Sociedad. Bastó habilitar algunos locales. Ello no impidió que en el Oratorio pusiera algunos a estudiar cursos acelerados, que llamó "clases de fuego".

Preciso es confesar que la novedad inspiraba desconfianza y que en el mismo Oratorio no todos pensaban como el Padre. Él no acostumbraba decirlo todo a todos, ni todo a un tiempo, sino según las conveniencias y cuando y a quien podía comprenderle. Quien le conocía bien, confiaba plenamente en él y hacía lo que él quería, en la seguridad de que era lo mejor; otros, por el contrario, siempre tenían algo que decir, como ha sucedido siempre en todas las agrupaciones humanas. Ciertamente que entonces era humanamente difícil prever cuántos y cuáles hijos de Abraham iban a brotar de aquellas piedras, para usar frase evangélica. Don Albera, inteligencia cultivadísima, doctor en Filosofía y Letras, no sólo no tuvo nada que decir, sino que secundó con todas sus fuerzas la voluntad del Padre, aun imponiéndose a veces sacrificios de importancia. Y Dios le premió con satisfacciones inmensas; de entre esos "hijos de María" salió el que fue su Vicario General y su Sucesor en el generalato de la Sociedad, el Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi, y varios misioneros que fueron prez de la Sociedad Salesiana y de la Iglesia Católica.

* * *

Para no distraer demasiado al Director de Sampierdarena y para que aquellos estudiantes de tan rara categoría estuvieran bien atendidos, confió su inmediata dirección a un alma santa, Don Guanella, que, deseando aprender de Don



Cuadro de María Auxiliadora que se venera en el altar mayor, obra de Lorenzone, que interpreta parte del diseño de Don Bosco.

Bosco la manera de dar vida a una obra que planeaba para su diócesis de Como, se había venido al Oratorio, y ahora el Santo le daba ocasión de ensayarse, y prácticamente, bajo su dirección. En efecto, Don Guanella respondió plenamente a los designios de Don Bosco, y pasados cuatro años, pudo regresar a Como y fundar su obra de los Siervos de la Caridad.

Don Bosco tenía siempre la mirada en Roma. Queriendo estimular a las caritativas personas que a tenor del Reglamento le ayudaban en esta Obra, envió a la Santa Sede una súplica pidiendo para ellas algunas indulgencias y favores especiales. Roma le contestó con un Breve amplísimo, capaz de sepultar para siempre todas las oposiciones y desconfianzas. Entretanto el Santo ampliaba su Obra. Y así escribía al Padre Cagliari, que estaba en Argentina: "En Niza Marítima hemos comprado un estupendo edificio, donde podremos formar cien obreritos y otros tantos Hijos de María."

Y verdaderamente los resultados no podían ser mejores. ciento eran los alumnos de Sampierdarena, de los cuales treinta y cinco habían hecho el curso acelerado de gimnasio, es decir, cinco cursos en tres años. Superados brillantemente los exámenes, ocho optaron por el estado religioso, seis por las Misiones Extranjeras y los demás pasaron a sus respectivos Seminarios diocesanos. La realidad empezaba a desmentir prácticamente los recelos: también los Seminarios diocesanos salían ganando.

El sueño dorado de Don Bosco era tener a los Hijos de María en una casa propia para ellos cerca de Turín, donde pudiera verlos y hablarles con frecuencia. Su deseo no pudo realizarse hasta 1883, cuando fue preconizado Arzobispo de Turín el Cardenal Alimonda. Aquel año adquirió un edificio en Mathi turinés y allí los concentró bajo la dirección de Don Felipe Rinaldi. Este local pronto resultó pequeño para el gran número de peticiones y entonces, en 1884, estando ya terminado el grandioso edificio que flanqueaba la iglesia de

San Juan Evangelista, tuvo a bien hacer de él la sede central de la Obra; trasladó a él todo el personal de Mathi, siempre con Don Rinaldi como Director, con lo que ganaron no poco la iglesia, por el culto, y el Oratorio por el contingente que le prestaron para la enseñanza del Catecismo y para la asistencia.

Finalmente podía gozar Don Bosco teniendo cerca una Obra que tanto le había costado y de la cual tanto se prometía. Por eso la visitaba con frecuencia, observándolo todo y procurando hablar con todos. Y cuando ya la salud no se lo permitió, llamaba regularmente al Director a su habitación del Oratorio. Preciosos recuerdos nos ha dejado Don Rinaldi de aquellos coloquios semanales con el Padre.

En San Juan la Obra vivió su edad de oro. De allí salieron numerosos y selectos sacerdotes, que tanto en el Clero secular como en la Sociedad Salesiana y en otras Congregaciones le hicieron honor. El famoso historiador alemán, Padre Grisar, S. J., hablando de las Misiones Salesianas teje un espléndido elogio de los Hijos de María, confirmación de las esperanzas que Don Bosco había puesto en esta Obra.

Andando el tiempo la Obra de los Hijos de María o de las vocaciones tardías ha sido imitada en todas partes y hoy hay no pocas casas en casi todas las naciones como sucursales de los Seminarios o como preparación a sus clases superiores.

Entre los salesianos ilustres del tiempo mismo de Don Bosco y alumnos de Don Rinaldi se cuentan, entre otros, los grandes misioneros Milaneseo, Bouvoir y Bálzola, el Padre Miguel Unia, apóstol de los leprosos de Agua de Dios, Monseñor Antonio Malán, primer Vicario Apostólico de las Misiones de los Bororos en el Brasil y luego Arzobispo de Petrolina (Brasil).

CAPÍTULO XLI

Los Cooperadores Salesianos

I

La obra de Don Bosco es un robusto árbol con tres grandes ramas: Salesianos, Salesianas y Tercera Orden o Cooperadores Salesianos.

Don Bosco era por carácter eminentemente social. Por añadidura desde el primer momento en que trató de fundar el Oratorio, célula madre de todas sus obras, sintió necesidad de colaboración o cooperación. A la verdad nada se hace en la Sociedad humana sin eso. Estando solo para el desempeño de los variados oficios que su Oratorio imponía, asoció a su obra a varios eclesiásticos y seglares, que con prestación personal y con la beneficencia le sostenían en la empresa. Los llamó "promotores" y "bienhechores", creando con ellos en 1845 una "*Unión bajo la advocación de San Francisco de Sales*" y obteniendo para ellos del Papa Gregorio XVI algunas indulgencias plenarias. Así durante dieciséis años. En el año 1858 sus colaboradores se dividieron en dos categorías: los que eran dueños de sí y tenían vocación se retiraron a vivir con él vida común; los otros continuaron ayudándole viviendo en sus casas. Los primeros dieron origen a la Sociedad Salesiana; los segundos comenzaron a llamarse "Cooperadores Salesianos".

La idea de estrechar los vínculos que sus finalidades establecían entre ellos, de manera que formaran una Asociación

laical canónicamente reconocida e íntimamente ligada a la Sociedad Salesiana, como los Terciarios lo están a sus respectivas Órdenes Religiosas, tomó cuerpo en 1874; se concretó mejor en 1875 y tomó forma definitiva en 1876. Aunque laical, la Asociación no excluía ni excluye a sacerdotes ni religiosos: era un Instituto secular de amplísimas bases. “Como los malos se asocian para el mal —decía—, deben unirse los buenos para el bien.” Como se ve, tenía en cuenta el espíritu y las necesidades del tiempo.

En 1876 quedaron delineados para siempre el fin y la naturaleza en un Reglamento titulado “Cooperadores Salesianos, o sea, modo práctico para formentar las buenas costumbres y ayudar a la sociedad civil”. El “modo práctico debía consistir en la perfecta observancia de los deberes del buen cristiano y en el ejercicio de la caridad para con el prójimo, especialmente con la juventud”. Cuatro eran los *medios* que les proponía: *promover entre los fieles la piedad cristiana, favorecer las vocaciones eclesiásticas, oponer la buena Prensa a la mala; interesarse por los niños que peligran. Y todo esto según el espíritu de la Sociedad Salesiana.* En el ejercicio de su actividad, los asociados debían conservar la dependencia de sus superiores eclesiásticos. Como se ve, un verdadero programa de Acción Católica, tal cual hoy debe ser ella.

Precísales en el Reglamento que el deber primordial de los Cooperadores es “atender a su propia perfección mediante un método de vida que se asemeje lo más posible a la de comunidad”. Y para ello, modestia cristiana, unión en el espíritu de oración y caridad, celo apostólico. Diariamente rezarán —como los Salesianos— un Padrenuestro, Avemaría y Gloria Patri a San Francisco de Sales; y les recomendaba el Retiro mensual o Ejercicio de la Buena Muerte y los Ejercicios Espirituales cada año.

En el Reglamento no habló de las mujeres, porque pensaba agregarlas a las Hijas de María Auxiliadora. Pero Pío IX al presentársele el Reglamento, le aconsejó expresa-

mente que las incluyera. “Sin ellas os priváis del más poderoso auxilio”, le dijo.

Aceptó el consejo del Papa aun renunciando a su primer proyecto.

* * *

La Pía Unión recibió la aprobación y alabanza del Papa en una audiencia del 22 de febrero de 1875. Esto animó al Santo a solicitar expresamente las comendaticias de varios Obispos y Arzobispos. Siete se las enviaron inmediatamente y él las hizo servir para pedir y obtener de la Santa Sede algunos favores y privilegios especiales para los Cooperadores. El Breve del 30 de julio de 1875, que concedía estos favores equivalía a un reconocimiento de la Asociación. Pero no se detuvo a mitad del camino; miraba a un *reconocimiento formal* de parte de la Santa Sede. A este fin elevó al Padre Santo una segunda súplica, en la cual, poniendo de relieve la índole de la Asociación, pedía varias indulgencias para los Salesianos y los Cooperadores.

Inmediatamente Pío IX accedió, con otro Breve, del 9 de mayo, y ya no por el trámite del Superior General, sino directamente a la misma “Sociedad o Unión de los Cooperadores Salesianos”. Y aquí ya tenemos la aprobación y reconocimiento explícito, en forma inequívoca. Por lo demás, desde el primer Breve se decía que los Cooperadores Salesianos podían considerarse ni más ni menos que como “Terciarios”.

Con esto ya tenía Don Bosco materia suficiente para emprender una propaganda en grande escala; y la hizo distribuyendo el folletito titulado “*Cooperadores Salesianos*”. Daba noticias de la Asociación, de la bendición del Papa, de las facultades, privilegios e indulgencias, alegando los documentos pertinentes. La hizo también traducir al francés. Así la Asociación se dilató por casi toda Europa y llegó a las naciones americanas.

Para precisar su concepto y alejar la idea errónea de que

la Asociación tenía por finalidad principal flanquear a la Sociedad Salesiana, expresó claramente su concepto de que "el cometido principal de la Asociación es coordinarlos a la Iglesia, es decir, a la Jerarquía, Obispos y Párrocos, con obras de beneficencia, catecismos, educación de los niños pobres, difusión de la buena Prensa y cosas semejantes, haciéndolo con el espíritu salesiano; de modo que ayudar a la Sociedad Salesiana es sólo apoyar una de tantas instituciones como tiene la Iglesia. Por otra parte, es natural que los Salesianos en sus necesidades acudan ante todo a la Asociación, y viceversa. Tanto Don Bosco como Pío IX, decían graciosamente que la Asociación de los Cooperadores era la santa "masonería" católica, para la propia santificación y ajena. Hoy dirían que era "la colaboración del laicado con la jerarquía", como Pío XI, definió la Acción Católica.

Don Bosco dedicó los dos años 1877-78, a consolidar y propagar la Asociación.

II

Eje de la solidez de una institución es la "unidad de espíritu y de acción" entre sus miembros. Para asegurarla creó un órgano mensual: el *Boletín Salesiano*, que nació en 1877 y miraba precisamente a esto: "a mantener la mayor identidad de pensamiento y la mayor armonía de acción en el intento de lograr el fin común". Redactado con sencillez y en tono casi confidencial, creó entre Cooperadores y Cooperadores y entre Cooperadores y Salesianos una atmósfera familiar que favorece grandemente la unidad de miras.

Otro coeficiente de estabilidad debíase a la buena inteligencia con la Autoridad Eclesiástica. Sin ella en la Iglesia se edifica sobre arena. Ahora bien, para introducir en las varias diócesis una organización religiosa con jerarquía propia y para fijarla de modo duradero, había que presentarla de manera que se viera no sólo su utilidad, sino también su legi-

timidad. A esto proveyó el nuevo Pontífice León XIII, que el 19 de marzo de 1878 autorizó a Don Bosco a publicar su encomio y aliento y que deseaba figurara su nombre entre los asociados.

* * *

Elemento eficaz de consistencia era también la "cohesión de la Asociación con la Sociedad Salesiana". Esta soldadura Don Bosco la había asegurado en el primer Capítulo General de ésta, reunido en 1877, cuando la Asamblea legislativa presidida por él e inspirada en la Regla, incorporó el estatuto fundamental de la Asociación en el código de la Sociedad Salesiana.

Para reforzar la trabazón debían contribuir los vínculos morales de diversas clases. Vínculo moral era la observancia de la prescripción reglamentaria que dice: "Al fin de cada año comuníquense a los socios las obras que han de ocupar preferentemente su atención y promover en el sucesivo." Aquí tuvieron su origen las *Circulares anuales* que el Rector Mayor escribe a la Asociación. La primera es de aquel mismo año 1877, y contiene también una mirada retrospectiva a las obras llevadas a cabo el año anterior. Ella sirvió de norma para todas las que han venido desde entonces sucediéndose año tras año. Estas relaciones, que ponen a los miles y miles de Cooperadores al corriente de las obras que se realizan con la colaboración de las tres ramas, le ganaron a Don Bosco y le ganan a la Sociedad cada vez mayores simpatías.

Otra hermosa costumbre, que le valió y le vale muchas simpatías, son los "abundantes sufragios" que en la Sociedad se hacen por los consocios *difuntos*. La piedad para con los finados se excita en el Boletín por medio de los medallones de los más eximios y de las notas necrológicas de todos los demás.

En tercer lugar para las personas piadosas, como son los Cooperadores, son de gran estímulo los abundantes "favores

espirituales" de los cuales pueden disfrutar a la par con los Salesianos. Para mantener vivo su recuerdo, la última página del Boletín traía siempre ese tesoro espiritual de indulgencias que pueden ganarse mes por mes, día por día.

* * *

No poco efecto surtían igualmente las "atenciones y finezas" de que era pródiga la cortesía de Don Bosco: estando de paso en un lugar, no dejaba de visitar a los principales cooperadores, y pudiendo, los reunía a todos en un lugar para saludarlos y darles las noticias de las obras y los planes; la felicitación en los onomásticos y felices sucesos; el pésame en caso de muerte; las cartas gratulatorias en circunstancias especiales. Cuando le mandaban donativos o limosnas, no dejaba de dar cordialmente las gracias, aunque fuera con una esquelita. En muchas ocasiones, sabiendo que hacía cosa grata, obtuvo para sus cooperadores títulos honoríficos de la Santa Sede o de los Gobiernos. En una especie de testamento que dejó a sus salesianos, insertó una serie de cartas escritas en francés, en italiano, en español, con encargo a su Sucesor de mandarlas a su destino, después de su muerte; en ellas les daba las gracias con efusiva ternura por lo que habían hecho por la Congregación y les recomendaba a sus huerfanitos, y terminaba así: "Adiós, amados Bienhechores, Cooperadores y Cooperadoras, adiós, adiós. A muchos no os he podido conocer personalmente, mas no importa; en el Cielo nos veremos y nos conoceremos todos y eternamente nos alegraremos juntos del bien que con la gracia de Dios hayamos podido hacer en esta tierra, especialmente en beneficio de la pobre juventud."

Mientras atendía al *perfeccionamiento y consolidación*, no perdía de vista la *difusión*. Y no aguardaba a que se le hiciera demanda, sino que se adelantaba a hacer conocer la Asociación, sus fines y sus ventajas, y suavemente invitaba a entrar. En todos sus viajes hacía nuevos cooperadores.

Tenía delicadezas que a alguno quizás parezcan infantiles, pero que eran de grandísimo provecho espiritual y se las sabían agradecer. Cuando se vendimiaban las parras que sombreaban su habitación, mandaba los primeros racimos a sus más insignes bienhechores; y lo mismo las fresas de la huerta de Borgo San Martino.

Otro medio eficacísimo de propaganda eran y son las dos "conferencias anuales" prescritas por el reglamento en ocasión de las fiestas de San Francisco de Sales y de María Auxiliadora. Estas reuniones se prestaban maravillosamente a la propaganda, sea porque la entrada a la iglesia era libre, sea también porque se distribuían folletos y hojas de propaganda, que circulaban copiosamente por las familias y oficinas, tiendas y almacenes. De estas conferencias dio el modelo y la entonación en las que tuvo en Roma y en Turín el año 1874. Explicaba bien la idea del Cooperador, pasaba a reseñar algunas de sus obras llevadas a cabo o que se proponía realizar próximamente la Congregación, haciendo resaltar las de carácter local, es decir, del sitio en que hablaba.

Siendo la de Roma la primera, la preparó diligentemente; ante todo escogió una iglesia predilecta de la Nobleza Romana: la de las Oblatas de Tor de Specchi. Se aseguró la intervención de buen número de caballeros y damas, de prelados y de otros sacerdotes. Logró que fuera a presidirla el Cardenal Vicario, Mónaco La Valletta, a quien acompañó el Eminentísimo Cardenal Sbarretti. Repartió una invitación impresa de notas ilustrativas. La presencia del Vicario del Padre Santo no sólo confirió a la reunión esplendor notable, sino también una autoridad que le sirvió para vencer ciertas oposiciones o incomprensiones turinesas. Estas conferencias se multiplicaron por todas partes. Dondequiera que existiese un grupo considerable de Cooperadores, allí los reunía para una conferencia. Ordinariamente invitaba también a los periodistas.

Todas las asociaciones locales tenían sus jefes. Como buen organizador, en cualquier sitio se constituyera un núcleo de

Cooperadores, ordenaba sus cuadros, agrupándolos alrededor de los dirigentes locales, que cuidaran de ellos y fueran los lugartenientes del Rector Mayor, de quien dependían. Por eso allí donde no había casa salesiana, apenas los Cooperadores llegaban a diez, nombraba un "decurión" que podía ser un eclesiástico o también un seglar ejemplar; su nombramiento debía hacerse de acuerdo con el párroco. Donde abundaran las decurias, que naturalmente podían rebasar de diez miembros, escogía un director diocesano, "preferentemente un canónigo nombrado por el Obispo". Esta organización perdura todavía en las diversas naciones, formando los cuadros de la organización mundial.

* * *

Antes que los Cooperadores fueran legiones, al principio de la obra de los Oratorios, el Santo seleccionó a unos pocos: pertenecían a la aristocracia y al comercio; también a algunos sacerdotes. Las principales familias turinesas pertenecieron al grupito. ¿Cómo se los ganó Don Bosco, siendo un pobre sacerdote desconocido? Don Cafasso, consejero y director espiritual de casi todos ellos, lo relacionó; pero la mayor parte se la agenció él en San Ignacio.

Es San Ignacio una casa de Ejercicios situada en un ameno monte de las cercanías de Lanzo Torinese, ya en los Prealpes. Todos los años iba Don Cafasso a darlos, y viendo los buenos servicios que podía prestarle Don Bosco, lo llevó y lo puso al frente de los ejercitantes; y tanto les ayudaba, y tantos servicios les hacía, y tanto lo amaron que casi no podían prescindir de él. Muerto Don Cafasso continuó yendo, y fue director ideal, de todos acatado. Nunca les predicó, pues las conferencias individuales y las atenciones generales no le hubieran dejado tiempo. Pero atendía a todo y a todos. Presidía en la iglesia y en la mesa. Durante la recreación moderada que se permitía a los ejercitantes, se confesaban con él. Las relaciones allí contraídas no se borraban ya

más. De entre estos elementos halló el núcleo de sus primeros Cooperadores Salesianos, llenos de espiritualidad y ansiosos de apostolado. Un cierto señor Spinardi, frecuentador de tales ejercicios, depuso en los procesos: "Don Bosco era nuestro *Lumen Christi*".

Testimonios concordantes exaltan el bien que en los Ejercicios hacía y la afectuosa admiración unánime que lo circundaba. Hablan también de algunos carismas con que el Señor a veces le favorecía para bien de los ejercitantes.

* * *

Quando lanzó el programa de los Cooperadores, ya contaba con un buen número de ellos, lo cual era muy conforme con sus métodos de toda la vida y en todos los órdenes: primero practicar y después a la luz de la experiencia, legislar, para que la legislación no sea ilusoria.

Extendida su fama por el mundo, en todas las naciones tuvo Cooperadores admirables. Basta ver y pensar en los de Francia y España. Y en todas partes procuró que su organización fuese perfecta.

En los últimos años de su vida, uno de los pensamientos que le dominaban era atraer al seno de la Pía Unión el mayor número posible de personajes influyentes. Todavía en mayo de 1886 hizo expedir a todos los Obispos de Italia la colección completa del *Boletín Salesiano* y el Diploma de Cooperador a los que aún no lo tenían. Era como el extremo saludo a ese glorioso episcopado italiano con el cual tanto había trabajado y sufrido y al cual deseaba que la Sociedad Salesiana estuviera indisolublemente unida, como deseaba que estuviera en dondequiera, porque su fe le hacía ver en la Jerarquía el lazo indisoluble que une el Cielo con la Tierra. Los pastores recibían con agrado el envío, le daban expresivas gracias y se encomendaban a sus oraciones, ellos y sus diócesis.

Quando dejó la tierra por el Cielo, dejó en herencia a su

Sucesor una numerosa, compacta y providencial organización. Esta consistencia se reveló en el plebiscito de simpatía y cordialidad que rodeó inmediatamente a su sucesor, Don Miguel Rúa. El conde de Maistre, en nombre de su familia, reflejando el sentir de otros muchísimos, le escribía: "Pongo en S. R. todo el reverente afecto que teníamos para con el Padre. Nosotros lo mirábamos como a nuestro Padre. En nuestra vida no había alegría, preocupación o tristeza que no se la comunicáramos a él. Haremos lo mismo con Su Reverencia."

Don Rúa, que había visto con sus propios ojos el surgir y el crecer de la institución, expone así las miras que tuvo Don Bosco al crearla, organizarla y difundirla: "Tres cosas especialmente tuvo él como mira: *Satisfacer a un deber de gratitud* —que el sentía muy vivo— para con sus bienhechores, haciéndoles partícipes de todos los tesoros espirituales de la Sociedad Salesiana; *animar* a todos a *la perseverancia* en las buenas obras, aumentando siempre su número; unir a sus *Cooperadores y Cooperadoras* constituyéndolos como otros tantos auxiliares del propio párroco, y mediante él, del propio Obispo, y así, otros tantos hijos devotos del Jefe Supremo de la Iglesia. El triple objetivo lo alcanzó, como bien lo muestran luminosamente los hechos. Fundada la Acción Católica en todas partes, los Cooperadores han sido columnas básicas de ella. Es un ejército que en todas partes flanquea la acción salesiana y por medio de ella está a las órdenes de la Santa Iglesia, trabajando por un mundo mejor, por establecer en el mundo el reinado de Jesucristo.

CAPÍTULO XLII

Don Bosco diplomático

I

Quizá alguien sonreirá al ver el rótulo de este capítulo. Y tendría razón; parecen términos antitéticos Don Bosco y diplomacia. Y, sin embargo, Don Bosco fue un verdadero diplomático, como lo fueron, por ejemplo, San Bernardo y Santa Catalina de Siena.

Es que hay diplomacia y diplomacia. Y la sinceridad y buena fe se compaginan muy bien con la diplomacia. Don Bosco tenía todas las cualidades para ser un buen diplomático: simpatía personal, erudición, don de gentes, habilidad, sangre fría o serenidad, agudeza de ingenio y prontitud de espíritu, y tuvo ocasiones oportunas, porque se las presentó el Señor.

Desde 1860 a 1870 tuvo Italia una enredada serie de acontecimientos a consecuencia de los manejos para elaborar su unidad política y administrativa: reyes destronados, duques y condes expulsados de sus dominios y hasta la misma Santa Sede atacada en sus Estados temporales. Don Bosco, ya entonces conocido y apreciado por los elementos de la Santa Sede y del Gobierno piemontés, tuvo ocasión de prestar a entrambos grandes servicios, sirviéndoles de intermediario, unas veces privado, otras oficioso. De la larga y múltiple correspondencia por él sostenida con ministros y con otros personajes, poco conservó él, por razones de pruden-

cia, aunque más tarde le pesara. Bastante, y mucho, se sabe sin embargo, por Don Álbera, su segundo sucesor, que, entonces joven clérigo en el Oratorio, le copiaba las cartas con su letra caligráfica.

Don Bosco era un hombre positivo y ecuánime. Miraba los acontecimientos sin dejarse hundir en pesimismo sinietros ni mecer en ilusiones peligrosas o falaces. Y en esta visión objetiva de las cosas se inspiró para su labor en momentos extremadamente difíciles y en asuntos sumamente delicados.

Así se portó con Francisco II, ex rey de Nápoles, que, huésped de Pío IX, esperaba todavía volver a su trono. Fue a ver al Santo, en la seguridad de que confirmaría sus esperanzas. Una palabra suya hubiera pasado por una profecía y habría alentado a sus partidarios a la resistencia. En la primera entrevista Don Bosco eludió la respuesta; pero requerido de nuevo, le dijo claramente que perdiera toda esperanza y ofreciera a Dios el sacrificio. Y esto se lo confirmó a la consorte, quien lo llevó bastante a mal.

Con igual franqueza le habló a Pío IX. En junio del 65 le hizo llegar por manos del marqués de Scarampi una carta en que le decía se preparase al sacrificio de su querida Roma. El Papa quedó tanto más impresionado cuanto parecían disipadas las nubes que amenazaban el horizonte, y Napoleón III se mostraba dispuesto a garantizarle la posesión de las provincias que aún le quedaban. Don Bosco, estudiando bien las cosas, creyó su deber disponer el ánimo del Pontífice. Natural o sobrenaturalmente preveía los acontecimientos futuros; y así, cuando en 1870 sobrevino la toma de Roma, recibió la noticia como quien la aguardaba ya.

* * *

Este sentido realístico le sirvió para prestar a la Iglesia y al Estado servicios de incalculable valor.

Cuando las tropas piemontesas se acercaban victoriosas a Roma, el Papa estaba perplejo sobre si debía permanecer

en la ciudad o salir de ella. Casi todos los Cardenales le aconsejaban esto último, esperando que, como en el 48, la tormenta sería pasajera. Antes de tomar una decisión quiso consultar con Don Bosco, y éste le contestó, dictándole a Cagliero la respuesta que el mensajero debía llevar (la expresa en lenguaje bíblico): "El centinela de Israel permanezca en su puesto y guarde la roca de Dios y el Arca Santa."

Y Pío IX permaneció en Roma, revocando las disposiciones que ya se habían tomado para la partida. Y no le pesó.

Pero éstas no eran sino manifestaciones ocasionales; deliberadamente seguía el curso de los acontecimientos, con criterio de historiador y ánimo de sacerdote, mirando al bien de las almas, en lo cual pudo aprovechar largamente el favor y la confianza de que gozaba en las esferas oficiales. Porque, al trasladarse la capital del Reino a Florencia primero y luego a Roma, varios ministros se acordaron de él para valerse de su cooperación en las difíciles relaciones con la Santa Sede, que eran muy tirantes, por lo que se perjudicaban mucho los intereses religiosos más vitales de los italianos. Sagaces como eran estos hombres, su sectarismo no llegaba hasta desconocer el valor inmenso de la Religión en la economía de los pueblos.

Basta decir que hubo un período en el que cuarenta y seis diócesis estaban vacantes por muerte o por dimisión de sus pastores, y no se veía cómo podía arreglarse aquello: a diecisiete Obispos ya nombrados por el Papa se les prohibía la entrada en sus sedes; había cuarenta y cinco Obispos en el destierro. Eran, pues, ciento ocho los rebaños sin Pastor y eso en un tiempo en que más urgía la asistencia espiritual. Las poblaciones estaban disgustadas y el malestar cundía, y al amparo suyo la corrupción y la disolución social. La necesidad de hallar una vía de salida se imponía. Veíalo tanto el Gobierno como la Santa Sede.

Ante espectáculo tan desolador, sangraba el corazón de Don Bosco. Rezando y haciendo rezar, en 1865 se sintió inspirado a intentar una mediación. En primer lugar, pi-

diendo permiso al Papa, se dio a sondear las disposiciones de algunos ministros. En esto le ayudaron hombres muy bien situados y de recta conciencia.

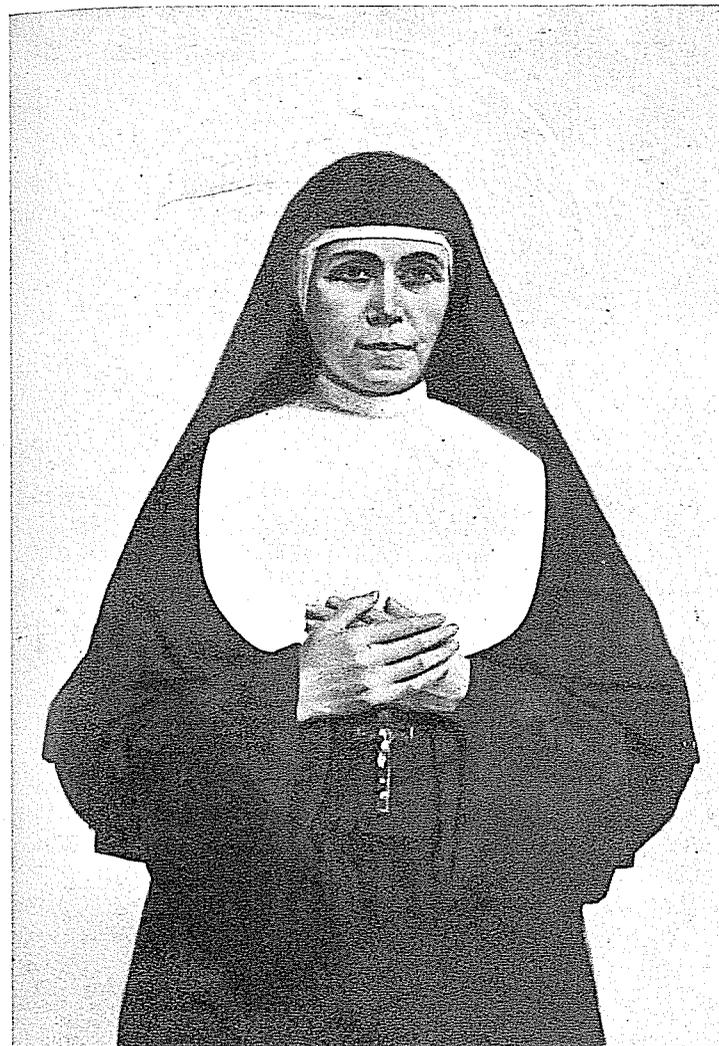
* * *

Halló en Don Emiliano Manacorda —sacerdote a quien él había aconsejado ir a Roma y seguir la carrera diplomática— un buen enlace. Y éste fue aprovechado inmediatamente. Por su conducto pudo el Papa enviar una carta cordialísima al rey Víctor Manuel, animándolo a intervenir con sus ministros. Lo llamaba “dilectísimo hijo” y le decía que deseaba entenderse con él para remediar las tristísimas condiciones de los católicos italianos, que eran casi toda la nación. Sólo le pedía que le mandara un seglar concienzudo, antes que un sacerdote dudoso. (Recuérdese el consejo de los teólogos de la Corte cuando la ley de desamortización.)

Ante este acto paterno no se mostró insensible el Rey, a quien no le gustaba estar en disidencia con el Papa. Desde Florencia le contestó prometiéndole mandar a Roma a un seglar de toda confianza; luego, hablar con los ministros. Afortunadamente dio con Juan Lanza, ministro de Gobierno y Presidente del Consejo de Ministros. Éste llamó a Don Bosco el 17 de marzo, y el buen Padre partió en el acto. Inmediatamente se vieron los resultados: la elección de la persona que debía enviarse a Roma, que fue el diputado Vegezzi, no menos eminente abogado que excelente cristiano, y las magníficas instrucciones que se le dieron, señal de la buena voluntad del Gobierno italiano.

II

El Papa recibió al enviado con gran bondad. Las negociaciones, ni breves ni fáciles, se desarrollaban con éxito feliz, cuando no se sabe cómo las logias masónicas se dieron cuenta de las relaciones entabladas y montaron una terrible cam-



Santa María D. Mazzarello, cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora o Salesianas de Don Bosco. Nació en Mornese en 1837 y murió en Niza Monferrato en 1884. Fue la última persona beatificada por Pío XI. Pío XII la canonizó en 1950. Entre sus dotes sobresalieron la humildad y el don de gobierno.

paña de prensa y calle contra el Gobierno y soliviantaron al Parlamento contra el Ministerio. Los tumultos callejeros dieron asidero a los ministros anticlericales para acentuar su oposición. Lanza estuvo a punto de dimitir. Y las cosas quedaron como antes.

Don Bosco quedó afligido, mas no desalentado. Durante el año 1866 la guerra contra Austria ocupó casi todas las actividades de los gobernantes. Al empezar las hostilidades, la mayor parte de los Obispos desterrados pudieron volver a sus diócesis; de modo que la cuestión de los obispados se simplificaba, quedando por resolver sólo los nuevos nombramientos. Después de la paz de Viena se reanudaron las gestiones por voluntad del Rey.

También esta vez el elegido era un perfecto caballero, el pinerolés Tonello, profesor de Derecho Canónico y Romano en la Universidad de Turín. Pero como Pío IX no se fiara de las promesas del Gobierno, se buscó un mediador oficioso entre Tonello y la Santa Sede; y debiendo ser persona grata a las dos altas partes contratantes, la elección recayó sobre Don Bosco. Inmediatamente fue llamado con urgencia por el nuevo Presidente del Consejo, honorable Ricásoli, a Florencia, donde estaba la capital provisional.

Esto sucedía a principios de diciembre de 1866. Don Bosco aceptó, pero hizo el viaje sin prisa, llegando tan sólo el 12. Como en los años anteriores, el Arzobispo Lamberti le ofreció hospitalidad en su palacio. La noticia de su llegada se difundió como un relámpago, porque en los ambientes aristocráticos contaba con numerosos amigos y admiradores, que se preocupaban entonces mucho por la erección de la iglesia de María Auxiliadora. El ministro, apenas supo su llegada, le mandó decir que lo esperaba.

Don Bosco fue al palacio del Gobierno. El ministro se adelantó a recibirlo. Mientras se encaminaban a la mesa de trabajo, Don Bosco le dijo con la mayor naturalidad y sencillez, aunque no sin cierta gravedad sonriente:

—Excelencia, sepa que Don Bosco es sacerdote: sacerdote

en el altar, sacerdote en el confesonario, sacerdote en medio de sus chicos; y como es sacerdote en Turín, lo es en Florencia; sacerdote en la casa del pobre y sacerdote en la casa del rey y de los ministros.

Con igual cordialidad y cortesía le respondió Ricásoli que estuviera tranquilo, porque serían respetadas su condición y sus convicciones. Y dicho esto, se sentaron y entraron en materia.

Sobre el mismo tema estaban tratando los ministros en gabinete con el Rey. De pronto Ricásoli fue llamado y rogó a Don Bosco lo esperara. La demora duró una hora. Al volver comunicó a Don Bosco que no había dificultades para la elección de los Obispos, pero que antes de tratar con la Santa Sede convenía que ésta procediera a una nueva demarcación eclesiástica y a abolir varias diócesis pequeñas. Respondióle Don Bosco que esto sería para él como darle consejos al Papa; que aconsejaba al Gobierno no insistir en cuestiones que le hacían poco honor en el extranjero, donde todos tenían entonces los ojos puestos en Italia. Que si el Gobierno insistía en que él, Don Bosco, hiciese esa propuesta, prefería renunciar al honroso cargo de mediador. Ricásoli entonces pidió permiso para ir a tratar del asunto con el gabinete y a los pocos minutos volvió con una respuesta satisfactoria. Así Don Bosco iría a Roma y ayudaría a Tonello a desenvolverse en aquel asunto de las diócesis vacantes, que realmente era un grave problema de política interna, que afectaba a toda la nación italiana e intrigaba la curiosidad de las otras naciones.

* * *

En aquellos días que pasó en Florencia sucedió un episodio que aumentó la fama y santidad de que ya gozaba.

Hallábanse visitando el colegio de los Padres Somascos, cuando se presentó la noble condesa de Uguccioni, corriendo como alocada. Venía llorando y diciendo que se le

había muerto el niño que tiernamente amaba, y que fuera a resucitarlo. Don Bosco, para calmarla, salió en su compañía. El chiquitín estaba rígido en su camita. Todos decían que había muerto. El Santo invitó a los presentes a arrodillarse; rezó con ellos una oración a María Auxiliadora y dio la bendición al cuerpecito. Al sonido de su voz la criaturita, como despertándose de un profundo sopor, abrió la boquita, movió los párpados sobre los ojos vítreos que se reanimaron, respiró profundamente y movió todos los miembros; había recobrado movimiento y vida; sonrió a su madre; estaba sano. La condesa se convirtió en una de las mayores cooperatoras salesianas. Don Bosco, años más tarde, interrogado en la intimidad por los suyos, describió con sus detalles el hecho, añadiendo humildemente:

—Tal vez no estaba muerto.

Durante su estancia en Florencia despachó gran cantidad de asuntos, pasando de un ministerio a otro con el fin de poder lograr subvenciones para sus huerfanitos, ropas, reducciones en las tarifas ferroviarias... En el Oratorio estaban admirados de la premura con que llegaban esos favores, por conducto del gobernador, señal de la grande estima en que se tenía al amado Padre. Trabajó para aumentar allí las suscripciones a las *Lecturas Católicas*, dejó en camino una colecta entre las damas de la Nobleza para adquirir un juego de seis colosales candelabros destinados a la iglesia de María Auxiliadora y constituyó un comité de madres cristianas para la erección, en la misma, de una capilla a Santa Ana.

No siguió inmediatamente a Roma, sino que por Boloña y Guastala, volvió a Turín. Era Obispo de Guastala Monseñor Rota, a quien, desterrado de su diócesis, había dado hospitalidad durante seis meses en el Oratorio y que a la sazón andaba inquieto por algunas divergencias con las autoridades civiles. De paso se las allanó.

III

No extrañemos la lentitud del Santo en trasladarse a Roma. Lo exigía la prudencia. Él se mantenía en continua correspondencia por medio de sus enlaces; daba y recibía pareceres, esperaba instrucciones, por último la orden de ir. Tonello, entretanto, había iniciado sus gestiones. Desde la primera audiencia quedó prendado de la amabilidad de Pío IX. El Gobierno había reducido al "mínimum" sus pretensiones; pero aún exigía que se le reconociera el derecho de presentar los candidatos y de que éstos vinieran obligados a presentarle las Bulas.

Las negociaciones se habían entablado en la Secretaría de Estado. El Cardenal Antonelli las planteó sobre estas bases: ningún obstáculo a la presentación de los candidatos para los Obispos del Piamonte y de la Lombardía; ningún acuerdo para los de las otras regiones y muchísimo menos para las de los territorios pontificios; nada de presentar las Bulas. Don Bosco, informado de todo, lo sintió, viendo que las cosas tomaban mal sesgo. Afortunadamente pronto lo llamó Pío IX. Partió inmediatamente; era el 7 de enero de 1867. Importaba mucho mantener el secreto. Ahora bien, para asegurarlo le servía a maravilla el tener que tratar ciertos asuntos particulares importantísimos.

Curiosa fue la primera pregunta que a quemarropa le hizo el Pontífice apenas le tuvo delante:

—¿Con qué política os desenredaréis en medio de tantas dificultades?

—Con la política del Padrenuestro, que también es la de Vuestra Santidad —le respondió Don Bosco—. Lo que realmente importa es la dilatación del reino de Dios sobre la Tierra, como pedimos precisamente en la oración dominical.

Al Papa le agradó la respuesta.

Pasó a exponerle su modo de ver las cosas: ninguna dis-

tinción entre provincias y provincias; que el Gobierno formara una lista de candidatos, otra la Santa Sede; que el Papa nombrase sin más a los que estuvieran en ambas listas, destinándolos a diócesis sobre las cuales no hubiese dificultades. No era todo; más aún, no era mucho; pero era una base. Pío IX aprobó la sugerencia y le autorizó para que hiciera las oportunas gestiones.

Durante algunos días Don Bosco no hacía sino ir de Tonello al Vaticano, del Vaticano a Tonello. Al Secretario de Estado no cesaba de repetirle que había que dar el primer puesto al lado religioso de la cuestión y no al político. En Tonello encontraba grande flexibilidad, secundada por su Gobierno que, sin embargo, insistía sobre la presentación de las Bulas. Finalmente se llegó al acuerdo conforme las sugerencias de Don Bosco. Entonces Pío IX ordenó preparar una lista de sacerdotes dignos, sin tener en cuenta a qué parte de Italia pertenecían, encargando al mismo tiempo a Don Bosco presentarle la lista de los que creyera más aptos para las diócesis del Piamonte. Otro tanto hizo por su cuenta el Gobierno italiano. El Rey manifestó el deseo de que fuese trasladado a Turín Monseñor Ricardi, de los Condes de Netro, y el Papa accedió a ello.

La lista gubernativa contenía sesenta nombres, de los cuales algunos, demasiado conocidos, el Papa los rechazó sin más, y de los otros encargó a Don Bosco informarse. También el Gobierno rechazó *a priori* algunos candidatos de la Santa Sede y en cuanto a algunos otros, sólo opuso reparos respecto a las sedes. En un principio el Padre Santo opuso algunas observaciones; mas luego aceptó el parecer de Don Bosco, dando su beneplácito a varios de los candidatos del Gobierno; más aún, sabiendo que sería cosa grata a Víctor Manuel, dispuso que Monseñor Nazari de los Condes de Calabiana fuera promovido de Casale a Milán. Agradeció la lista de los sacerdotes que para Piamonte le presentó Don Bosco, quien al frente de todos había puesto el nombre del canónigo Lorenzo Gastaldi para la diócesis de Saluzzo,

En todo esto, Tonello se portó como un leal caballero cristiano, venciendo resistencias ministeriales y teniendo muy en cuenta las sugerencias y consejos de Don Bosco. Finalmente, en el Consistorio del 27 de marzo fueron preconizados treinta y cuatro Obispos, que tomaron pacífica posesión de sus diócesis, contentándose el Gobierno con que le notificaran la preconización.

El número se habría aumentado si Ricásoli no hubiera dimitido; lo cual puso término a la misión de Tonello. El secreto con que se llevaron las gestiones sirvió mucho; pero el resultado, aunque incompleto, muy visible, alarmó a las sectas, omnipotentes entonces, y éstas alarmaron al mundo liberal, y esta alarma hizo graznar las ocas del Capitolio, con las consecuencias que es fácil adivinar.

Inmensa pena sentía Don Bosco viendo aún unas sesenta diócesis privadas de sus pastores. Buscaba el modo de hacer valer de nuevo su obra mediadora. Pero el tiempo pasaba sin que se le presentase la oportunidad, hasta que el 13 de mayo de 1871 la "ley de las garantías" le abrió un resquicio. En efecto, en virtud del artículo 15, el Gobierno "renunciaba en todo el reino al derecho de nómina o presentación en la colación de los beneficios mayores". También había vuelto Lanza a la presidencia del Consejo de Ministros. Don Bosco le ofreció inmediatamente su mediación confidencial ante la Santa Sede para arreglar este asunto. Lanza aceptó y por conducto del gobernador de Turín le rogaba se presentase en Florencia pasados dos días.

Don Bosco partió aquel mismo día, que era el 22 de junio de 1871. Al presentarse al ministro creyó conveniente hacerle de nuevo esta declaración:

—Excelencia, usted sabe cuánto deseo el bien de la Iglesia y del Estado. Usted conoce a Don Bosco y sabe que si soy ciudadano, ante todo soy sacerdote católico.

Ricásoli tratóle con la mayor cortesía.

El mismo día y en el mismo tren partieron los dos para Roma.

* * *

Esta vez Don Bosco se presentaba al Papa sin ser llamado. De todo el mundo acudían gentes a Roma, porque Pío IX cumplía el vigésimoquinto año de Pontificado y, caso único, alcanzando los años del Pontificado Romano de San Pedro. Con tantos peregrinos quedaba bien disimulada su presencia. Pronto se presentó al Papa, que oyéndole describir la desolación de las diócesis privadas de pastores, se conmovió hasta derramar lágrimas y le dio carta blanca para tratar con los ministros. Cuando vio que las cosas iban bien encaminadas, le dio el encargo de prepararle una lista, que él aprobaría sin más. Este acto de confianza le costó mucho a Don Bosco, porque le obligó a tomar informes de todas las regiones y conferenciar con muchos sacerdotes. Para mejor lograrlo se retiró por algún tiempo a Nizza Monferrato, a casa de la condesa Corsi, cuya munificencia prestó grandísimo servicio a la Iglesia; hubo día que almorzaron con Don Bosco dieciocho vicarios generales o capitulares; combinó así un número considerable de sujetos elegibles, y desde Turín le mandó al Papa la lista.

* * *

A primeros de septiembre una nueva llamada del ministro le puso alas en los pies.

Aunque estaba de Ejercicios en Lanzo, partió sin demora, diciendo a los superiores que si alguien preguntaba por él dijeran que había ido a ver a un enfermo grave... Hay enfermedades y enfermedades.

Apenas llegado, entró en acción. El Gobierno vacilaba sobre ciertos nombramientos y quería conocer el parecer de Don Bosco, cuya opinión tenía en mucho.

Fue en esta ocasión cuando, viniendo a quedar vacante la archidiócesis de Turín, le manifestó al Papa deseo de que

nombrase para ella a Monseñor Gastaldi, Obispo de Saluzzo. Pío IX era de distinto parecer, pero le dijo:

—Pues lo queréis, os lo doy.

Como es costumbre entre amigos entrañables, Don Bosco le dio al Obispo de Saluzzo la primera noticia. ¿Qué reacción se produjo en el Prelado? Ha sido un misterio inexplicable.

En el Consistorio del 27 de octubre el Padre Santo proveyó cuarenta diócesis, declarando en la alocución que en todo no deseaba ni buscaba otra cosa que el bien de las almas. Todo inducía a pensar que los preconizados entrarían sin dificultad en posesión de sus sedes. Pero surgió una dificultad. Según lo acordado, los preconizados notificaron al Ministerio sus nombramientos y presentaron sus Bulas a los Cabildos catedralicios; pero el nuevo ministro de Justicia pretendió que se las presentaran al Ministerio. Por esto los nuevos Obispos no tuvieron ni palacio, ni prebenda; de modo que tuvieron que ir a vivir en los Seminarios o en una pensión. Don Bosco, en saliendo de una gravísima enfermedad que puso en peligro su vida, escribió sobre ello una hermosísima carta a Lanza, refrescándole el recuerdo de su amor a la Iglesia y a la Patria y poniéndose a su disposición para todo lo que creyera conveniente encargarle. Envió también un memorial de carácter jurídico al ministro de Gracia y Justicia, mostrándole como carentes de fundamento sus pretensiones sobre la presentación de las Bulas. Por su parte el Papa le mandó una afectuosa carta agradeciéndole cuanto hacía por la Iglesia, aunque los resultados no fueran todavía del todo satisfactorios.

El Santo continuó trabajando con secreto, prudencia y celo para que estas condiciones mejorasen; pero cuando las cosas andaban bien encaminadas, los sabuesos de la masonería se dieron cuenta y levantaron de nuevo la polvareda, difamándolo en la prensa y recurriendo a los atentados. En su defensa salió el noble abate Bardesono de los Condes de Rigris, con la publicación de un vibrante opúsculo, que difundió por todas partes hasta haciéndolo vocear por las calles.

Pero se hizo de todos modos necesario dejar que se calmara un poco la efervescencia sectaria y callejera. Cuando hubo de ir a Roma en febrero de 1873 por los asuntos de la Sociedad Salesiana, se propuso poner de nuevo sobre el tapete la cuestión de las temporalidades de los Obispos y dignidades eclesiásticas. Tuvo largas entrevistas con el Papa, con el Cardenal Antonelli, con los ministros; en una de ellas seis ministros le pusieron reparos y objeciones durante una hora, al cabo de la cual salió cansadísimo, pero satisfecho. Apoyándose en el brazo de su secretario Don Berto, le decía, mientras bajaban la escalinata:

—Eran seis, todos tratando de acorralarme a fuerza de ratiocinios. ¡Pobre Lanza, que debe entenderse siempre con ellos! Pero les gustó el modo de razonar de Don Bosco, porque en lugar de perderme en sutiles razonamientos, les hacía ver prácticamente las consecuencias que se derivarían de este o aquel principio.

* * *

Dos años antes había rogado al ministro que, de extenderse en Roma y su provincia la ley de supresión de Órdenes Religiosas, se respetasen las Casas Generalicias, la comunidad religiosa de Tor de Spechi, las Hermanas de la Caridad de Bocca della Verità y la de Trinitá dei Monti. La ley se extendió en 1873. Ya en el mes de febrero el ministro le comunicó que había logrado salvarlas todas, aunque luchando mucho, menos la de los Jesuítas.

En julio cayó el Ministerio Lanza, sucediéndole el de Minghetti. Don Bosco se apresuró, con permiso del Cardenal Antonelli, a ponerse en comunicación con él. El presidente contestó prometiendo “pronta y categórica respuesta”; pero como en octubre ésta aún no había llegado, escribió directamente al de Gracia y Justicia, Vigliani, poniéndole al corriente de todo, y anteponiendo esta declaración: “Como sacerdote amo la Religión; como ciudadano deseo hacer

cuanto pueda por el Gobierno." El ministro le contestó a vuelta de correo: "Nadie está animado de mayor buena voluntad que el Presidente del Consejo y yo para hallar manera de hacer cesar, o por lo menos atenuar, las condiciones en que se encuentra el Episcopado italiano. A usted, excelente sacerdote, ruégole emplee todos sus buenos oficios para persuadir a la Santa Sede a que suministre al Gobierno los medios indispensables para conciliar la observancia de la ley —superior a la voluntad de todos los ministros— con todas las facilidades posibles para la concesión del regio "Exequatur". ¿Por qué todos los Obispos no han de hallar modo de hacernos llegar siquiera el trasunto de sus Bulas, por medio de sus cabildos o de los alcaldes locales o de otra persona de su confianza, sin asumir aspecto de postulantes? Yo no acierto a ver en ello nada, absolutamente nada, que ofenda a nuestra santa Religión. A usted le expongo mi manera de pensar y confío en su colaboración para hacer las cosas bien."

He aquí un elemento precioso que Don Bosco no vaciló en hacer valer ante quien tenía la responsabilidad. Y antes de finalizar el año creyó oportuno volver a Roma antes de que los diputados y senadores terminaran sus vacaciones de Navidad. Inmediatamente reanudó las visitas al Cardenal Antonelli y al ministro Vigliani. El Papa lo recibió el 5 de enero de 1874. Durante muchos días no hacía más que ir del Papa a los ministros. El 15 de enero pudo decir a la buenísima familia Sigismondi, en cuya casa se hospedaba:

—La cosa está terminada. El lunes se comienza a expedir las Bulas a los Obispos, si el demonio no mete la cola.

* * *

"¿Si el demonio no mete la cola!" Parece que lo presintiera. Precisamente en aquellos momentos entraba en escena el enemigo de todo bien. Por medio de un ex cura (que más tarde volvió al redil y que fue a terminar sus días junto a la tumba de Don Bosco), la logia masónica de Roma le se-

guía los pasos, tratando de averiguar qué significaba ese continuo ir del Vaticano al Ministerio y del Ministerio al Vaticano. Y a una palabra de orden estalló el acostumbrado alboroto en la prensa y en las calles. Tomó una forma especial: alabanzas a Don Bosco y golpes sin compasión al Ministerio, que se servía de él para intentar la imposible conciliación del Estado con la Iglesia. Por otra parte, del lado opuesto, no menos peligroso —otros órganos, que ciertamente no tomaban inspiración en las logias, pero que tampoco obedecían como debieran a la Jerarquía, como la *Voce della Verità*, y el *Osservatore Cattolico*, de Milán, portavoces ambos de la intransigencia, se lanzaron con violencia inaudita contra Don Bosco, calificándolo de "fariseo" de "beocio piamontés". Don Bosco presentóse al Papa, con un ejemplar de ellos en la mano, rogándole que, si había de continuar las gestiones se llamara al orden al corresponsal romano en Milán. Pío IX se llevó un gran disgusto, y dijo casi con lágrimas:

—¿Qué queréis? Ciertos católicos no obedecen ni siquiera al Papa.

Uno de aquellos días de escándalo estaba en una sala del Ministerio esperando de Vigliani la última palabra. Varios diputados, entre ellos Crispi, se le acercaron llenos de curiosidad por saber —dice el mismo Santo— qué clase de "bicho raro" era ese Don Bosco. Mientras se entretenía con ellos amablemente, apareció Vigliani; pero apenas había empezado a saludar, lo llaman por un asunto urgentísimo. Poco después volvió demudado, con un telegrama en la mano, y diciendo:

—El asunto de los Obispos se va a pique. Bismarck, asombrado de que estemos "tratando misteriosamente con un cura", amenaza con la indignación imperial si se prosigue dando pasos hacia una conciliación. Eran los días álgidos del Kulturkampf y de la lucha contra el Papa.

Así terminó trágicamente por entonces este asunto. Mas no todo estaba perdido. Mucho se había logrado. Y el que se estaba gestionando se fue allanando poco a poco, si bien por

el momento, como era inevitable, empeoró. Dos años después, y siguiendo el criterio de Don Bosco, los Obispos elevaron al Padre Santo una súplica para que les permitiera arreglar el asunto de las Bulas mediante una fórmula que salvaguardara los derechos de la Iglesia. La Sagrada Congregación de la Inquisición respondió que eso podía tolerarse en vista de las especialísimas circunstancias. Don Bosco dio por ello infinitas gracias a Dios.

Pero sobre todo, quedó en el aire flotando la idea de la Conciliación. Y no sólo la idea, sino hasta ciertas modalidades prácticas. Don Bosco había aprovechado sus estancias en Roma para estudiar a fondo todo lo que se rozaba con estos asuntos; se había puesto en relación con eminentes teólogos y juristas y llegaron a concretar algunas conclusiones o propuestas, que a su tiempo tuvieron feliz aplicación, especialmente durante los pontificados de San Pío X y de Pío XI (1).

(1) De estos asuntos se ocuparon entonces abundantemente los diarios austriacos, alemanes y franceses, llevando la voz cantante el *Allgemeine Zeitung*.

CAPÍTULO XLIII

En el Concilio Vaticano

I

Uno de los hechos más grandiosos que distinguieron el pontificado de Pío IX fue el Concilio Vaticano, abierto el 8 de diciembre de 1869 y suspendido el 18 de julio de 1870 por el estallido de la guerra franco-prusiana. De los diecinueve Concilios Ecuménicos precedentes, sólo dos lo aventajaron en número de Padres, y ninguno en número de Obispos. El tema que mayormente llamó la atención del mundo fue el de la infalibilidad pontificia, tanto que algunos creyeron que era el verdadero motivo de la convocación. En realidad el Pontífice ni siquiera lo había incluido entre los "esquemas" referentes a la constitución de la Iglesia. Llamábanse "esquemas" los temas o argumentos propuestos al estudio y deliberación de los Padres. Alguna indiscreción o publicación intempestiva por parte de algunos órganos de la prensa católica, haciendo votos porque fuera definida la infalibilidad del Papa en materia de fe y costumbres, suscitó la atención y levantó polémicas, algunas bastante apasionadas. Dentro y fuera del Concilio se constituyeron dos corrientes o partidos, uno a favor y otro en contra de la oportunidad de dicha definición. De la oportunidad, porque en cuanto al fondo doctrinal estaban todos de acuerdo, salvo rarísimas excepciones. Los opugnadores, a fuerza de decir que era inoportuna la definición, la hicieron necesaria, según la afortunada frase

del Arzobispo de Malinas: *Quod inopportunum dixerunt, necessarium fecerunt.*

Gran corifeo de la oposición era Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleáns. De viaje para Roma se detuvo en varias ciudades del Piamonte para visitar a algunos Obispos y ganarlos a su causa. Lo secundaron los Obispos de Biella, Ivrea, Pinerolo y el Arzobispo de Turín. El de Saluzzo, Monseñor Gastaldi, no se pronunció; pero antes de partir para Roma bajó al Oratorio y tuvo un largo coloquio con Don Bosco, al parecer con buenos resultados.

El Santo seguía atentamente el desarrollo de la controversia, tanto más que la prensa la agitaba fuertemente. Desde el 24 de octubre veía la luz pública un periódico titulado *Concilio Ecuménico*, órgano de los antioportunistas y fautor de los mismos negadores de la infalibilidad. Al otro lado la *Unitá Cattolica* rompía lanzas contra ellos, bajo la hábil dirección del gran polemista Margotti. Don Bosco ordenó oraciones y plegarias especiales por el feliz éxito del Concilio.

En Roma, sobre setecientos setenta y cuatro Padres, un centenar eran antioportunistas y trabajaban mucho para atraer prosélitos. Los Galicanos de Francia temían que la definición menoscabase la dignidad de los Obispos; otros, en diversos sitios, como Berlín y Viena, que se centralizara demasiado el gobierno eclesiástico; otros, que se agudizara la tirantez entre el Oriente y el Occidente; para otros, aquello era un desafío al siglo XIX, que levantaría en todas partes una reacción contra la Iglesia y protestas de los Gobiernos y de Cultura (así, con mayúscula). Algunos, cinco tal vez entre los Padres, no sólo no querían la definición entonces, sino que negaban la infalibilidad. Fuera del Concilio algunas grandes plumas, como Dollinger en Alemania, Gratry en Francia y Lord Acton en Inglaterra escribían en este último sentido. Todo esto era dar razón al Arzobispo de Malinas.

* * *

Tal era la situación la víspera del Concilio, que debía abrirse el 6 de enero. Ahora bien, aquella noche tuvo Don Bosco un sueño o revelación, que interesaba a Italia, a Francia y al Concilio. Solemne es el exordio con que encabeza el Santo su relación: "Dios solo lo ve todo, lo conoce todo, lo puede todo. Dios no tiene pasado ni futuro; a Él todo le está presente como en un punto solo. Nada hay oculto para Él; ni distancia de lugar o de persona. Él solo, en su infinita misericordia y para su gloria, puede manifestar las cosas futuras a los hombres." Entrando en materia, dice:

"La víspera de la Epifanía del año en curso 1870 desaparecieron todos los objetos materiales de mi aposento y me encontré ante la consideración de cosas sobrenaturales. Fue cosa de breves instantes, pero se vio mucho. Aunque de formas y de apariencias sensibles, no se pueden comunicar sino con gran dificultad. Una idea la da cuanto sigue. Aquí está la palabra de Dios acomodada a la palabra del hombre..."

En el punto central, entre las predicciones sobre el porvenir de París y de Roma, se interpone lo concerniente al Concilio. Es un aviso estimulante al Papa: "Ahora la voz del Cielo al Pastor de los pastores. Tú estás en la gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no para un momento; estudia y pone por obra todas sus artes contra ti. Sembrará discordia entre tus asesores, suscitará enemigos entre mis hijos. Las Potencias del siglo vomitarán fuego y querrian que las palabras fuesen ahogadas en la garganta de los guardianes de mi ley. Esto no será. Harán mal, mal a sí mismos. Tú, acelera; si no se resuelven las dificultades, córtalas. Si sufrieres angustia, no te detengas, continúa hasta que se haya cortado la cabeza a la hidra del error. Este golpe hará temblar la Tierra y el Infierno; pero el mundo estará en salvo y todos los buenos se alegrarán. Recoge, pues, en torno tuyo aunque sea tan sólo dos asesores; pero adon-

dequiera que vayas, continúa y lleva a cabo la obra que te ha sido confiada. Los días corren veloces; tus años se aproximan al término establecido; pero la Gran Reina será siempre tu auxilio; y como en los tiempos pasados, así en el porvenir será siempre *magnum et singulare in Ecclesia praesidium.*"

* * *

Esto fue lo que comunicó al Papa; lo restante no, para ahorrarle preocupaciones en momentos en que tan graves asuntos traía entre manos. El Sueño completo lo entregó al Cardenal Berardi, y dice así:

Del Sur viene la guerra. Del Norte viene la paz.

Las leyes de Francia ya no reconocen al Creador, y el Creador se dará a conocer y la visitará tres veces con el azote de su indignación.

En la primera humillará su soberbia con las derrotas, con el saqueo, con la destrucción de sus cosechas, de sus animales y de sus hombres.

En la segunda, la gran prostituta de Babilonia, aquella que los buenos llaman, llorando, el prostíbulo de Europa, será privada de su jefe y hecha presa del desorden.

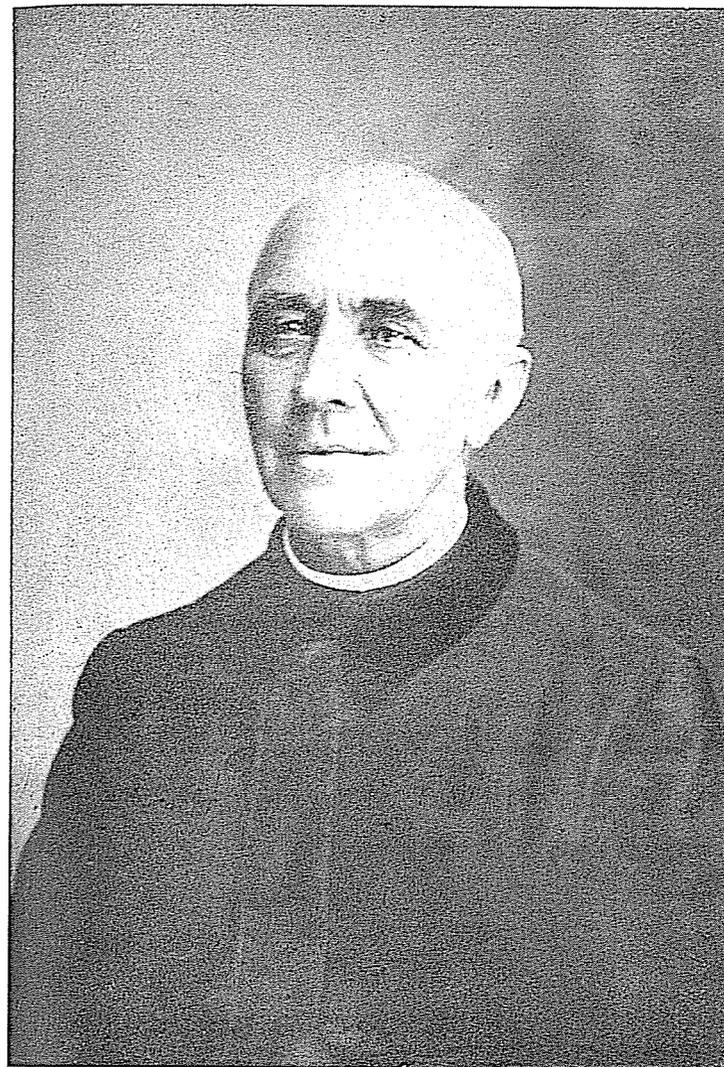
¡París, París!... En vez de armarte con el nombre del Señor, te rodeas de casas de inmoralidad. Estas serán destrozadas por ti misma, tu ídolo será reducido a cenizas para que se cumpla el *mentita est iniquitas sibi* (la iniquidad se engañó a sí misma). Tus enemigos te pondrán en aprieto, te traerán el hambre, el terror y la abominación de las naciones. Mas, ¡ay si no reconocieres la mano que te castiga! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

En la tercera caerás en manos extranjeras: tus enemigos mirarán desde lejos tus palacios envueltos en llamas, tus habitaciones convertidas en montones de ruinas, bañadas en la sangre de tus valientes, que ya no existen.

Mas he aquí un guerrero del Norte. Lleva un estandarte y en la diestra del que lo empuña está escrito: *Irresistible la Mano del Señor!*

En aquel instante el venerable Anciano del Lacio le salió al encuentro flameando una lámpara ardentísima. Entonces el estandarte se ensanchó y de negro que era se tornó como el ampo de la nieve. En medio del estandarte, con caracteres de oro, estaba escrito el Nombre de Aquel que todo lo puede.

El guerrero con los suyos hizo una profunda reverencia al Anciano, y se estrecharon la mano... (Aquí el mensaje del Papa).



Rvdo. Don Julio Barberis, turinés, Doctor en Letras y en Sagrada Teología. Su afición al Fundador le mereció que éste le distinguiera con encargos de suma confianza. Fue el primer Maestro de Novicios de la naciente Sociedad y Catequista General. Murió en Turin en 1927, de más de ochenta años.



Instituto y templo del Sagrado Corazón, en Roma. Fue la última grande construcción de Don Bosco; la acometió para honrar a los Soberanos Pontífices Pío IX y León XIII y dejar un monumento de su devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Mas tú, Italia, tierra de bendiciones, ¿quién te ha puesto en desolación? No digas que los enemigos, sino tus amigos.

¿No oyes que tus hijos piden el pan de la fe, y no encuentran quien se lo parta? Golpearé a los pastores, dispersaré el rebaño, para que los que se sientan en la cátedra de Moisés busquen buenos pastos, y la grey escuche dócilmente y se apaciente.

Pero sobre el rebaño y sobre los pastores pesará la mano: la carestía, la peste, la guerra harán que las madres lloren la sangre de sus hijos y de sus maridos, muertos en tierra enemiga.

Y de ti, oh Roma, ¿qué será? ¡Roma ingrata! ¡Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a tal punto, que no buscas ni admiras en tu soberano más que el lujo, olvidando que tu gloria y la suya está sobre el Gólgota. Ahora él está viejo, achacoso, inerme, despojado de todo, sin embargo, con la esclava palabra hace temblar al mundo.

¡Roma!... Yo vendré cuatro veces a ti.

En la primera castigaré tu tierra y tus habitantes.

En la segunda llegará la ruina y el exterminio hasta tus murallas. ¿Todavía no abres los ojos?

Vendré la tercera vez y destruiré las defensas y los defensores; y al dominio de Padre sucederá el reino del terror, del espanto y de la desolación.

Pero mis sabios huyen, mi ley es todavía pisoteada. Por eso vendré la cuarta vez. ¡Ay de ti si todavía mi ley es para ti un nombre vano.

Se darán prevaricaciones entre los doctos e ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que tú infieres a la ley de Dios.

La guerra, la peste, el hambre serán los flagelos con que se castigarán la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, oh ricos, vuestras magnificencias, vuestras quintas, vuestros palacios? Convertido se han en la basura de las calles y de las plazas.

Pero vosotros, ¡oh sacerdotes!, ¿por qué no corréis a llorar entre el vestíbulo y el altar, pidiendo la cesación de los castigos? ¿Por qué no tomáis el escudo de la fe y no vais por los tejados, por las casas, por las calles, por las plazas y por todo lugar, incluso el inaccesible, a llevar la semilla de mi palabra? ¿Ignoráis que ésta es la tremenda espada de dos filos que abate a mis enemigos y rompe la ira de Dios y de los hombres?

Estas cosas deberán venir inexorablemente una en pos de otra.

Pero la Augusta Reina de los Cielos está presente.

El poder de Dios está en sus manos, disipa como niebla a sus enemigos. Reviste al venerando Anciano de todas sus antiguas vestiduras. Sobrevendrá todavía un violento huracán.

La iniquidad está consumada. El pecado tendrá fin, y antes que

transcurran dos plenilunios en el mes de las flores, el iris de la paz aparecerá sobre la Tierra.

El gran Ministro verá a la Esposa del Rey vestida de fiesta.

En todo el mundo aparecerá un sol tan luminoso cual nunca se ha visto desde las llamas del Cenáculo hasta el día de hoy, ni se verá hasta el último día."

¿Era una profecía? Ciertamente es que él miró el "Sueño" como un aviso del Cielo.

Dos años después, la *Civiltà Cattolica* (año 23, vol. 7, serie 8, año 1872) alude a este "Sueño" y copia literalmente algunos párrafos, haciéndolos preceder de este autorizado testimonio: "Nos place recordar un vaticinio, no publicado para el público, que de una ciudad de la Alta Italia le fue comunicado a un personaje romano el 12 de febrero de 1870. Podemos certificar que lo tuvimos en las manos antes de que París fuera bombardeado por los alemanes e incendiado por los comunistas. También diremos que nos maravilló el pre-annuncio de la caída de Roma, entonces cuando, a la verdad, no se juzgaba ni siquiera probable."

Más tarde lo conoció también el Papa, y se encontró entre los papeles de su Archivo. El secretario de Don Bosco, Don Joaquín Berto, recordaba que había sacado tres copias.

Como en todos los escritos de esta clase, hay cosas para nosotros un tanto oscuras, unas que se cumplieron en esos años, otras que se están cumpliendo, otras que tal vez se cumplirán más adelante. "Para Dios —en quien los videntes ven— no hay pasado ni futuro, para Él todo es presente."

En rigor y en sustancia, todo lo que escribió el Santo de ese "Sueño" se cumplió. Basta recordar la Historia.

Quince días después del sueño partió para Roma. No llevó a nadie consigo. Se alojó en casa de Don Manacorda. ¿Iba por su propia voluntad? Probablemente fue llamado por quien, conociendo sus sentimientos, su prudencia y habilidad, esperaba provecho para la buena causa. En efecto, se ocupó en las cosas del Concilio como si no tuviese otra cosa a qué

atender. En los procesos de Canonización testifica el canónico Anfossi: "En aquellos días Don Bosco no se concedió un momento de descanso, trabajando por el triunfo del Pontificado Romano." Y Don Rúa: "... él tuvo el consuelo de librar de sus dudas a varios Obispos vacilantes, y de disuadirlos de la oposición que se preparaban a hacer. Citaré entre otros, a los Monseñores Galletti de Alba y Gastaldi de Saluzzo, que desde aquel momento se hicieron defensores de la infalibilidad pontificia."

El Obispo de Saluzzo, temperamento impresionable, había cambiado mucho y con él muchos otros en Roma y había acabado abrazando el partido de Dupanloup. Habíanle impresionado las consideraciones del elocuente Prelado francés sobre los "desastrosos efectos religiosos y políticos que la definición iba infaliblemente a producir"; y corría la voz de que se preparaba a sostener en una de las próximas "congregaciones" generales la tesis de la inoportunidad. Este rumor había llegado a oídos del Pontífice, causándole vivo dolor. Don Bosco se apresuró a visitar al Obispo amigo; encontré con que las noticias correspondían a la verdad. Entonces tanto hizo y tanto lo documentó, que Monseñor Gastaldi se decidió a aplicar su ingenio y su cultura en favor de la definición. Y llegado el momento, pronunció un discurso tan elocuente y firme, que fue saludado como uno de los más valientes defensores de la infalibilidad, hasta ponerse al nivel del santo Arzobispo y Fundador Padre Antonio María Claret, quien a la elocuencia de su palabra unía la de sus "cicatrices", ganadas en defensa de la Religión y de las buenas costumbres.

Otro piemontés, si no Padre del Concilio, sí grande y conocido escritor, Monseñor Audisio, se adhería tenazmente a la tesis de Dupanloup. Era amigo de Don Bosco, que lo había conocido como presidente de la Real Academia eclesiástica de Turín, y luego había sido nombrado canónigo de San Pedro. Sabiendo Audisio que Don Bosco le contendía victoriosamente el campo, resolvió enfrentarse con él. Dos

días seguidos fue a verlo, sin poder lograrlo, porque el Santo estaba de la mañana a la noche ocupado y asediado de visitas.

El tercer día llegó muy pronto a tomar turno y esperó todo lo que fue necesario. La entrevista duró dos horas. Por voluntad del mismo Audisio asistieron otros varios personajes, entre los cuales el célebre Padre Perrone, S. J., profesor de la Universidad Gregoriana, Monseñor Jalletti y otros Obispos. Ante ellos Audisio atacó a Don Bosco, descargando contra él las formidables baterías de su vastísima erudición. Don Bosco le dejó hablar y hablar; era un encanto oírle; después, invitado a responder, protestando su insuficiencia ante tan grande historiador, pidióle que tan sólo le permitiera citar el testimonio de un autor tan ilustre, que Monseñor Audisio no podría menos de darle la razón.

Entonces, con aquella flema tan suya en las grandes ocasiones, tomó un gran volumen, y abriéndole de modo que no se viese la portada, se puso a leerlo. Era un elocuente comentario del famoso paso de San León el Grande sobre la asistencia divina prometida por Cristo a San Pedro y a sus sucesores en el ejercicio de su ministerio. Audisio al principio escuchó con indiferencia; luego con grande atención; luego saltó de la silla y quiso arrancarle el libro de las manos. Don Bosco, con su agilidad particular, lo evitó y siguió leyendo hasta donde le convenía; y cerrando el libro y mostrando el título, leyó: "Storia religiosa e civile dei Papi per Guglielmo Audisio," La obra estaba fechada en Roma, 1865.

—;Pero yo he cambiado de opinión! —exclamó el canónigo.

—Pero las razones son siempre las mismos. Son solidísimas —replicó el Santo.

La graciosa ocurrencia de Don Bosco puso una nota risueña en aquella sesión; mas el señor canónigo se despidió con mal disimulada amargura.

Entre otros, visitó a Don Bosco un sacerdote somasco para rogarle revisara un escrito suyo sobre la infalibilidad

pontificia y le diese su parecer. Él lo leyó, lo aprobó y le aconsejó publicarlo; y se acordó de él al preparar la lista de los episcopables. Fue el grande Obispo de Piacenza, Monseñor Scalabrini.

II

En un principio Don Bosco frecuentaba las reuniones privadas de los Obispos y los sitios donde se hospedaban. Bien pronto el suyo se convirtió en un centro a donde muchos acudían en busca de consejo. No poco contribuía la persuasión de que él se encontraba en Roma no por el Concilio, sino por otros motivos, quizás los de su Congregación. En éstos se ocupaba ciertamente, pero tan sólo de paso, aprovechando las ocasiones, "haciendo —decía más tarde a los suyos— como las aves que revolotean acá y acullá, y si ven saltar un grillo, se lo zampan tan guapamente".

Pudo entonces cumplir un acto importante de su ministerio sacerdotal. Hallábase en graves condiciones de salud el ex gran Duque de Toscana, Leopoldo II. Habíalo éste conocido dos años antes y ahora, sabiendo que estaba en Roma, deseó le asistiera en sus últimos instantes. Voló a su lado y el 28 de enero lo asistió desde las diez hasta las doce y media de la noche, en que entregó su alma al Creador.

* * *

Pedir una audiencia al Padre Santo era cosa a que no se atrevía. ;Había tantos Obispos que aún no habían podido obtenerla! Pero Pío IX le mandó a decir que le esperaba el 8 de febrero por la mañana. Fue; hablaron largo rato; pero teniendo todavía el Papa bastante que hacer y que tratar con él, lo invitó a volver aquella misma tarde. Narrando en sus Memorias estas dos audiencias dice que "no le es posible decirlo todo"; y esto se comprende; pero de lo que

dijo emerge sobre todo la gran benevolencia con que lo trató el Vicario de Jesucristo. Entre líneas se ve que quiso hacerlo Cardenal, lo cual por lo demás, está confirmado con varios testimonios de eminentes personajes.

En esta audiencia también convenció al Pontífice de la necesidad de publicar un "Catecismo único para toda la Cristiandad". El Papa incluyó el tema para la cuarenta y nueve Congregación general y se habría aprobado si el Concilio no se hubiera interrumpido.

Volvió el 12. Entonces, requerido formalmente si tenía algo especial que comunicarle respecto a la Iglesia, creyó llegado el momento de hablarle del Sueño del 5, y humildemente puso en sus manos un papel en que había escrito aquello de "la voz del Cielo al Pastor de los pastores".

El Padre Santo leyó y releyó y vio claramente la expresión del querer divino de que se truncaran las dificultades y vacilaciones que se oponían a la definición. Ante sus ojos y en Roma mismo se verificaban las divisiones, discrepancias y oposiciones allí anunciadas; el prometido auxilio de la Gran Reina apareció bien pronto, y bien evidente, en el conjunto de circunstancias que de tan diversos modos impidieron a los Gobiernos de Austria, España, Francia, Portugal, Prusia y Baviera hostilizar al Concilio.

En una cuarta audiencia, el 21, audiencia de despedida, el Papa lo entretuvo largamente, tratando cosas del Concilio. Luego, el Santo le pidió permiso para exponerle algo más, y le manifestó cuánto sabía de los graves acontecimientos que amenazaban próximamente a París y a Roma. El Papa quedó tan gravemente impresionado, que el Santo cortó el discurso. Al día siguiente Pío IX lo mandó llamar; pero él ya había partido.

* * *

A emprender la partida se decidió de improviso, precipitadamente. Había sabido confidencialmente que algo se tramaba contra él. Se interpretaban siniestramente sus avisos

de que Roma caería bajo las armas de los piemonteses y también su fama de taumaturgo y se le quería hacer comparecer ante el Santo Oficio para dar cuenta de las dos cosas. Comparecer ante el Santo Oficio era en cierto modo confesarse reo; era en todo caso por lo menos como estar una hora en la cárcel; y esto hubiera desatado quién sabe qué campañas en la prensa y en las calles. Era algo semejante a lo del manicomio años atrás en Turín. En ambos casos su prontitud de espíritu salvó su reputación.

Festearon su vuelta sus muchachos de los Oratorios; y los de los colegios de Lanzo, Mirabello y Cherasco, se les unieron en espíritu, mas no menos alegremente. Durante todo el tiempo de ausencia no había perdido el contacto con ellos, pues lo mantenía vivo con la correspondencia. Las cartas en general se las escribía a los Directores, pero para que se leyeran en público. Daba noticias interesantes, mezclaba expresiones de especial benevolencia, amables exhortaciones; pedía oraciones, las prometía... Todo lo cual mantenía vivo el pensamiento de su paternal bondad y del interés que por todos se tomaba. Pensando, a la luz de los documentos, sobre el influjo que él ejercía sobre todos los suyos, se comprende por qué Don Rúa pudo definirlo, en los procesos: "hombre en quien Dios elevó la paternidad espiritual al más alto grado".

CAPÍTULO XLIV

Sucesos marginales

Las bodas de oro sacerdotales de Pío IX y la convocación del Concilio Ecuménico Vaticano hicieron resplandecer nuevamente el celo de nuestro Santo por la exaltación de la Iglesia Católica y del Romano Pontífice.

En febrero de 1869 salía otra nueva obrita suya titulada *La Iglesia Católica y su Jerarquía*, en la cual quiso "dar una idea exacta de la Iglesia de Jesucristo, explicar los principales grados de la Jerarquía eclesiástica y tratar de todo lo relacionado con este importante tema".

El 11 de abril, el Vicario de Jesucristo celebraba su Misa de Oro. Casi todos los soberanos de Europa le enviaron sus congratulaciones con cartas autógrafas. La alegría de los fieles fue indescriptible; fue una explosión de entusiasmo y de amor en todo el mundo. Don Bosco quiso que se asociasen todos sus hijos con solemnes fiestas en las casas, y envió al Padre Santo un elegantísimo álbum que ostentaba en la cubierta un epígrafe latino y una dedicatoria en lengua italiana, firmado por sus treinta y dos sacerdotes, setenta y tres clérigos y tres mil cuatrocientos veinte alumnos. Pío IX le respondió con una afectuosísima carta.

En agosto, y en una segunda obrita, *Los Concilios generales y la Iglesia Católica, conversaciones entre un párroco y un joven de su parroquia*, exponía entre nociones exactas sobre la naturaleza y utilidad de los Concilios, la doctrina católica sobre la superioridad del Papa respecto de los mis-

mos; sobre los diecinueve Concilios generales celebrados y el 20.º Concilio que se preparaba.

Pruebas no menos elocuentes de su devoción al Papa eran sus viajes a Roma.

* * *

El 20 de enero de 1870 fue nuevamente a la Ciudad Eterna. El 8 de diciembre se había inaugurado el Concilio, hallándose presentes setecientos sesenta y siete Prelados, más que los que habían asistido a los Concilios anteriores. El Santo, aunque el Papa no había recibido todavía ni siquiera a una tercera parte de los Obispos presentes, fue llamado a la audiencia personal el 8 de febrero, y tuvo dos largas conferencias privadas con él. Le ofreció como donativo una colección de las *Lecturas Católicas* y un ejemplar de dos volúmenes ya publicados de la Biblioteca de la Juventud Italiana, con un billete de mil liras para el óbolo de San Pedro. El santo Pontífice exclamó:

—¡Oh, esto es maravilloso, que usted que tiene siempre la bolsa vacía, me traiga dinero a mí, que tengo también siempre la caja exhausta! Usted se llama Juan y Juan me llamo yo también; mejor sería que nos llamáramos los dos Francisco y seríamos dos verdaderos franciscanos.

Después se habló de la infalibilidad pontificia, de la cual debía tratarse en el Concilio. Al oír las sencillas, claras y escultóricas respuestas de Don Bosco, le manifestó el deseo de ver difundido entre el pueblo un curso de Historia de la Iglesia dedicado a sostener esta verdad; deseo que Don Bosco se apresuró a satisfacer con una nueva edición de su *Historia Eclesiástica*, revisada y aumentada con unas notas sobre el dogma de la Infalibilidad Pontificia, escritas por Monseñor Gastaldi.

Para Pío IX siempre era una gran satisfacción el ver a Don Bosco. Los folletos de las *Lecturas Católicas* y de la *Biblioteca de la Juventud* quedaron sobre su escritorio y los

enseñó a todos aquellos a quienes admitió en audiencia. Por la noche él mismo los puso en un estante y los hojeó repetidas veces.

Aquella misma tarde le llamó de nuevo, hablándole largamente de la Sociedad Salesiana. Le dijo que en el Concilio un Obispo había tratado de la necesidad de una sociedad religiosa cuyos miembros estuviesen ligados ante la Iglesia y fuesen para el mundo ciudadanos libres; que otro Obispo (el de Parma) había intervenido para decir: "Tengo el gusto de poder participar que esa Sociedad ya existe... y es la de los Salesianos", cosa que provocó un aplauso de todos, sin excluir a los que mayores dificultades habían puesto para la aprobación de la Sociedad Salesiana, y por eso Pío IX añadió:

—El año pasado tuvo usted terribles opositores, pero los venció usted. Le admiro y le alabo, porque los que eran sus encarnizados enemigos, este año no son reacios a la voz del Pontífice. Mi buen Don Bosco, esto le honra mucho.

* * *

Tan satisfecho del celo de Don Bosco estaba el Papa, que le dijo:

—¿No podría usted dejar a Turín y venirse a Roma? ¿Perdería por ello la Sociedad Salesiana?

—¡Padre Santo, sería su ruina!

El Papa no insistió. Don Bosco le confesó además que amaba mucho a sus jóvenes para poder dejarlos.

Satisfecho y conmovido volvió a Turín.

Exceptuadas estas graves circunstancias que le obligaban a desplegar tan grande actividad fuera del Oratorio, continuaba en medio de sus hijos su vida laboriosa y santa. Lleno de gratitud a la Madre de Dios y al Sumo Pontífice, que tantas gracias acumulaban sobre la Obra Salesiana, publicó otras obritas inspiradas en estos sentimientos.

En la primera, titulada *Nueve días consagrados a la Augusta Madre del Salvador bajo el título de María Auxilia-*

dora, exaltaba el objeto de esta devoción, que es el de procurarse "la protección especial de María en la hora de la muerte, mediante la devoción a Jesús Sacramentado y a su Madre Inmaculada".

En la segunda, *Hechos amenos de la vida de Pío IX*, al paso que encarecía "la bondad y la caridad incomparable" del corazón del gran Pontífice, ponía también de relieve cómo nuestra santa religión guía a la suprema felicidad del Cielo, y al mismo tiempo es sociable, materialmente útil, sin que haya infortunio humano en que ella no intervenga para socorrer al infeliz, consolar al afligido, iluminarle en las sendas de la vida y sostenerle en la desgracia.

Al mismo tiempo, con la fundación de dos nuevos Institutos, ensanchaba el campo de acción de la Sociedad Salesiana. En octubre de 1870, y con la bendición de Pío IX, abrió el Colegio-Pensión Municipal de Alassio, y el año siguiente fundaba en Marassi, cerca de Génova, el Asilo de San Vicente de Paúl, trasladado en 1872 a Sampierdarena, a un ex convento de Teatinos, con una magnífica iglesia aneja, que se volvió a abrir al culto divino (1). La dirección del colegio de Alassio la confió al doctor Don Francisco Cerruti y la del asilo de Marassi al profesor Don Pablo Álbera.

De un modo semejante, en 1870, trasladaba a Borgo San Martino el Pequeño Seminario de San Carlos de Mirabello, y en 1871, el Colegio de Cherasco a Varazze.

* * *

El mismo año 1870 los antiguos alumnos del Oratorio comenzaron a agruparse en torno del Santo para ofrecerle una demostración de afecto. A propuesta de Carlos Gastini,

(1) Esta iglesia, espléndidamente decorada, y una parte del vasto colegio y escuelas profesionales, fueron reducidos a polvo por las bombas inglesas durante la última guerra, sin que afortunadamente hubiese ninguna víctima personal. Hoy está todo reconstruido.

a quien él había recibido de los primeros en el Oratorio, en 1854, y que continuaba yendo como maestro encuadernador, un buen grupo de aquellos antiguos alumnos, en la mañana del 24 de junio, asistieron en el Oratorio a la Misa de su buen Padre. Se reunieron después en la sala contigua a la sacristía, lo invitaron a pasar un ratito con ellos y le ofrecieron un corazón de oro, símbolo de su amor y gratitud. No hay que decir cuánto gozó el alma delicadísima de Don Bosco y cómo su caridad ardiente aprovechó la oportunidad para repetir a aquellos hijos suyos queridísimos la recomendación de conservar y difundir en sus familias el espíritu del Oratorio. Así nació la Asociación de los Antiguos Alumnos Salesianos.

* * *

Después de haber asistido a la entrada de Monseñor Gastaldi en la archidiócesis, fue a visitar las nuevas casas de Marassi y de Varazze. Aunque no muy bien de salud, de Varazze fue a Celle para hacer una visita. Como soplabla un viento húmedo y fuerte, se le agudizó un dolor que ya sentía en los hombros. Volvió al colegio y tuvo que guardar cama. Se trataba de una fuerte erupción miliar con altísima fiebre.

Una espina, y bien aguda, llevaba clavada en el corazón: su queridísimo Monseñor Gastaldi se le había mostrado frío, y la elocuente pastoral que leyó, comenzaba así: "Lorenzo Gastaldi, por voluntad de Dios, y no por influencia de ningún hombre, Arzobispo de Turín..." Era evidente que un cambio se había operado en el ánimo del Prelado. Comenzó a mirarle mal y a interpretarle mal y a perseguirle. ¡Permisiones de Dios para mantenernos humildes y para purificarnos!

Apenas se esparció la noticia, se elevaron al Cielo muchas y fervorosas oraciones. Monseñor Galletti, Obispo de Alba, quedó como consternado, y no pudiendo ceder a la idea que muriese el Siervo de Dios, se arrodilló, y con los ojos llenos de lágrimas y las manos en alto, en actitud suplicante, rompió en estas palabras:

—Señor, si queréis una víctima, aquí está; pero por piedad conservad a Don Bosco.

También varios salesianos y jóvenes se ofrecieron al Señor en holocausto por la curación del amadísimo Padre, y entre ellos Don Bonetti y Don Pestarino; todos le hicieron una novena a María Auxiliadora, y Don Bosco mejoró.

El último día del año reunió junto a su lecho a los salesianos de Varazze y les explicó dos pasajes de la Sagrada Escritura: *Praebeat vobis exemplum bonorum operum, Obedite praepositis vestris et subjacete eis, ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.*

El mal amenazó con agravarse de nuevo; pero después de la bendición que le envió el Padre Santo se acentuó la mejoría. El 14 de enero se levantó y pasó más de dos horas fuera del lecho en medio de la alegría más indescriptible de los chicos, que se pusieron a gritar "¡Viva Don Bosco!" y tomaron por asalto su estancia. Fue necesario dejarlos entrar. Sentado en un sillón, sonriente y festivo, los recibió a todos, grandes y pequeños.

El 15 de febrero estaba de vuelta en Turín, donde lo esperaban los jóvenes y varios bienhechores con el nuevo Arzobispo, reunidos en el Santuario. Al entrar, José Buzzetti —el más antiguo de los alumnos— entonó el salmo: *Laudate pueri, Dominum*, que fue cantado por todos con lágrimas de la más santa alegría. El Arzobispo mismo, después del *Tedéum*, dio la Bendición. La convalecencia fue larga, pero sin que le impidiera atender a las ocupaciones ordinarias. Y como extraordinaria, inició nuevas gestiones para que se concedieran las temporalidades a los nuevos Obispos, mereciendo por ello calurosos elogios de Pío IX; pero aunque lo hizo con suma prudencia, se vislumbró la noticia y despertó la ira de las sectas que, según hemos ya dicho, lo habían hecho blanco de su odio; difamáronlo por medio de la prensa y volvieron de nuevo a los atentados contra su persona. Fue entonces cuando el abate Bardessono dei Conti di Rigris publicó una breve biografía de Don Bosco, la cual los vendedores de

periódicos se encargaron de repartir por miles de ejemplares.

“Don Bosco —decía el noble abate— es una estrella que brilla en el siglo presente y que indica el camino recto a los buenos y a los extraviados. Su nombre, lo mismo que ahora está en la boca de todos, no morirá con el pasar del tiempo”.

Grande amigo era Don Bosco de los Padres Escolapios, y admirador de San José de Calasanz. Cuando iba a Roma no dejaba de visitar “el Nazareno”, y es de creer que cambiarían impresiones sobre educación. Un episodio nos deja entrever la amistad y mutua confianza que reinaba entre ellos. Tenían los Padres una casa de campo en Albano, espaciosa y cómoda, para veranear con muchos de sus alumnos.

Ahora bien, en 1867 Albano fue azotado con una pestilencia que en pocos meses privó de la vida a quinientas personas. Los padres de los alumnos veraneantes se apresuraron a retirar a sus hijos. El Padre Rector, Alejandro Cecucci, temiendo, no sin razón, una desbandada, se lo comunicó a Don Bosco, diciéndole veladamente que esperaba mucho de su influencia. El Santo le contestó con una carta, que, publicada y difundida, produjo el efecto deseado. En ella describía el Colegio Nazareno, sus admirables condiciones higiénicas y de emplazamiento, los métodos educativos, la competencia de sus profesores, su grande espíritu de responsabilidad, su amor a los educandos, etc., etc.; nombraba algunos de los grandes personajes que allí se habían formado, citaba algunos de los que en la actualidad lo asesoraban, entre ellos el mismo Pío IX; y ponderaba las excelentes condiciones de la villa de Albano, que daban absoluta seguridad moral contra el peligro de contagio. Terminaba la carta diciéndole:

“Estoy seguro de que éstas y otras razones barrerán de su ánimo toda preocupación, y vuestro colegio seguirá prestando sus valiosos servicios a la educación, correspondiendo a los deseos del Sumo Pontífice Pío IX, que, recordando los años en que fue vuestro alumno, os da continuas pruebas de aprecio y confianza...”

CAPÍTULO XLV

Fundaciones

I

EN ITALIA Y EN FRANCIA

Aun repitiendo algo, resumamos hechos.

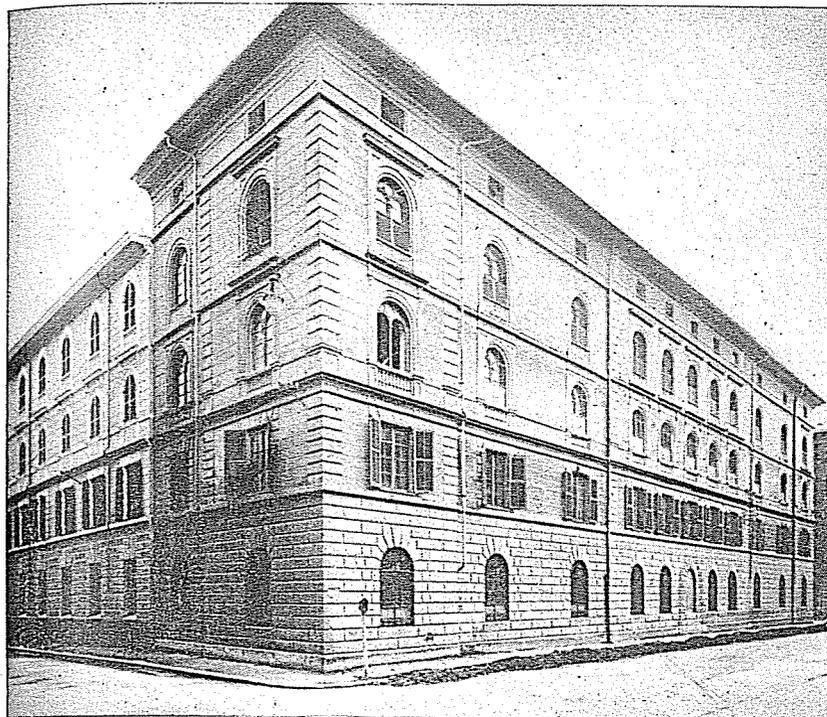
Los ríos profundos —dice un proverbio griego— corren lentos, pero corren. Don Bosco parecía la calma personificada. Nadie lo vio nunca agitado; y bajo aquella superficie tan plácida, siempre igual, se desarrollaba una vigorosa y continua intensidad de vida. Hacer mucho sin agitarse es privilegio de quien vive profunda vida interior, con ese perfecto dominio de sí, que imprime orden y medida en el caudal de pensamientos que brotan sin cesar de su alma fecunda. Lo que someramente hemos visto de su vida, nos lo ha demostrado siempre en movimiento, pero sin la menor agitación, ocupado siempre en vastos pensamientos tendentes todos a la acción en direcciones muchas veces al parecer opuestas, pero unificadas por un solo pensamiento: la gloria de Dios y el bien de las almas. A esto se unió, en los últimos veinte años, la solicitud por las fundaciones con que Dios extendía en el mundo la Sociedad Salesiana.

Crecía la fama de Don Bosco, crecían los éxitos de sus hijos en la educación, en la predicación, en la beneficencia...; ello respondía a las necesidades del tiempo...; naturalmente aumentaban por todas partes las peticiones de Oratorios Festivos, de escuelas y colegios. En junio del 70 escribía a Don

Bonetti: "Tenemos cuarenta peticiones para abrir casas en muy buenas condiciones. ¡Qué mies tan abundante!" ¿Cuál era su método en esto de fundar? Examinaba y discutía; después, según el caso, elaboraba las condiciones, atando bien todos los cabos con previsora sagacidad, o alababa las ofertas, rogando aguardaran a que las circunstancias le permitieran complacer.

A su muerte, la Congregación Salesiana tenía casas en casi todas las provincias de Italia, en Francia, en España, en América.

La primera fue la de Mirabello, en Monferrato, de la cual ya hemos hablado. En 1864 abrió la de Lanzo, pequeña pero activa ciudad situada no muy lejos de las estribaciones de los Alpes. Los preliminares fueron más bien largos, porque el Municipio, a quien interesaba la fundación, presentaba bastantes cabos que atar. Abrióse en octubre, porque la necesidad era manifiesta. Su personal se componía de un sacerdote y seis clérigos con títulos para la enseñanza primaria y secundaria. Todos estos clérigos se distinguieron después en los diversos cargos que desempeñaron. Entre ellos se contaban los futuros Monseñores Costamagna, Lasagna y Fagnano y el Padre Evasio Rabagliati. Los principios fueron duros. El Municipio temía pasar por clerical; la juventud, soliviantada por las sectas, molestaba a los colegiales, apedreaba a los maestros y los locales del colegio, trataba de estorbar las clases con griterías y bochinches. En primavera murió el director y Don Bosco no pudo reemplazarlo, de modo que el colegio estuvo durante seis meses gobernado solamente por los clérigos. Don Bosco mantenía alta su moral por medio de cartas, de visitas, buscándoles protectores... Gracias a su espíritu de sacrificio, el curso terminó con un verdadero triunfo en todo sentido. La partida estaba definitivamente ganada. Hay que convenir que este colegio, dedicado a San Felipe Neri, fue su predilecto, en lo cual creemos, no dejó de influir su posición topográfica y geográfica: en alto, sobre la confluencia de dos corrientes de agua, cerca



Casa de La Spezia. — El grande puerto militar había llegado a ser una ciudad fuerte del Protestantismo. Para contrarrestar su influencia fundó Don Bosco esta casa, y la Curia le dio una parroquia adjunta. La lucha fue dura; pero el campo quedó al fin por los Salesianos, es decir, por la Iglesia Católica. En aquel personal figuró un modesto sacerdote de Altavilla, Monferrato, que prestó grandes servicios en Colombia y Venezuela, Don Martín Caroglio, buen matemático y confesor extraordinario. Murió en Caracas en 1953, de más de noventa años.

de San Ignacio, con las montañas no lejos, con un valle riquísimo de un lado y una vasta llanura del otro, opulenta de mieses, de viñedos y frutales, amplia de horizontes y ya entonces con fábricas e industrias.

* * *

En 1869 tuvo lugar en él un hecho que acabó de ganarle todas las simpatías del territorio y que tuvo eco en varias leguas a la redonda. La población fue invadida por la viruela. También en el colegio cayeron enfermos varios alumnos. Apresuróse Don Bosco a ir a visitar y confortar a sus hijos. Siete alumnos halló en cama.

—Bendíganos y cúrenos —le gritaban los chicos al verlo.

—Sí, os bendice María Auxiliadora. ¿Tenéis fe?

—Sí, la tenemos.

—Entonces rezad conmigo.

Y rezó las oraciones que acostumbraba. Y les dio la bendición de María Auxiliadora.

—¿Podemos levantarnos?

Se recogió un momento y les respondió:

—¡Sí, levantaos!

Y salió de la enfermería. Poco después el director entró. Había seis camas vacías y uno solo de los siete enfermos en cama, un tal Baravalle. El día era húmedo y fresco. Los otros seis estaban en el patio jugando con sus compañeros.

Preocupado, los llamó y examinó uno a uno. Ni sombra de pústulas, ni de fiebre, ni de nada.

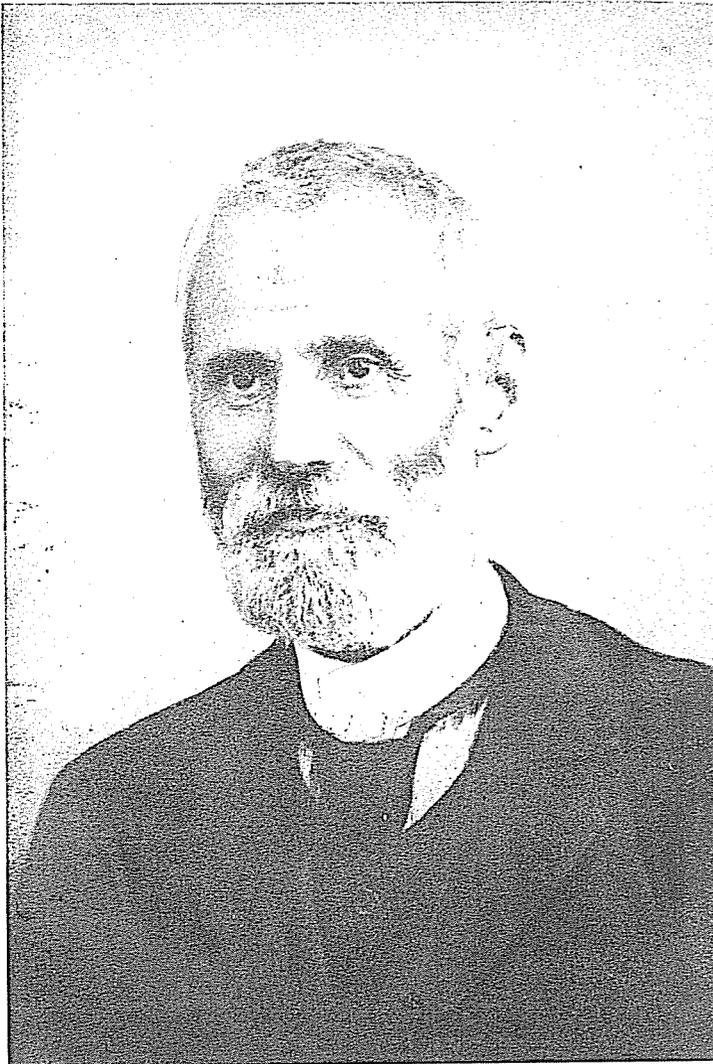
Era el día de la distribución de premios. —que se hacía “democráticamente” por votación secreta de los alumnos—. Fue llamado primero un tal De Magistris.

—¡Enfermo! —grita el médico, que los había visitado, como todos los días, por la mañana.

El segundo, Passerini.

—¡Enfermo! —grita el médico.

—¡Y cuál no fue su estupor cuando los ve adelantarse a recibir el premio.



Coadjutor Marcelo Rossi, el S. Alfonso Rodriguez de la Congregación. Distinción, calma, trastienda, piedad profunda, fidelidad hicieron de él un modelo difícilmente superable.

—¡Qué imprudencia! —exclama, declarando que infaliblemente volverían las pústulas y se recrudecería el mal, con terribles consecuencias.

Sin embargo tuvo paciencia para esperar hasta el fin, y subió a la enfermería con el director. En la cama estaba, hecho un ovillo, Baravalle, y estuvo veinte días más. Examinados los otros seis, los halló perfectamente curados. Los dos premiados llegaron a larga y sana vejez, como profesores del Estado.

Siete años más tarde, en aquel mismo colegio, dio Don Bosco una recepción a los ministros de la Corona, que se hizo histórica, y demostró hasta dónde llegaba su "savoir fair" y su tacto diplomático: los recibió con banda y con todos los alumnos vestidos de gala en el patio adornado con banderas y guirnaldas, y la casa engalanada; les hizo gozar de la naturaleza, les dio un banquete, los entretuvo con su conversación interesante y amena, satisfizo sus preguntas, bromeando un poco y quitándoles o disminuyéndoles sus prejuicios contra el Papa y el Clero y... el Sacramento de la Confesión.

* * *

En aquellos tiempos causaba asombro, tanto en los ambientes eclesiásticos como en los seculares y políticos, ver a un sacerdote alternando con gentes del Gobierno, que era liberal y usurpador. Don Bosco explicó a los suyos, luego que se hubieron marchado los ilustres visitantes, su modo de proceder, y el criterio que quería siguiese la Sociedad Salesiana.

—¡Pobre gente! No escuchan jamás una palabra dicha con el corazón, ni una verdad expresada sin herir. Yo les he dicho verdades como jamás habrán oído; pero como la verdad expresada así, se puede decir sin ofender, ellos me han escuchado complacidos, y sin ir a San Ignacio (casa de Ejercicios poco distante de Lanzo) tienen materia para meditar. Por otra parte, la enseñanza de Nuestro Señor es clara:

"Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César." También esto hay que observarlo. Viéndose tratados con el corazón, es muy posible que, al menos en la hora de la muerte, deseen tener a un sacerdote a su lado.

Durante los cuatro años siguientes, sólo abrió un colegio, el de Cherasco, partido judicial de Mondoví. El personal apenas le bastaba para sostener los existentes.

* * *

La hermosa población de Alassio deseaba una fundación para artesanos pobres. Don Bosco, en cambio, teniendo en cuenta la índole de la población, propuso y fundó el asilo de niños pobres en Sampierdarena, barrio industrial de Génova, y dotó a Alassio de un gran colegio de enseñanza primaria y secundaria. Para no alarmar a las autoridades ministeriales, contrarias entonces a la influencia de la Iglesia en la enseñanza secundaria y universitaria, pidió sólo permiso para abrir un colegio de enseñanza primaria y un primer curso de Gimnasio, y con permiso de la Santa Sede compró en pública subasta un convento de Menores Observantes, que se quería dedicar a usos profanos.

Es digno de notarse que Don Bosco en un principio era enemigo de que se comprasen edificios secularizados. Pero hablando con el Papa trataron el asunto y el resultado de la conversación se lo dijo a los Capitulares en febrero de 1877:

—El Papa no sólo me autorizó, sino que me recomendó comprar edificios que hayan pertenecido a religiosos y convertirlos en colegios, porque es un modo de restituir a la Iglesia lo que le fue arrebatado, de devolverles a estas casas su finalidad primitiva, que es dar gloria a Dios y tratar de salvar las almas.

Esto sí, vez por vez, daba los pasos necesarios ante las autoridades eclesiásticas.

Al frente del colegio de Alassio puso a uno de los salesianos que más gloria han dado a la Congregación, el Padre

Francisco Cerruti, a quien había acogido huérfano de padre y educado para doctorarlo en la Universidad de Turín. El colegio prosperó tanto, que aún hoy es una de las mejores casas que tiene la Congregación.

En 1872 fundó el hogar de Sampierdarena, poniendo a su frente a aquel otro hijo ilustre que se llamó Don Pablo Álbera, que fue luego su segundo sucesor; y el de Varazze, población, como Alassio, de la "Riviera ligure", prolongación de la Costa Azul.

Con fecha 29 de agosto escribía a Monseñor Svegliatti: "Actualmente tenemos cuarenta peticiones de Ayuntamientos para fundar colegios municipales, bajo la dirección libre de nuestra Congregación. ¡Ya ve cómo se vuelve a la antigua manera de pensar!" ¡Lástima que la escasez de personal no le hubiera permitido aceptarlas todas!

* * *

En el mismo año 1872 tomó a su cargo un colegio por el que no sentía grandes simpatías: el "Colegio de Nobles" de Valsállice, fundado nueve años antes por una sociedad de eclesiásticos. Pero se trataba de salvar el honor del Clero turinés, porque estaba en vías de quiebra. El mismo Arzobispo, Monseñor Gastaldi, le rogó lo aceptara, más aún, se lo presentó como una obligación de conciencia. Inclino, pues, la cabeza y se sometió a graves sacrificios, incluso pecuniarios. Y el colegio no sólo se salvó, sino que la Congregación demostró prácticamente que sus métodos y su sistema educativo no excluyen a ninguna clase de personas ni forma de educación alguna. Una vez aceptado, no ahorró nada de lo que pudiera contribuir a potenciarlo según sus métodos y según su espíritu. Las familias bien acomodadas se alegraron infinito, pues deseaban para sus hijos una educación cristiana, ya que para sustraerlos a las malignas influencias de la escuela laica, los mandaban a colegios católicos de Francia. Este colegio proporcionó a Don Bosco y a su Congre-

gación nuevas relaciones con la aristocracia, procurándole nuevos bienhechores y cooperadores. Para dirigirlo nombró a uno de sus hijos, de familia y de trato señorial, el Padre Francisco Dalmazzo, y después de algún tiempo envió como Prefecto o Administrador al Padre Juan Marengo, que más tarde fue Nuncio Apostólico en Centro América y Arzobispo de Génova y murió cuando iba a ser proclamado Cardenal. El colegio funcionó admirablemente durante quince años, y en 1887, un año antes de su muerte, le cambió destino, sustituyendo a los hijos de los nobles por los hijos de la Congregación, que hasta entonces vivían en casas no suficientemente dotadas de los elementos necesarios para su formación de educadores. Además, para entonces ya se habían fundado en Italia colegios para la aristocracia y la alta burguesía, dirigidos por Congregaciones religiosas. Diríase que lo de Valsállice había sido un nuevo experimento en las miras de Dios. Entre los profesores que allí actuaron estaba Don Antonio Aime, el que había de ser más tarde apóstol de Barcelona e Inspector Provincial de Colombia.

En la misma Riviera, que por ser tan hermosa y templada, era muy apetecida por gentes septentrionales que viven envueltas en nieblas y neblinas, fundó en Vallecrosia, cerca de Bordighera, un colegio para niños y otro para niñas. Ambos tenían por finalidad contrarrestar la influencia protestante, que se mostraba arrolladora, con verdadera fiebre proselitista.

En el gran puerto militar de Spezia se le ofreció y aceptó una parroquia y a su lado edificó también un gran colegio y escuelas de artes y oficios. Esta fundación presentaba graves dificultades e imponía duros sacrificios; y la hizo también para contrarrestar el poder invasor del protestantismo. Se luchó caballerosa pero duramente durante diez años, hasta que el campo quedó completamente por la Iglesia.

Todas las formas de la actividad salesiana habían entrado en acción.

De cuando en cuando volvía a "soñar" sobre los aconte-

cimientos del mundo. El 24 de mayo y el 24 de junio de 1872 tuvo el siguiente, que quizá tenga su perfecto cumplimiento en estos años.

Era una noche oscura. Los hombres no podían distinguir los caminos para volver a sus pueblos. De pronto apareció en el cielo una luz esplendísimas que alumbraba los pasos como en el mediodía. En ese momento se vio una multitud de hombres, de mujeres, de niños, de viejos, de monjes, de monjas y de sacerdotes, a cuyo frente púsose el Sumo Pontífice, saliendo del Vaticano y desplegándose todos en forma de procesión.

Mas levantóse un furioso temporal, y oscureciéndose el cielo, parecía que la luz reñía dura batalla con las tinieblas. Entretanto se llegó a una plazuela cubierta de muertos y heridos, muchos de los cuales pedían auxilio en alta voz.

Las filas de la procesión se enrarecieron. Después de haber caminado por un tiempo equivalente a doscientas salidas de Sol, todos se dieron cuenta de que ya no se hallaban en Roma. El desaliento los invadió a todos y se estrecharon en torno del Papa, para defenderlo y asistirlo.

En ese momento aparecieron dos ángeles que, portando un estandarte, volaron a presentárselo al Pontífice, diciendo: *Recibe el estandarte de Aquella que combate y dispersa los más fuertes ejércitos de la Tierra. Tus enemigos han desaparecido y tus hijos, entre lágrimas y suspiros, invocan tu vuelta.*

Poniendo luego la vista sobre el estandarte, veíase escrito en un lado: *Regina Sacratissimi Rosarii.* Y en el otro: *Auxilium Christianorum.*

El Pontífice tomó, lleno de alegría, el estandarte, pero contemplando el pequeñísimo número de los que le quedaban, se entristeció mucho.

Los ángeles le dijeron: *“Ve pronto a consolar a tus hijos. Escribe a tus hermanos dispersos en las varias partes del mundo, que es necesaria una reforma de costumbres y de ánimos. Esto no se puede lograr sino desmenuzando entre los hombres el pan de la divina Palabra en todos los pueblos. Catequizad a los niños, predicad el desprendimiento de los bienes y cosas de la Tierra. Es llegado el tiempo — concluyeron los ángeles — en que todos los pueblos serán evangelizados por los mismos pueblos. Los levitas saldrán de entre la azada, la pala y el martillo, a fin de que se cumplan las palabras de David: “He levantado del polvo de la gleba al pobre, para colocarlo en el trono de los príncipes del pueblo.”*

Oído esto, el Pontífice se puso en movimiento, y las filas de la pro-

cesión comenzaron a engrosar. Cuando puso el pie en la Santa Ciudad, echóse a llorar por la desolación en que estaban los ciudadanos, porque muchos habían desaparecido.

Reentrando en San Pedro entonó el Tedéum, al cual respondió un coro de ángeles cantando: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.*

Terminó el canto, cesó por completo la oscuridad y refulgió un esplendísimosol.

La ciudad, los pueblos, las campiñas habían disminuído de población asaz, la tierra estaba como batida por el huracán, los aguaceros torrenciales, el granizo; y las gentes andaban de un lado al otro, diciéndose: *Est Deus in Israél.*

Desde el comienzo del destierro hasta el canto del Tedéum, el Sol salió doscientas veces. Y todo el tiempo que transcurrió en estas cosas corresponde a cuatrocientas salidas y puestas de Sol.

* * *

En 1878 extendió el campo de operaciones por el Oriente italiano con la fundación del doble colegio de Este. También aquí la finalidad de los promotores fue el preservar a sus hijos del laicismo y de la herejía. Como satélite se abrió el de Mogliano Véneto, a las puertas mismas de Venecia. En la primitiva intención, era una escuela agrícola, pero estudiadas bien las necesidades de la región y las conveniencias, se le dio otra dirección: colegio, y como tal funciona todavía.

Se habrá notado la gran flexibilidad de Don Bosco y su adaptación a las circunstancias.

* * *

De notoria importancia fue el traslado de la Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora, de Mornese a Niza Monferrato. Se hizo por las Hermanas, pero también por los Salesianos que las dirigían. La Obra se había desarrollado y se desarrollaba a pasos de gigante, y Mornese era, sí, población recoleta y simpática, pero sin medios de comunicación y demasiado pequeña para lo que la Obra pedía. La casa de Ni-

za llegó a ser no solamente un excelente lugar de formación, sino un centro de cultura y de irradiación portentosa. Su Escuela Normal formó y sigue formando generaciones de maestras que se desparraman por todo el Monferrato primero, por todo el Piamonte luego y después por toda Italia, y formando Hermanas que, con su dotación de conocimientos y sus títulos oficiales prestaron y prestan sus servicios en colegios especiales para maestras y para señoras, como en Lanzo los había establecido para maestros, profesores y caballeros. Todavía están en vigor.

* * *

El año de 1879 tiene algo de particular: los extremos de la península se enlazan. Piamonte y Sicilia. En San Benigno Canavese, la primera casa de noviciado formal; en Randazzo, el primero de los numerosos colegios que florecen en la isla del sol.

“Los reglamentos son para los hombres y no los hombres para los reglamentos”, dijo en una ocasión Don Bosco. Si en un principio hubiera debido sujetarse a todas las prescripciones del Derecho Canónico, tal vez no hubiera podido fundarse la Sociedad Salesiana. Por eso Pío IX, tan comprensivo como santo, dióle facultad para que sus primeros salesianos hicieran el noviciado en ciertas casas, trabajando en ellas al mismo tiempo que estudiaban o ayudaban en la asistencia y en las clases. Y la prueba dió frutos en extremo beneficiosos. En cambio, cuando ya la Congregación tenía suficiente número de personal para atender a los compromisos urgentes, podía, y debía sujetarse a la ley común. Con esto entraba la Congregación en lo que se llama su tercer período: había pasado por el legendario y por el heroico. Sin dejar de tener poesía y heroicidad —que de esto jamás podrá prescindir, sin dejar de ser lo que es—, debía seguir las normas comunes a toda institución ligada por votos religiosos.

El primer maestro de novicios no podía ser mejor esco-

gido: lo fue el angelical Padre Julio Barberis, doctor en Sagrada Teología y dotado de una sensibilidad exquisita, de un grande amor al estudio y una adhesión incondicional a Don Bosco y a su espíritu. El local también era el más a propósito: una antigua abadía benedictina, con una grande iglesia, calcada proporcionalmente sobre la de San Pedro en Roma. Llamábase “Fructuaria” y pertenecía al Municipio, quien se la cedió. De un lado, el noviciado; del otro, unas escuelas de artes y oficios y escuelas populares para los hijos de la región: que también esto procuró siempre Don Bosco: que las poblaciones que nos hospedan sientan los beneficios de nuestra actividad docente y evangelizadora.

Para la fundación de Randazzo mandó a un salesiano que parecía hecho para aquella tierra: Don Pedro Guidazzio, cuyo nombre resuena todavía como eco de bendiciones en aquellos sitios.

Fundó luego en Catania y en otros puntos. A la Sicilia le dió también cinco fundaciones de Salesianas: Bronte, Catania, Trecastagni, Mascali y Cesaro. En Bronte, además de las escuelas y colegio, las envió para que se encargasen del hospital.

* * *

En 1880 puso el pie definitivamente en Roma, llamado por el mismo Papa y los Cardenales.

En Florencia y Faenza en 1881. También aquí lo hizo para secundar los deseos de los Prelados, los cuales deseaban fundaciones que contrarrestasen victoriosamente la ingente labor de las sectas. Estas lo sintieron en lo vivo. Y movieron guerra despiadada, especialmente a los Oratorios Festivos. En la lucha se crecen los hombres como en las tempestades se arraigan los cedros y los robles. Muchos creían que Don Bosco, espantado, retiraría a sus hijos. ¡Bueno era él para eso y buenos ellos! Con fecha de 17 de septiembre de 1883, escribe al canónigo Gavina: “He oído con gran pena las cosas que hacen difícil la obra encaminada al bien de la pobre ju-

ventud en peligro. ¿Debemos abandonar el campo al enemigo? ¡Nunca jamás! En los grandes peligros hay que redoblar los esfuerzos y los sacrificios." Todas las formas de la actividad salesiana, incluso las parroquias y las escuelas agrícolas, se desarrollaron y se desarrollan en aquellas provincias.

* * *

Don Ceria, después de enumerar y describir todas las fundaciones hechas por Don Bosco, hace esta observación: *Todas estas fundaciones o comenzaban con el Oratorio Festivo, o no continuaban sin Él. En todas partes el Oratorio Festivo, llevado según el espíritu de Don Bosco, se revela como medio irresistible de penetración religiosa en los estratos populares.*

* * *

El 1875 es el año de la fundación en Francia y también en Argentina; de ésta hablaremos al hablar de las Misiones. Niza fue la ciudad privilegiada. Sus instrumentos providenciales, el abogado Michele y el barón Héraud. La hermosa ciudad contaba ya con muchas instituciones educativas; pero faltaba una para los niños pobres. Ninguna casa salesiana comenzó tan modestamente, si exceptuamos el Oratorio. Una vieja hilandería en arriendo, unos pocos muebles, trescientos metros cuadrados de patio en el jardín del Obispo, lo estrictamente necesario para comer, y... una inmensa buena voluntad. El director, italiano de la frontera, tenía un apellido francés, Don Ronchail, y hablaba corrientemente la lengua aprendida de los labios maternos. Don Bosco le mandó con algunos niños nizardos que tenía en el Oratorio, y unos argelinos que le había confiado el Cardenal Lavigerie. Como Padre los visitaba con relativa frecuencia. Antes de un mes ya estaba allí. Los halló contentos y llenos de buen espíritu. Escribió a Don Rúa: "Mucha benevolencia, mucho entusias-

mo por nosotros y para el nuevo asilo, que tiene las mismas bases que el de Turín. Roguemos para que Dios bendiga esta nueva empresa." Y Dios la bendijo. La casa prosperó y hoy es una de las mejores con que cuenta esta Sociedad en Francia. *Patronage Saint Pierre* se llama esta casa. En ella brilló como el Sol el Padre Luis Cartier.

Después de Niza, Marsella. Cuando fue a fundar, albergóse en casa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Cuando se puso a confesar a los alumnos, éstos se dieron cuenta de que leía en las conciencias. Puede imaginarse las simpatías y el respeto que ello le ganó, tanto dentro como fuera. *Patronage Saint León* es su nombre.

* * *

La tercera se la impuso la misma Virgen Santísima; a él no le gustaban mucho las Escuelas Agrícolas; pero Ella, apareciéndosele en forma de pastora, rodeada de niños campesinos, le dijo que "también ellos eran sus hijos y que quería que se dedicase también a ellos". Con más detención lo veremos más adelante.

En 1879 abrió una pequeña casa en Chalons, Saboya, poniendo por director al antiguo Conde Cays de Giletta y Caselle, saboyano de estirpe.

El 84 fundó en Lila y en París.

La casa de *Santa Margarita*, en los alrededores de Marsella, tiene una historia curiosa: se la anunció tres años antes a Don Cartier y al Abate Guiol.

"Tengo a mi disposición una casa grande, con árboles, una avenida de pinos y una corriente de agua." En realidad no tenía nada. Pero la había visto en sueños. Y en 1883 vino a sus manos. Allí puso su noviciado francés. Hoy está allí el de las Hijas de María Auxiliadora.

Todas estas casas, menos tres, resistieron victoriosas el ciclón de las persecuciones y supresiones que se desataron en 1902.

II

EN ESPAÑA

Finamente observa Ceria que Don Bosco estuvo tres veces en España: primero, con sus obras; luego, con el milagro de la bilocación (viniendo su "doble" a Sarriá), y finalmente, en persona.

Parece una graciosa broma andaluza la manera como vinieron los Salesianos a España. El marqués de Casa Ulloa, queriendo abrir en Utrera —su patria chica— un instituto para niños huérfanos o pobres, se dirigió al Superior de una conocida Orden religiosa, y le rogó que se pasase por su casa de Sevilla para concertar la fundación. El Superior fue dos veces al palacio del marqués y, no hallándolo, trunció todas las relaciones. Entonces el marqués se dirigió al señor Arzobispo, Monseñor Joaquín Lluch y Garriga, carmelita, pidiéndole consejo. El Prelado, que había conocido y tratado íntimamente a los Salesianos en Luca (Italia), le aconsejó traerlos. Para el gentilhombre, que nada sabía de Salesianos ni de sus obras, la conversación con el santo carmelita fue una verdadera revelación. Entusiasmado y esperanzado, rogó al Arzobispo escribiera a Don Bosco.

También al Santo halagó la propuesta y la perspectiva; pero careciendo en absoluto de personal, se tuvo que limitar a dar esperanzas. Esto sucedía a fines de 1879.

Pero como atraído por una misteriosa intuición, al comenzar el año 1880 envió al Padre Juan Cagliero —el futuro Cardenal—, acompañado del fidelísimo Hermano coadjutor José Rossi, ducho en estos menesteres por haber actuado en las fundaciones de Francia, a explorar el terreno. Llegó Cagliero al palacio arzobispal, casualmente (!) cuando estaba el marqués de Casa Ulloa departiendo con el Prelado. Era el 24 de enero. El Arzobispo se manifestó contentísimo de recibir a los hijos de Don Bosco, los abrazó con efusión y dió

rendidas gracias a Dios por las perspectivas que se le abrían a su Archidiócesis.

Estaban con el marqués su hijo Antonio y su yerno don Enrique Muñoz. El marqués tenía ya setenta y un años, era varón chapado a la antigua, de fe robusta y caridad ardiente. Desde aquella entrevista con el Arzobispo, le pedía todos los días al Señor la gracia de no morir sin ver a los Salesianos instalados en su querida Utrera. Toda su familia, animada de idénticos sentimientos, lo secundaba en sus deseos. Ante todos ellos, el Arzobispo hablaba con entusiasmo de Don Bosco y de su Obra todas las veces que se le presentaba la ocasión.

Marqués, hijo y yerno marcharon con los dos salesianos a Utrera. El señor Arzobispo había avisado apresuradamente al Vicario de Utrera, de modo que todo el Clero se puso en movimiento para dispensarles un recibimiento digno. Otro tanto hizo el señor alcalde, don Manuel Labat y Martínez del Campo, excelente católico, quien no sólo salió a su encuentro al frente de una buena representación de las fuerzas vivas y del pueblo, sino que, no contento con esto, durante varios días los acompañó personalmente a ver las iglesias, escuelas y principales establecimientos de la ciudad.

Desde aquel primer día quedaron establecidas las cordiales relaciones que han hecho del Colegio Salesiano de Utrera un centro de irradiación cultural y religioso y en breve un colegio de primerísima importancia.

La villa tenía entonces algo más de doce mil habitantes, "más bien un poco flojillos en asuntos de religión", de lo que se aprovechaban los protestantes para su proselitismo; que, por una de esas contradicciones tan frecuentes en la humanidad, y especialmente entre las sectas protestantes, no fiándose de la inspiración privada del Espíritu Santo, que ellos proclaman, tienden a invadir los dominios donde la Iglesia Católica desarrolla tranquilamente su labor.

Padre y marqués se entendieron fácilmente en el asunto de la fundación; que si el uno era abnegado, como buen sa-

lesiano, el otro era generoso, a fuer de buen español. La fundación quedó, pues, aceptada, en principio, pendiente de la aceptación de Don Bosco, que Cagliero daba por descontada, más si se tenía en cuenta que, también casualmente (!) era el tiempo en que Don Bosco daba cima a sus fundaciones de Turín, Alassio, Varazze, Spezzia y Bordighera, precisamente para contrarrestar la influencia protestante en regiones italianas.

* * *

Como Cagliero había previsto, el Santo Fundador aceptó; pero sólo en principio, reservándose la fecha de abrir formalmente la casa.

La ciudad tenía varias iglesias, algunas de ellas verdaderas catedrales, pero que por falta de Clero estaban casi siempre desiertas, y entre éstas el Arzobispo dijo a Cagliero que escogiera la que más le gustara para que sirviera como centro del colegio. Él escogió la de Nuestra Señora del Carmen, como la más cómoda para la población y también como la más distante de la parroquia. Un inconveniente había, y era el ser la casa demasiado pequeña para que la Comunidad pudiera desarrollar su labor. El marqués puso entonces a su disposición, temporalmente, la suya propia, que se levantaba allí cerca.

Llegó la fiesta de San Francisco de Sales, se le dio solemnidad, y el Padre Cagliero dio la Conferencia Salesiana, explicó claramente lo que es la "Pía Unión de los Cooperadores", y después de ella, inscribió los primeros "Cooperadores Salesianos", cuya lista se apresuró a mandar a Turín.

El Padre no daba un paso sin informar detalladamente a Don Bosco, y también a Don Rúa, como el mismo Don Bosco se lo había recomendado. Son bellísimas las cartas que les escribió, salpicadas del buen humor monferrino y sazonadas de sal andaluza; que por algo era artista y poseía extraordinario don de asimilación. Partió dejándose conquistados todos los corazones. En Sevilla le volvió a recibir el señor Arzobispo

y a colmarlo de cariñosas atenciones. Refleja sus sentimientos en dos cartas, una a Don Rúa y otra a Don Julio Barberis, el maestro de novicios. Al primero le dice:

"El señor Arzobispo nos quiere en su Sevilla y en otros puntos de su dilatada archidiócesis. Quiere ser verdaderamente el padre de los Salesianos. El señor marqués de Casa Ulloa, su hijo y su yerno y el señor alcalde, con sus respectivas familias, quieren ser los primeros Cooperadores Salesianos de España. Rodando por el mundo, ya teníamos nosotros idea de cortesía y de fraterna bondad; pero el primado creo lo tenga España, y en especial Andalucía."

Y al segundo:

"De nosotros se forman un ideal tan grande, que me causa miedo. Di, pues, a tus novicios que se preparen bien; pudiera suceder que varios de ellos los tenga Dios destinados a venir a hacer milagros en este vastísimo y ubérrimo campo de trabajo. Y piensen que es la tierra de las Teresas de Jesús, de los Ignacios de Loyola, de los Domingos de Guzmán, de los Juanes de Ávila, de los Alfonsos Rodríguez, de los Isidoros y de los Tomases de Villanueva..." Y, efectivamente, entre los novicios que oyeron leer y comentar esta carta estaba aquel a quien la Divina Providencia destinaba a consolidar, organizar y extender la Obra Salesiana en España: el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, tercer sucesor de Don Bosco.

Solamente a principios del año 1881 pudo San Juan Bosco enviar el personal para fundar definitivamente la casa, y lo mandó acompañado del mismo Cagliero. Entraron el 16 de febrero. Los utreranos les dispensaron un gran recibimiento, y desde ese primer instante sintonizaron como si siempre se hubieran conocido y tratado. Y es que tanto Salesianos como andaluces tienen como principal motor de sus acciones el corazón.

La música, el canto, el rezo en común, la alegría expansiva del espíritu salesiano encontraron en aquellas almas una correspondencia muy natural y espontánea.

El primer Director fue Don Juan Branda, avisado y santo varón, a quien Don Bosco había recogido niño, huérfano de padre. Designado Director de Utrera el día de Santa Teresa, en 1880, le dijo Don Bosco, paseando bajo los pórticos del Oratorio, y mirando hacia la cúpula de María Auxiliadora:

—Ahora vas a Utrera, a Andalucía, la tierra de María Santísima. Utrera será una cuna. En Utrera nos prepararemos para grandes obras en toda España. De aquí a no mucho, una señora, hoy casada, en Barcelona (y mira que no estoy soñando), al quedar viuda nos invitará a fundar una casa en aquella ciudad, y tras ésa fundaremos muchas...

Viudez, invitación, fundación y fundaciones, todo se verificó a la letra, y Don Branda pudo comprobarlo en su misma persona.

La aludida o vista en sus sueños no durmiendo, era la Sierva de Dios, doña Dorotea Chopitea de Serra, por cuya Causa de Beatificación y Canonización pedimos oraciones a nuestros lectores.

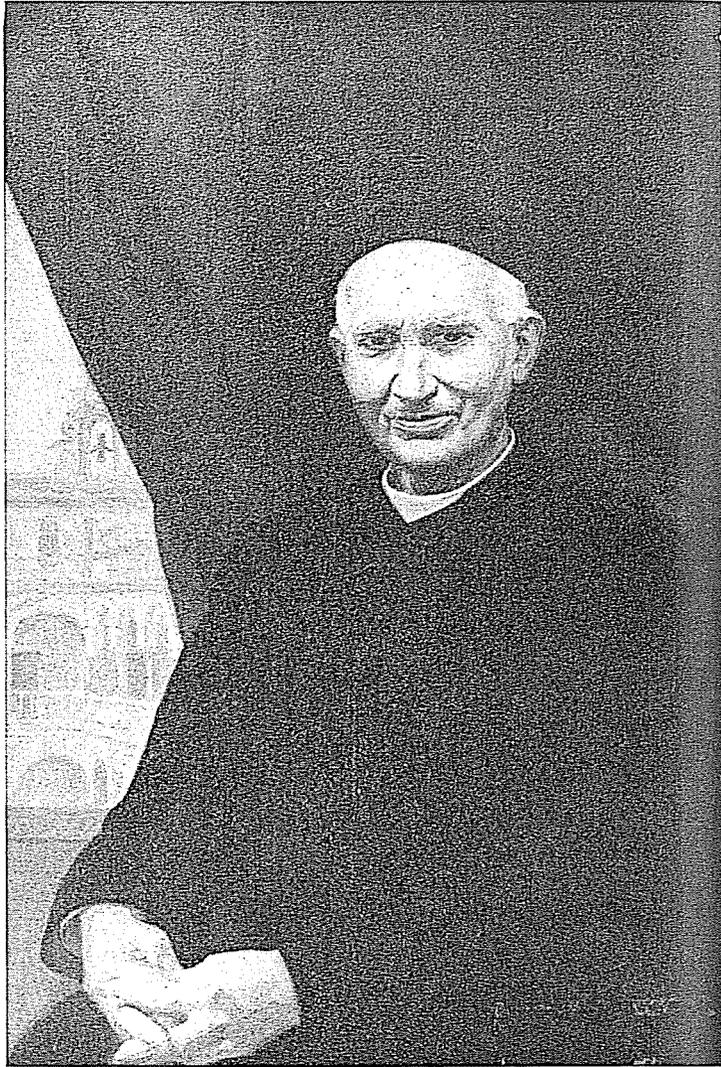
En cuanto a Cagliari, como su misión era de exploración e información, una vez hubo dejado funcionando la casa de Utrera, recorrió gran parte de España y Portugal, suscitando y recibiendo en dondequiera tan gratas impresiones, que se convirtió en un panegirista entusiasta de la Península Ibérica. Y como no tenía facultad para fundar, ni Don Bosco personal para mandarle, regresó a Turín con el alma saturada de optimismo como un singular don de Dios.

Los compañeros del Padre Branda fueron: Don Ernesto Oberti, Don Carlos Pane, Don Francisco Atzeni y los coadjutores don Miguel Aranda y don José Goitre.

Inmediatamente después pidieron Salesianos los Obispos de Málaga y Valencia, mas no fue posible complacerlos por entonces.



El Colegio de Utrera (Sevilla), primera Casa Salesiana en España. Fundada por Don Bosco mismo, quien envió para abrirla al futuro Cardenal Cagliari (1881).



Evdo. D. Juan Branda, primer Director de la casa de Utrera. De allí pasó a Barcelona-Sarriá. Recibió dos visitas de Don Bosco: la primera, misteriosa, en un caso de bilocación.. La segunda durante un mes entero. Varón de sólida piedad murió en noviembre de 1927.

La Fundación de Barcelona-Sarriá

La casa de Utrera, cuna y módulo de las demás fundaciones salesianas de España, hubo de pasar, naturalmente, sus dificultades, y como el roble robusto de las montañas, se afirmó con ellas, ascendiendo victoriosamente y al mismo tiempo conservando el aroma de lo primigenio: se respiran siempre en ella auras primaverales. En todo esto se ve la bendición del Padre a su primogénita. Su progreso, que es grande, no le ha quitado —¡y ojalá no se lo quite nunca!— ese sello de juventud.

Afirmada esta casa, Don Bosco deseó fundar en Barcelona, donde le había indicado la Virgen, haciéndole conocer, por inspiración, a la persona que había de ser el instrumento principal de sus designios, y de lo cual, según hemos visto, habló a Don Juan Branda al encargarle la dirección de la fundación utrerana. Esta persona era doña Dorotea Chopitea de Serra, que acababa de enviudar. Su marido, don José María Serra, acaudalado patricio y más rico aún en virtudes, al morir le había dicho:

—Haz, esposa mía, todo el bien que puedas, sin hacer caso de los hombres.

Doña Dorotea, que ya venía ejerciendo en mil maneras, inteligentísimas, su caridad práctica y ardiente, se encendió aún más en sus anhelos. Había fundado las “Salas de Asilo” para niños pobres, que habían alcanzado un espléndido desarrollo y rendían copiosísimos frutos. Llovíanle de todas partes plácemes y bendiciones; pero ella no se sentía satisfecha: la torturaba, martilleante, el pensamiento de los peligros sin cuento que acechaban a sus protegidos al salir de las “Salas”. En efecto, eran lanzados al mundo al cumplir los doce años, precisamente cuando, por la adolescencia, se sienten más fuertes las seducciones del mal. ¿Qué sería de ellos en esos talleres, en esas fábricas, donde pululaba ya el

socialismo? Era necesario remediar el mal; y en su mente apuntó una idea de alta sociología: habría que fundar una nueva institución como complemento de las llamadas "Salas de Asilo".

Revolviendo en su magnánimo corazón esta idea y buscando los medios de realizarla, se le ocurrió que podría encargarse de esa obra a un celoso sacerdote barcelonés. Habló de ello con un pariente suyo, el cual le respondió:

—Muy bien; pero, ¿no ve usted que esto no ofrece garantías de solidez y duración? ¿En qué pararía la complicada y delicada obra que usted planea, el día que ese buen sacerdote faltara?

La dama sintió con pena que su hermosa idea se desvanecía. Pero el pariente la consoló:

—Recuerdo haber leído que recientemente se ha fundado un *Instituto Religioso*, con el fin, precisamente, de recoger niños, hijos de obreros, y enseñarles un oficio, a la vez que formar su corazón e instruirlos en las máximas cristianas.

Se dieron con ansia a buscar el papel donde estaba la noticia, y hallado que lo hubieron, se enteraron de que "unos religiosos, recientemente fundados en Turín por un santo sacerdote, llamado Juan Bosco, habían establecido, en la ciudad de Utrera (Sevilla), el año 1881, un asilo para niños pobres y un Oratorio Festivo".

Imposible decir la alegría que experimentó el corazón de la santa mujer. ¡Estaba resuelto el problema: Religiosos educadores a la par que maestros de taller!

Como dama prudente, cercioróse de la existencia de la fundación de Utrera, y sin más, le escribió al Director.

¡Figurarse también los sentimientos de Don Juan Branda al recibir esta carta! Veía realizadas las palabras que le había dicho el Padre dos años antes, paseando bajo los pórticos del Oratorio. Corrió a la iglesia a desahogar su corazón y en seguida contestó a doña Dorotea, que él no podía hacer nada por complacerla, pero que escribiera a su Superior, Don Bosco, residente en Turín, y que él también le escribiría.

Así lo hizo la Sierva de Dios y así entró en contacto con Don Bosco y su Obra.

También fue grande la alegría del Santo. Pero le contestó que por más que lo deseara, no podía complacerla en el acto por falta de personal; que tuviera un poquito de paciencia.

A principio de 1883 le envió a dos de sus más preclaros hijos para tratar el asunto: Don Juan Cagliero, a quien ya conocemos, y Don Pablo Álbera, Inspector de las casas de Francia, y su futuro sucesor.

Fácil era el entenderse. "Doña Dorotea propuso —dice la Crónica— comprar la finca denominada "Torre de Prats", en las cercanías de Barcelona, de excelentes condiciones de salubridad, cercana al ferrocarril que de Barcelona conducía a Sarriá, y cuyos propietarios facilitarían la adquisición, dada la finalidad." Y en el acto entregó cien mil pesetas para la compra del terreno y los primeros gastos de instalación.

* * *

En seguida pusieron manos a la obra para la ejecución de proyecto tan acariciado.

Don Bosco le dio al Padre Branda carta de Obediencia para Barcelona-Sarriá. Y al llegar éste, la Sierva de Dios lo hospedó durante un mes en su casa.

Desde el primer momento, el ejemplar salesiano descubrió en doña Dorotea, más que una simple fundadora, una verdadera madre de los Salesianos y de sus niños, de quienes cuidó con tanta solicitud y maternal cariño, que no había nada más que desear. Compraba los muebles, procuraba alimentos, visitaba a menudo la casa para reconocer sus necesidades y ponerles remedio, lavaba y remendaba con sus propias aristocráticas manos las ropas de la sacristía y de la cocina y las de los mismos niños...

Y con hacer tanto, era tal su delicadeza y finura, que no había la menor intromisión en los asuntos de casa, si ya

no era adelantarse a proveer algo que su maternal previsión le hacía adivinar haría falta, o simplemente se pudiera desear, como chocolate para una fiesta, pastas o frutas para un postre extraordinario, una botella para obsequiar a una visita y hasta un juego de cama para hospedar a un Prelado...

Como anécdota curiosa y que indica la delicadeza de su conciencia y el concepto que tenía de la Justicia, cuéntase que un día mandó ponerles medias suelas a sus zapatos, y el maestro le puso una cuenta muy alta. La dama hizo valuar por un técnico el trabajo, y llamando al maestro, le dijo: "En justicia este trabajo sólo vale tanto. Y sólo eso se debe cobrar, sea quien sea el que lo encarga. Tengan en esto mucho cuidado."

Y sonriendo fuese a la cocina a ver lo que se necesitaba para una fiesta que estaba próxima.

Siempre que podía, oía su Misa en la capilla de los niños, rezando con ellos, comulgando con ellos y entretanto viendo lo que pudieran necesitar. Razón tuvo Don Bosco en llamarla "la mamá de los Salesianos y de sus niños".

III

EN INGLATERRA

Antes de terminar su carrera mortal Don Bosco fijó su mirada en la "Isla de los Santos" y en la "Ciudad del Santísimo Sacramento". No podía olvidar las recomendaciones de Domingo Savio.

Don Bosco era bastante conocido en Inglaterra y tenía muy buenas relaciones. En Roma tenía muy buenas amistades inglesas. Con ingleses se encontraba frecuentemente en la Costa Azul. Los dos seminarios, inglés e irlandés de Roma le agasajaron siempre que iba a la Ciudad Eterna; más aún, renovaron con él una costumbre que tenían con San Felipe Neri: no marcharse a sus tierras sin la bendición del Santo.

Y cuando no lo veían en Roma iban a buscarlo a Turín. Además los nobles ingleses que llegaban a Turín, nunca dejaban de ir a visitar el Oratorio, guiados por la nobleza turinesa. Así fue visitado en 1887 por el secretario del Consejo general londinense de la Sociedad de San Vicente de Paúl y por otros caballeros que le acompañaban. De esta visita dejó una relación la corresponsal del *Month* (enero de 1884), añadiendo que Don Bosco deseaba fundar en Londres. He aquí por qué la Sociedad de San Vicente de Paúl se dirigió a él en favor de la juventud pobre y abandonada de aquella colosal metrópoli. Como en España, como en Francia y en Bélgica y las naciones americanas, era el aspecto social lo que más los atraía en la Obra Salesiana. "En esta ciudad, de cuatro millones de habitantes, sólo tenemos un asilo para la juventud obrera" —le escribía el secretario de las "Conferencias".

La mayor dificultad era la falta de personal de lengua inglesa, aunque a esto estaba ya proveyendo. Algún tiempo antes le había visitado el irlandés Monseñor Lynch, Arzobispo de Toronto, en el Canadá, y le había prometido buscarle algunos buenos sujetos en su Patria. Y como lo prometió, así lo hizo. En efecto, siete seminaristas que venían a Italia para prepararse al sacerdocio, antes de trasladarse al lugar establecido, pasaron por el Oratorio a saludar a Don Bosco por encargo del Arzobispo. Llegaron de improviso mientras Don Bosco celebraba, y después de celebrar se puso a confesar. Lo esperaron, y cuando se levantó, se le acercaron, amabilísimos. Él advirtió que estaban en ayunas. Los invitó y en el trayecto de la iglesia al refectorio les dio una lección de italiano, enseñándoles los verbos *mangiare, bere, giocare* (comer, beber, jugar). Les enseñó después el Oratorio. La bondad del Santo los ganó. La vida del Oratorio los encantó. El jefe del grupo, Patricio O'Grady, le dijo que estaba decidido a quedarse con él. Otros tres siguieron el ejemplo: Carlos Redahan, Patricio Diamond y Francisco Donnellan. Los tres primeros murieron siendo sacerdotes, en avanzada edad; el cuarto murió siendo clérigo en el Oratorio el 19 de

octubre de 1885, y Don Bosco vio su alma que entraba en el Cielo. A estos irlandeses se añadieron otros y alguno que otro inglés, de modo que en 1887 el Santo pudo disponer de buen personal para fundar dignamente.

* * *

Contribuyeron no poco a ello la condesa de Stakpool, que lo llamaba para la parroquia de su patronato, y el Arzobispo Kirby, rector del Seminario irlandés de Roma. Este Prelado lo animaba siempre y en sus visitas a León XIII le hablaba de esta fundación, de lo cual el Padre Santo se alegró mucho, y bendijo la obra con efusión. El lugar escogido fue Battersea, barrio popular entonces pobrísimo de la diócesis de Southwark, margen derecha del Támesis, donde la condesa había construído una iglesia parroquial y un asilo para niños pobres. De esta casa dijo Don Bosco, cuando le hacía presente la miseria del barrio:

—En Battersea tendremos una grande iglesia y vastos patios. Esa casa llegará a ser una de las más importantes de la Congregación.

Los Salesianos salieron de Turín el 14 de noviembre: dos sacerdotes, uno inglés, otro irlandés y un coadjutor italiano. Les dio cartas de presentación para sus amigos, entre ellos el duque de Norkfol y el cónsul de Italia. Bastantes años más tarde la condesa de Stackpool, hablando con el conde Cays, le decía:

—¡Oh Don Bosco! Tengo todavía fresco en mi mente el timbre de su voz, sus palabras, su mirada, sus bendiciones.

La fundación en Lieja fue obra conjunta del gran Obispo Doutreloux y de María Auxiliadora. El primero insistía con el Santo, que no tenía personal; Ella le mandó que accediera a los deseos del Prelado y él... accedió.

CAPÍTULO XLVI

Las Misiones extranjeras

“Usted no debe ir a las Misiones”, le había dicho Don Cafasso; pero el celo heroico de Don Bosco por la salvación de las almas debía, por medio de sus hijos, obtener copiosos frutos aun en el campo de las Misiones católicas. ¡Cuántas veces, al pensar en el gran número de regiones que yacían aún en las tinieblas de la idolatría, manifestaba el deseo de llevar la luz del Evangelio a lugares no conocidos de otros misioneros! Desde el año 1848, Santiago Bellia le oía exclamar:

—¡Oh, si tuviese muchos sacerdotes y muchos clérigos! Los enviaría a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego. ¡Y sabes por qué, querido Bellia? ¡Adivínalo! Porque quizás es el lugar más necesitado de misioneros. Ya sabes el motivo: porque esos pueblos han sido hasta ahora los más desamparados.

En efecto, ¿quién pensaba entonces en ellos? Aquellas tierras eran casi totalmente desconocidas aun para los más meticulosos geógrafos. Los Gobiernos de Argentina y Chile hacían tan poco caso de sus habitantes, que ni siquiera los incluían en las estadísticas. Hasta en Roma eminentes Prelados, en 1874, juzgaron utópicos los designios de Don Bosco, y un Cardenal soltó la bromita de que Don Bosco quería evangelizar los herbajes de las Pampas. Pero él sabía lo que había, lo sabía porque era un lector asiduo de los “Anales de la Propagación de la Fe” y de los diarios de los viajeros

y navegantes; lo sabía también por sus "sueños", como el del niño Cagliero, en los cuales vio a los indígenas de las Pampas y vio también los gauchos, que sin ser salvajes, también tenían necesidad de misioneros.

A fines de 1874 eran ya más de cincuenta las peticiones de nuevas fundaciones salesianas en varios puntos de Italia, de Asia, de África y de América; y a pesar de esto, poniendo la mirada en la América boreal, conoció que allí estaban los misteriosos seres de sus sueños.

A esto no llegó de un golpe, porque si vio los tipos humanos, no se le manifestaron desde un principio las regiones donde habitaban.

Primeramente creyó que eran los pueblos de la Etiopía. Esta idea se enlazaba con una visita que hizo al Oratorio Monseñor Comboni, todavía simple sacerdote; pero cuando se informó de las circunstancias de aquel país, desechó la idea de misionar en él.

Pensó en las regiones cercanas a Hong Kong; pero vino a Turín un misionero de aquellas partes en busca de almas generosas que quisieran seguirle, y entró en relaciones con él; así pudo conocer que no eran aquellos los pueblos que había visto en sueños y que, por tanto, Dios le asignaba.

Estudió luego las misiones de Australia; pero cuando se informó del estado y de la índole de aquellos habitantes, juzgó que tampoco aquel país era el que había visto.

De Australia su pensamiento pasó a la India; se procuró libros y habló con sacerdotes ingleses que habían venido de allí, y durante algún tiempo creyó que el sueño se relacionaba con el Indostán, con Australia, en la cual pensaba nuevamente. En efecto, hablaba con entusiasmo de aquellos países y recomendó a alguno del Oratorio que estudiase el inglés, tanto más cuanto en Roma se pensaba en confiarle un Vicariato Apostólico en aquellas regiones.

* * *

Pero he aquí que, en diciembre de 1874, debido a los buenos oficios del señor Gazzolo, cónsul de la República Argentina en Savona, recibió de Monseñor Federico León Aneyros, Arzobispo de Buenos Aires, y de Monseñor Cecarelli, párroco de San Nicolás de los Arroyos, apremiantes y afectuosas invitaciones para enviar a sus hijos a aquella República. Entonces fue cuando vio claramente que los salvajes del sueño eran los habitantes de aquella inmensa región, en aquel tiempo desconocida, que es la Patagonia.

Desde aquel día no se apartó de su mente el pensamiento de las futuras Misiones, y según su costumbre, se propuso sacarle todo el jugo posible. Llegaron de América nuevas cartas, y el 29 de enero, fiesta de San Francisco de Sales, reunió a todos los Superiores y alumnos en el salón de estudio y desde el escenario que entonces se improvisaba para las grandes ocasiones, rodeado de todos los miembros del Capítulo, de los Directores de las casas y hallándose presente y de gran uniforme el cónsul, hizo que éste diera lectura a las últimas propuestas.

Contestóle diciendo con gran ponderación que por su parte aceptaba y que sólo faltaba la aprobación del Padre Santo.

El entusiasmo de los asistentes fue indescriptible. Muchos pidieron los inscribiera. Contestóles que era asunto que debían pensar ante el Señor; que allá debían ir sólo voluntarios decididos a sacrificarse. Por tanto, los que se sintieran con ánimo, hicieran la petición por escrito.

Partió para Roma y rogó al Cardenal Bernabó que hablase del asunto al Papa. No le pareció al Eminentísimo que era llegado el caso de fundar una misión para la Patagonia, porque era una región deshabitada; pero el Siervo de Dios habló personalmente con Pío IX, quien encargó al Cardenal Franchi abrir una información, la cual, como resultara favorable,

fue bastante para que el Papa aprobara la nueva Misión. Desde aquel momento se dio Don Bosco a prepararla, con aquella grandiosa minuciosidad que ponía en las cosas.

* * *

Diez fueron los elegidos para la expedición a América: el Doctor en Teología Don Juan Cagliero, el profesor Don José Fagnano, destinado como director al Colegio de San Nicolás, el sacerdote Don Valentín Cassini, el sacerdote Don Domingo Tomatis, licenciado en Filosofía y Letras, el sacerdote Don Juan B. Baccino, el sacerdote Don Santiago Allavena, los coadjutores Bartolomé Scavini, maestro carpintero, Bartolomé Molineri, maestro de música vocal e instrumental, Vicente Gioia, cocinero y maestro zapatero, y Esteban Belmonte, músico y encargado de la economía doméstica.

Don Bosco los mandó a Roma para recibir la bendición del Padre Santo. El Vicario de Jesucristo, el 1 de noviembre, después de haber recibido en primer lugar al Padre Cagliero y al cónsul señor Gazzolo, se presentó a todos exclamando:

—¿Dónde están mis misioneros? ¿Vosotros sois, pues, los hijos de Don Bosco que vais a lejanas tierras a predicar el Evangelio? ¡Deseo que crezcáis en número, porque la necesidad es grande y copiosísima la mies.

Y volviéndose a cada uno les dirigió amables frases; después los bendijo afectuosamente.

De vuelta en Turín este generoso grupo de misioneros, Don Bosco preparó en grande la función de despedida. Turín iba a presenciar una cosa hasta entonces nunca vista. Partir de Turín una expedición de misioneros a tierras lejanas tenía para todos los turineses la grandeza y novedad de una epopeya. Fijó para ella el 11 de noviembre, día de San Martín de Tours, patrono de Buenos Aires. Alumnos, Superiores, bienhechores, Hijas de María Auxiliadora y muchas otras personas tomaron parte activa en ella.

Por la mañana fueron a cumplimentar al Arzobispo, el

cual, habiéndolos visto en Roma, había manifestado deseo de bendecirlos solemnemente en la Metropolitana el día de Todos los Santos. Después asistieron en el Santuario de María Auxiliadora al bautizo de un joven valdense que, después de haber frecuentado el Oratorio, abjuró sus errores para entrar en el seno de la Iglesia Católica. El Padre Cagliero recibió la abjuración y le administró el Bautismo *sub conditione*, inaugurando así a los pies de María Auxiliadora el apostolado que se proponía continuar en el Nuevo Mundo.

Por la tarde se cantaron Vísperas. La iglesia estaba rebosante de fieles. Al Magnificat los diez misioneros desfilaron de dos en dos por el presbiterio juntamente con el cónsul señor Gazzolo, y ocuparon los sitios destinados; los sacerdotes vestían el majestuoso manteo español; los coadjutores, traje negro; en torno de ellos, todos los sacerdotes con roquete, encontrándose presentes los directores de todas las casas que tenía entonces la Sociedad.

Don Bosco subió al púlpito para pronunciar el discurso de despedida. Cuando apareció, una conmoción general se apoderó del auditorio que llenaba el templo.

* * *

—Nuestro Divino Salvador —empezó diciendo—, cuando estaba en la Tierra, antes de ir a su Padre Celestial, y reunidos los Apóstoles, les dijo: *Ite in mundum universum... docete omnes gentes... praedicate Evangelium omni creaturae*. Id por todo el mundo... enseñad a todas las gentes... predicad el Evangelio a todas las creaturas. Con estas palabras daba el Salvador no un consejo, sino una orden a sus Apóstoles, a fin de que llevarsen la luz del Evangelio a todas las partes de la Tierra. Este mandato o misión es la palabra que ha servido para dar el nombre de misioneros a todos los que en nuestro país o en el extranjero van a propagar o predicar las verdades de la fe. *Ite*, id.

Después de haber dicho que siempre hubo muchas almas

generosas que aceptaron este mandato divino, expresó la esperanza que tenía de que aquel grupo sería como el grano de mostaza del Evangelio, semilla de una gran planta. Recomendó después vivamente a los misioneros que tuviesen cuidado de los emigrados italianos y que no olvidasen en sus plegarias a los bienhechores de Europa.

Los exhortó, además, a recordar siempre que eran católicos y salesianos; como católicos debían estar siempre estrechamente ligados a las enseñanzas de la Iglesia; como salesianos, debían pensar que en Italia tenían a un Padre que los amaba en el Señor y una Congregación que proveería siempre a sus necesidades.

Y concluyó diciendo:

—¡Adiós!, quizás no nos volvamos a ver todos en esta tierra; pero tengo la firme esperanza de que por la infinita misericordia de Dios nos veremos todos en aquella patria en donde todos los trabajos de la Tierra y los breves padecimientos de la vida serán dignamente recompensados con los goces eternos del Cielo.

Después de la Bendición se entonó el *Veni Creátor Spíritus* y el Siervo de Dios se dirigió al altar, rezó las oraciones que la Iglesia pone en boca de sus hijos cuando emprenden un viaje, especialmente cuando van a lejanos países a ejercer el sagrado ministerio. Concluyó las preces con la bendición que dio a los nuevos misioneros en medio de un silencio profundo y general. Mientras un nutrido conjunto de voces juveniles cantaba desde el coro el motete *Sit nomen Dómini benedictum...* (sea bendito el nombre del Señor ahora, siempre y eternamente), se desarrollaba en el presbiterio la conmovedora escena de abrazarse los nuevos apóstoles con sus padres y con Don Bosco y los demás sacerdotes. Puede imaginarse la emoción general; pero aún creció cuando atravesaron la iglesia entre dos alas de alumnos y de pueblo. Todos querían saludarlos, abrazarlos y besarlos; parecía aquella la escena de la separación de San Pablo de sus discípulos, según se describe en los Hechos de los Apóstoles. Fuera del Santuario,

los esperaba una gran multitud deseosa de verlos una vez más y darles un nuevo adiós.

Ante aquel espectáculo, iluminado por torrentes de luz que salían por la puerta abierta del templo, le dijimos en el umbral del mismo:

—¡Ah, Don Bosco; ya comienza a cumplirse el *Inde exhibit gloria mea!*

—¡Verdad es!... —nos respondió él profundamente conmovido, escribe Lemoyne, que no lo estaba menos.

* * *

Aquella tarde los nuevos misioneros, en compañía de Don Bosco, fueron a Sampierdarena. Allí los esperaba Don Álbera, que los alojó en su asilo de San Vicente. Los dos días siguientes los emplearon en ultimar los preparativos del viaje.

En Sampierdarena se vio todo el afecto que los expedicionarios sentían por Don Bosco, pues lo seguían a todas partes. Él tampoco sabía separarse de ellos.

Antes de salir del Santuario de María Auxiliadora dioles por escrito sus paternales recuerdos:

Tened cuidado especial de los enfermos, de los niños, de los ancianos y de los pobres, y os ganaréis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres.

Sed atentos con todas las autoridades civiles y religiosas.

Recomendad constantemente la devoción a María Auxiliadora y a Jesús Sacramentado.

En Sampierdarena entregó otro pliego a Don Cagliero, en el cual decía: “Haced lo que podáis; Dios hará lo que nosotros no podamos. Confíadlo todo a Jesucristo Sacramentado y a María Auxiliadora y veréis lo que son milagros.”

La partida se fijó para el 14 de noviembre. Don Bosco los acompañó al puerto de Génova y subió con ellos a bordo del *Savoia*.

La separación fue en extremo conmovedora. Escribía a los niños de Turín: “En aquel momento todos se arrodillaron

en torno mío pidiendo la bendición. También se postraron el capitán y algunos señores allí presentes.

Les di la bendición —continúa diciendo Don Bosco— y volví a la lancha que me esperaba para conducirme a tierra, llevándome el corazón de mis hijos juntamente con sus miradas y saludos, hasta que desaparecieron de mi vista...

Naturalmente —terminaba el Santo—, muchos sienten en este momento gran deseo de marchar para ser misioneros; pues bien, puedo asegurar que si todos fuesen de ese número, habría puesto para todos y yo sabría muy bien dónde ocuparlos..."

Los jovencitos del Oratorio quedaron tan impresionados con estas palabras, que hubo quien quería ayunar rigurosamente tres días a la semana durante todo el tiempo de los estudios, para obtener la gracia de ir un día a evangelizar a los infieles.

* * *

Antes de regresar Don Bosco, fue a Ventimiglia para tratar con el Obispo, Monseñor Biale, de la fundación de una casa en Bordighera, para contrarrestar la acción de los protestantes; después se detuvo en Varazze donde lo acometió de nuevo la erupción miliar que todavía no había del todo desaparecido.

Mientras tanto el 14 de diciembre doscientos italianos y muchos argentinos recibían con gozo en el puerto de Buenos Aires a los misioneros; y éstos, aunque estaban destinados a la fundación de un colegio en San Nicolás de los Arroyos, tuvieron que ceder a las súplicas de sus paisanos y a la invitación del Arzobispo, Monseñor Aneyros: se dividieron en dos grupos, uno de los cuales quedó agregado al servicio de la iglesia Mater Misericordiae, vulgarmente llamada "la Iglesia de los Italianos", en la capital, y de ese modo también quedó providencialmente establecida la Obra Salesiana en favor de los emigrados europeos.

Los primeros días fueron, naturalmente, de visitas. La primera al señor Arzobispo, que había salido a recibirlos en el puerto. Luego a las autoridades y al ministro italiano. Y detalle delicado, el señor Arzobispo había comunicado a los Religiosos y a los párrocos la llegada de los Salesianos, de modo que se cambiaron visitas. Y en seguida, rápidamente se entregaron a la dinámica labor salesiana. El 22 ya vemos a Cagliero en el púlpito de Mater Misericordiae.

* * *

Después de haberse despedido de los misioneros, Don Bosco volvió a Varazze, obligado por uno de esos ataques de fiebre miliar que de cuando en cuando le daban, como si el Señor quisiera acrisolar con el dolor todas sus grandes alegrías. Las molestias del mal eran muy serias, como que le causaban graves trastornos de estómago y cabeza y le cambiaban una buena porción de la piel; pero como las soportaba trabajando, pocos eran los que se daban cuenta de ello. El 6 de diciembre volvió al Oratorio. "Cuando su ausencia duraba más de quince días —dice la crónica—, su retorno nos colmaba de felicidad." Se informó de cuanto había pasado en su ausencia, dio las disposiciones necesarias y para las "Buenas noches" reunió a todos los moradores del Oratorio y les contó la despedida de los misioneros y las últimas noticias que de su viaje había recibido. La crónica añade que "sus palabras despertaron un incendio en los corazones".

CAPÍTULO XLVII

Las Misiones en acción

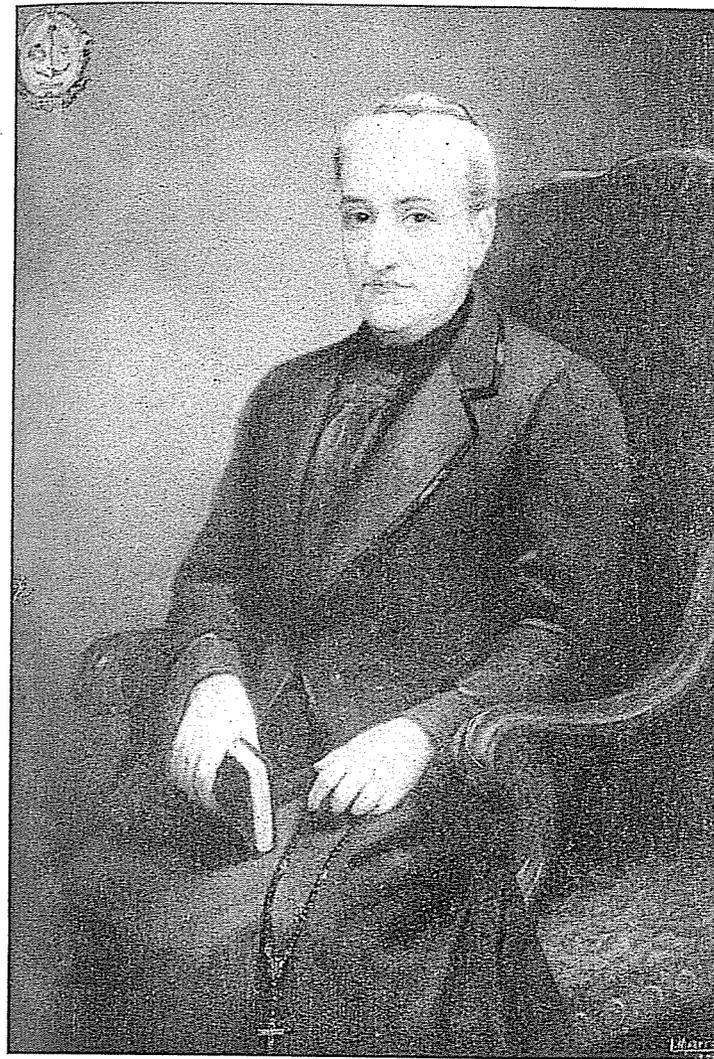
I

Los treinta mil italianos de Buenos Aires recibieron a sus connacionales con demostraciones extraordinarias de alegría. El Padre Cagliero se les entregó por entero a ellos. Los elementos masónicos, que habían intentado e intentaban dominar la colonia, nada pudieron contra la elocuencia y la actividad de misionero tan ricamente dotado de cualidades eximias. Con tal jefe los Salesianos se ganaron en breve la confianza universal.

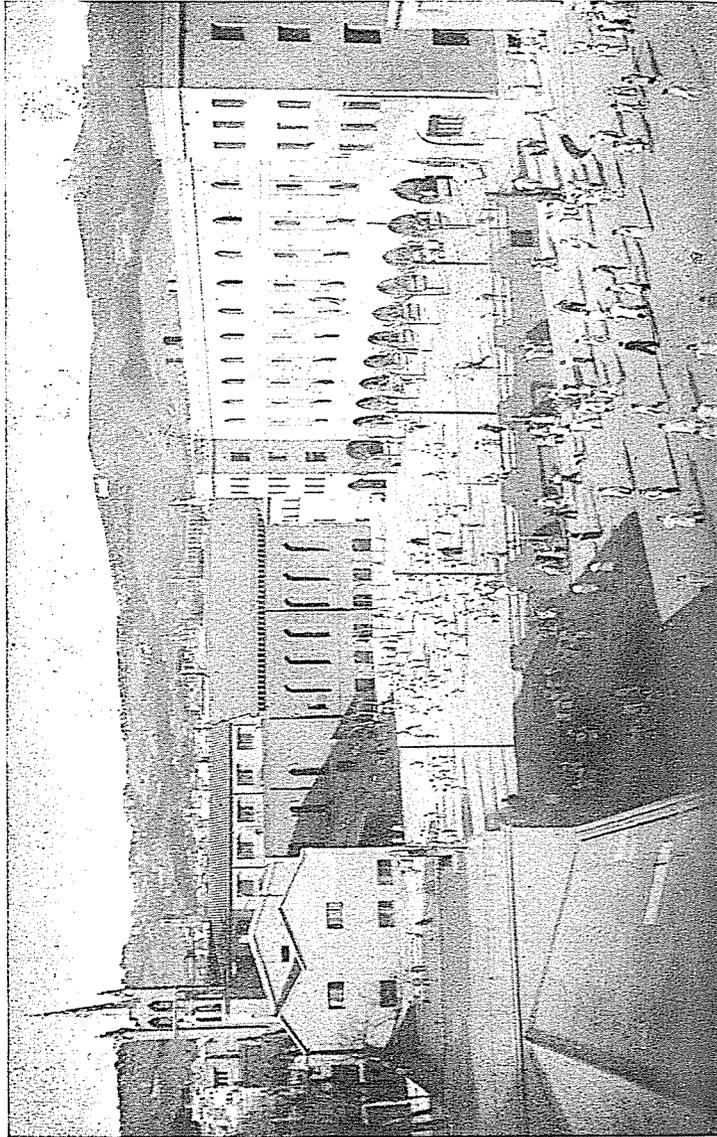
Como buen salesiano, Cagliero hubiera deseado ver muchos niños en la iglesia. ¡Y no había ninguno! ¡Algo había pasado!

¡Y tanto! Y fue que cuando los cofrades de Mater Misericordiae, a quienes por lo visto fastidiaban los chiquillos, supieron que llegaban los Salesianos, empezaron a decirles: “Ya vendrán los Padres Salesianos... Ésos os pondrán en vareda. ¡Vais a ver lo que es bueno!...”

Y sucedió que cuando se acercaban los Salesianos, doscientos cofrades salieron a recibirlos; pero niños, ni uno. Estaban aterrorizados. Y al fin, como inteligentes, idearon tomar la ofensiva. Había el sacristán recibido la orden de repicar en grande. Los chicos se reunieron en conciliábulo y resolvieron impedirlo. Se subieron dos diablillos a la torre y cuando el sacristán (napolitano), cansado de repicar, sa-



*La Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea,
Cooperadora Salesiana.*



Casa Salesiana de Barcelona-Sarriá. Visitada por Don Bosco en 1886.

lió a ver si llegaban los esperados, cortaron las cuerdas. Cuando el sacristán quiso seguir tocando, quedó sentado en el suelo con las cuerdas en la mano.

No sabemos el comentario de Cagliari. Pero sin duda pensó que al fin y al cabo, los chiquillos habían demostrado ingenio, y éste era muy aprovechable. En efecto, no pasó mucho tiempo sin que, igual que Don Bosco en Turín, se viera en dondequiera rodeado de muchachos, llenos de cariño.

Las necesidades de la colonia italiana y las de la juventud bonaerense concentraron por entonces todas las actividades de aquel grupito de apóstoles, lo cual no impidió a Cagliari recorrer, predicando y misionando vastos territorios y dando razón a las visiones de Don Bosco. Así echó los fundamentos morales de varios colegios y de las verdaderas futuras Misiones.

Como se le había retenido el cargo de Director Espiritual, y a América había ido como organizador y representante de la Congregación, Cagliari fue llamado en agosto de 1877 a Turín para asuntos de grande importancia. Pero Don Bosco mandó una segunda expedición de misioneros al mando de otro salesiano de grandísimas prendas: Don Luis Lasagna, grande orador, matemático y doctor en Teología, que fue el segundo Obispo salesiano. Fundó un colegio en Montevideo, otro en Villa Colón y una nueva casa en Buenos Aires, destinada a un glorioso porvenir.

Algo romántica fue su vocación, como lo fue la de tantos otros. A principios de otoño de 1850 iba Don Bosco por las colinas del Monferrato con su turba de ochenta muchachos, en una de esas excursiones o colonias volantes que ya su genio había introducido, y llegaron a Montemagno a visitar a los marqueses de Fassati, grandes bienhechores suyos. Mientras iban entrando en el pueblo al son de clarines, tambores y cantos, un chiquillo de doce años, de rubios y ensortijados cabellos, corre a ver lo que era aquello. Se coloca en la acera y con los brazos en jarra espera a pie firme. Al pasar Don Bosco se cruzan las miradas, y la escrutadora

del educador ve la viveza del niño y en la viveza, la inocencia y la inteligencia, y le pregunta su nombre.

—Soy Luis Lasagna —contesta sin la menor turbación.

—¿Quieres venir con nosotros?

—¿Y qué voy a hacer allí?

Mucho agradó a Don Bosco esta salida, y le contestó:

—A estudiar junto con todos estos amiguitos.

—¿Y por qué no? —replicó el chaval sonriente.

En esto llegaba el marqués.

—¡Bueno!, dile a tu madre que vaya a hablar conmigo mañana en la casa del señor cura.

Y así entró en el Oratorio Luis Lasagna.

La vida de este preclaro hijo de Don Bosco se puede compendiar en las tres palabras de San Pablo que él tomó por leyenda de su escudo al ser consagrado Obispo: *Impendat et superimpendat pro animabus*. (II Cor. XII, 15.) Sacrificó ante todo sus más caras inclinaciones. Profesor en el Liceo salesiano de Alassio, tenía grandísima afición a los estudios literarios y a las ciencias físicas, para las cuales tenía relevantes disposiciones. Cuando Don Bosco lo llamó para proponerle que fuera a las Misiones, sintió viva contrariedad, pidió tiempo para meditar; pero abriéndose filialmente con su Director, el Padre Cerruti, éste le aconsejó abandonarse tranquilamente en manos de Don Bosco. Así lo hizo y una grande paz inundó su espíritu. En fin de cuentas, ¿para qué estamos en la Tierra sino para hacer la voluntad de Dios?

Como Director del Colegio Pío sacrificó todas sus comodidades para consagrarse por completo a sus alumnos, a sus Hermanos, al ministerio de la palabra, al apostolado de la pluma.

Como Inspector sacrificó su salud en las fatigas del gobierno, en viajes incomodísimos, en frecuentes y laboriosas misiones de predicación.

Por sus prendas y su preparación literaria y científica hubiera podido brillar en cualquier capital lo mismo de Italia que de América.

Como misionero sacrificó sus propias iniciativas para secundar las ajenas, y cuando tuvo ocasión de seguir las propias, las puso en consonancia con las circunstancias, que eran muchas veces lo opuesto a su modo de ser.

Como Obispo sacrificó su vida, primero corriendo todas las peripecias que enumera San Pablo en el famoso párrafo de los peligros (II Cor. XI, 26-7), y luego, ofreciéndola en holocausto voluntariamente aceptado hasta el derramamiento de su sangre.

El Señor premió largamente sus sacrificios concediéndole un apostolado y una irradiación de obras extraordinariamente fecundos. Hizo del Colegio Pío un modelo de instituciones educativas y del de Las Piedras un centro de iniciativas que influyeron en toda la nación uruguaya; sus discípulos y las familias de éstos se diseminaban durante las vacaciones por las haciendas, dando verdaderas misiones que elevaban la cultura religiosa y social; fundó en todas partes Oratorios Festivos; trasfundió su espíritu salesiano en las familias más influyentes de Montevideo y demás ciudades uruguayas, paraguayas y brasileñas, haciéndolos apóstoles; fundaba, por donde pasaba, las Conferencias de San Vicente de Paúl; dirigió y propagó admirablemente los Institutos de las Hijas de María Auxiliadora; creó prensa católica y científica; implantó tipografías, estableció una red de observatorios meteorológicos al servicio de la navegación y de la agricultura; tuvo proyectos tan grandiosos, que admiraron a León XIII, y que hubiera realizado, de no haber perdido tan prematuramente la vida en un choque de trenes, que tuvo caracteres de atentado.

La fuente de todas sus múltiples energías era netamente sobrenatural: su piedad profunda, su devoción a la Virgen, su amor a Jesús Sacramentado, su unión con Dios, su celo ardiente por las almas.

Poco después partió una tercera expedición, guiada por Don Santiago Costamagna, también doctor en Teología, que había de ser más tarde el tercer Obispo salesiano. El Padre

Costamagna tuvo la gloria de llevar al continente americano las primeras Hijas de María Auxiliadora. Eran sólo seis; pero llevaban el ardor inicial. Costamagna había sido director de su noviciado en Mornese.

Otra expedición partió el año 78. Mucho le costaban a Don Bosco, en todos sentidos, estas expediciones. Cagliero, encargado directamente de prepararlas, decía a un amigo en su dialecto: "*I són més ciuc!* (¡estoy medio borracho!)." Mas no importaba. El reino de Dios se dilataba y la Sociedad Salesiana daba una asombrosa prueba de su fecundidad, de su flexibilidad y de su espíritu apostólico de adaptación. El verdadero apóstol es el que puede decir con San Pablo: *Omniibus omnia factus sum ut omnes lucrificáram*: Me he hecho todo para todos, con el fin de ganarlos a todos para Cristo.

Pero como quiera que todo el personal se veía inmediatamente absorbido por las necesidades locales, las verdaderas Misiones se iban difiriendo. Don Bosco insistía. El señor Arzobispo daba esperanzas. Finalmente, a las insistencias del Santo, Monseñor Espinosa contestó regiamente. Como a su jurisdicción pertenecían las inmensidades de las Pampas y una parte de la Patagonia, envió, en 1878, a su secretario mismo para que con dos salesianos intentaran un contacto con los salvajes. El Padre Bodrato, que había sucedido al Padre Cagliero, designó al efecto al Padre Costamagna y al Padre Evasio Rabagliati. Se embarcaron el 17 de marzo en el río Paraná; pasaron al Río de la Plata; pero cuando entraron en el Atlántico se desencadenó una tan terrible tempestad, que parecía que el infierno se desataba contra ellos. El huracán arrancó las velas, quebró el mástil, destrozó los parapetos, desbarató el timón. La nave sin gobernalle quedó a merced de las olas del Océano, bailando entre escollos, y fue un verdadero milagro que no se hiciera añicos. El capitán, viejo lobo de mar, no recordaba cosa semejante. En un momento de grandísimo peligro, Rabagliati recordó que a esa hora estaban los niños del Oratorio rezando con Don Bosco en el santuario, y con su timbrada voz baritonal gritó:

—¡Nada de miedo; en este momento Don Bosco y sus niños rezan por nosotros!

La calma en el mar fue restableciéndose y los expedicionarios pudieron regresar a Buenos Aires!, pero sanos y salvos y resueltos a intentar la prueba de nuevo. Cuando Don Bosco supo el resultado de este primer intento, escribió al Padre Costamagna: "Bendigamos a Dios; es una prueba de que tendréis éxito (é un segno che dovrai riuscire)."

II

Y lo tuvieron el año siguiente. La Providencia les abrió un inesperado camino. Mientras Monseñor Espinosa y el Padre Santiago Costamagna estaban estudiando un itinerario, el Gobierno resolvió emprender una grande expedición militar con el fin de someter a los indios, que con sus frecuentes y pavorosas incursiones parecían burlarse del poderío de la República. La expedición comprendía una zona entre el Río Negro y los Andes, es decir, toda la Pampa y parte de la Patagonia Septentrional, y se proponía abrir el territorio a la colonización. Comandaba el ejército el mismo ministro de la Guerra, general Roca. Sabiendo éste los deseos del Arzobispo, le propuso nombrar capellanes del ejército a los dos Padres. Mejor ocasión no se podía desear.

Las fuerzas armadas convergían sobre Carhul, localidad situada en el corazón de la Pampa y que marcaba la frontera Occidental de la República con el territorio de los indios. Dos tribus pacificadas habitaban en la periferia. Los misioneros se trasladaron allí. Los dos caciques los recibieron muy bien, permitiéndoles hablar a los niños para catequizarlos. ¿No era éste un empezar a cumplirse los sueños de Don Bosco? Después de unos meses de catecumenado bautizaron a un buen grupo de indiecitos e hijos de los colonos que habitaban en aquellos parajes.

Los nuestros seguían los movimientos de las tropas; el

Padre Costamagna avanzó con un batallón que se dirigía por el Río Negro a la Patagonia; frecuentemente el ardoroso misionero se adelantaba a los soldados, estableciendo contacto con los indios "bravos" y preparando el terreno. Un día el batallón hizo alto en un sitio denominado Choele-Choel. Y allí el 1 de junio, fiesta de Pentecostés, en una bellísima llanura y bajo un cielo opalino, celebró *la primera Misa* que en aquellas latitudes se dijo, teniendo a la vista la Patagonia, y en presencia del General en jefe con su Estado Mayor y las milicias. Los soldados no podían dar crédito a sus ojos; el corazón del misionero palpitaba de gozo pensando también en lo que gozaría Don Bosco cuando lo supiera. Después de la Misa, el canto del Tedéum resonó solemne en aquellas sabanas ilimitadas, y sesenta indios adultos fueron regenerados con las aguas bautismales. El día siguiente el Padre Costamagna bautizó otros veintidós indios varones y catorce indias adultas, y al día siguiente, a otros cuatro.

Aquella etapa se consideró desde entonces como la toma de posesión de la Patagonia por parte de los misioneros salesianos y de la civilización cristiana y argentina.

Levantado el campo, se prosiguió la marcha hacia Patagones. El ejército hizo alto. Los salesianos tomaron aquel sitio como punto de partida para las futuras misiones...

* * *

A decir verdad, hasta allí había llegado ya de algún modo la civilización. Audaces colonos, atrevidos aventureros habían hasta fundado una población que contaba ya con cuatro mil habitantes entre "civilizados" e indios. El río la dividía en dos; distaba unos cincuenta kilómetros del Océano. La parte izquierda se llamaba *Carmen de Patagones*; la derecha, *Mercedes de Patagonia*; ésta última, desde el año 1879, tomó el nombre de *Viedma*.

¿Quién hubiera dicho que en aquel remoto confín del mundo se encontraría un Antiguo Alumno Salesiano? Pero,

¿es que dónde no se los encuentra? Se llamaba Antonio Callamato, era natural de Voltri y había estudiado en nuestro colegio de Lanzo. Siendo el 23 de junio víspera de la fiesta onomástica de Don Bosco, él se puso a cantar el himno de ocasión, compuesto por Lemoyne, puesto en música por Cagliero y ejecutado en Lanzo y Turín catorce años antes. Un mundo de recuerdos afloraba de las profundidades del corazón, que en aquel momento les parecía tan grande como las mismas soledades en que se hallaban.

Los misioneros no estuvieron ociosos. Pero por entonces habían agotado el programa que se habían propuesto, cual era conocer el terreno, recoger noticias y planear la evangelización. Tres meses y medio había durado su peregrinación. Volvieron a Buenos Aires y dieron cuenta al Arzobispo de cuanto habían hecho y de los proyectos que habían formado. El apostólico Prelado se entusiasmó tanto, que tomó la pluma y escribió a Don Bosco una carta que es un poema: "Ha llegado finalmente la hora en que puedo ofrecerle la Misión de la Patagonia, que tanto le interesa, como también la parroquia de Patagones, que puede servir de centro."

Don Bosco, que no esperaba otra cosa, dio orden de proceder inmediatamente al establecimiento de una residencia central para los Salesianos y otra para las Hermanas, en el sitio indicado por el Arzobispo. Y añadía en la carta al Padre Costamagna: "Todos juntos nos ocuparemos en suministrarlos medios." Y por conducto de Don Rúa, a todos los Socios de la Sociedad en sus dos ramas: "Las puertas de la Patagonia están abiertas a los Salesianos."

En la carta anual a los Cooperadores les participó la grata nueva con estas palabras: "El campo más glorioso que en estos momentos la Divina Providencia presenta a vuestra caridad es la Patagonia. En aquellas remotísimas regiones todavía no habían entrado los heraldos del Evangelio a anunciar la Fe de Jesucristo.

Ahora parece ha llegado el tiempo de la misericordia para aquellos pobres hermanos nuestros. Monseñor Espinosa, Arz-

obispo de Buenos Aires, de acuerdo con el Gobierno argentino, nos invita formalmente a tomar a nuestro cargo la evangelización de la Patagonia; y yo, lleno de confianza en Dios y en vuestra caridad, he aceptado la ardua empresa."

La Patagonia de hoy no es ni sombra de la de antes. Los blancos eran mirados y tratados como enemigos mortales. Ni hombres ni ganados estaban seguros. De cuando en cuando los indios hacían incursiones sobre las pequeñas poblaciones fronterizas y sobre las haciendas, y eran peor que las tremendas tempestades de arena que arrasaban cuanto alcanzaban. En la obra de civilización los Salesianos jugaban un papel de primerísimo orden. Merced a su obra evangelizadora, las mismas tropas pudieron establecerse y mantener el orden, mientras los misioneros con la asistencia religiosa y cultural sobre colonos, cambiaban el aspecto moral de esas poblaciones.

Y no era fácil la empresa. La prueba es que cuantos misioneros habían intentado la evangelización habían perecido a manos de los indios. Y vista la inutilidad del sacrificio, habían desistido, pues si los indios ni siquiera los recibían y los mataban sin escucharlos, no era el caso sacrificar vidas preciosas sin esperanza alguna de resultado. La misma leyenda que sobre su número y su ferocidad se había difundido en toda la República, contribuía a envalentonarlos. Se creían intangibles en sus desiertos. Ahora, como decía Don Bosco, había llegado la hora de la Providencia. La expedición militar planeada en grande y con todos los medios, en dos años quebrantó su pujanza. A los misioneros tocó restañar heridas, atraer y conservar, y no sólo a los indios, sino también a los colonos, que a veces daban más trabajo que los indios.

* * *

También la naturaleza oponía dificultades casi invencibles. En la zona litoral, un arenoso desierto batido por vientos atorbellinados que levantaban esos montes de arena lla-

mados "Médanos", que arrasan campos y abaten casas; en la zona central, una serie de estepas y eriales carentes de vegetación, interrumpidas por lagunajos salobres, que si las pasas en invierno, el frío te hiela, y si en verano, el bochorno te ahoga, el polvo te ciega y no te deja respirar, y la sed atosiga a hombres y cabalgaduras. Quedaba la zona Andina cerrada entre las cordilleras argentinas y la real cordillera chilena; rica en bosques y prados, alegrada por torrentes y lagos, que presenta panoramas de grandiosidad fantástica; pero en aquel tiempo no tenía acceso. Pues bien, esas fueron las tierras en que, por razones estratégicas, posaron los Salesianos y asistieron activos al formarse de un nuevo pueblo patagónico, contribuyendo poderosamente con su trabajo espiritual y material, con sus ciencias y experiencias a su progresivo desarrollo: edificaron iglesias, a cuya sombra benéfica se asentaron los colonos que de varias partes acudían; escuelas profesionales y agrarias donde se formaban los hijos de los colonos, de los blancos y los indios; levantaron los primeros hospitales y hasta publicaron los primeros diarios. Si hoy esas tierras son emporios de comercio y de trabajo, se debe a los abnegados hijos que Don Bosco envió y que, encendidos en el ardor de un ideal de apostolado, se prodigaron en todo sentido.

La verdadera historia de las Misiones Patagónicas empezó con las dos fundaciones citadas: Patagones y Viedma.

Fueron los puntos estratégicos desde donde se infiltraron por valles, colinas y montañas, siguiendo el curso de los ríos, escogiendo los sitios a propósito; establecieron una red de estaciones misionales, de residencias que les permitieron la exploración y evangelización de todos sus territorios, de modo que todos los indios fueron regenerados con las aguas bautismales y fijados en el suelo mediante la enseñanza de la agricultura y del pastoreo nacional.

Así llegaron a la Tierra del Fuego y la civilizaron. Don Bosco seguía hasta el fin de sus días, todos los movimientos de sus hijos, ayudándolos con el consejo, con el dinero, con el